

Ministerio  
de Cultura  
y Deporte

# ANALES DEL MUSEO NACIONAL DE ANTROPOLOGÍA

XXI/2019



Imagen de cubierta: *El Encuentro 1*, 2020. Impresión con tintas minerales sobre Dibond. 70 × 105 cm. Fotografía de Miguel Ángel García.  
Imagen de contracubierta: Fotografía de Miguel Sánchez Álvarez.

ANALES DEL  
**MUSEO NACIONAL  
DE ANTROPOLOGÍA**

**XXI/2019**

Catálogo de publicaciones del Ministerio: [www.libreria.culturaydeporte.gob.es](http://www.libreria.culturaydeporte.gob.es)  
Catálogo general de publicaciones oficiales: <https://cpage.mpr.gob.es>

Edición 2020



MINISTERIO DE CULTURA  
Y DEPORTE

Edita:  
© SECRETARÍA GENERAL TÉCNICA  
Subdirección General de Atención al Ciudadano,  
de Documentación y Publicaciones

NIPO: 822-19-049-0  
ISSN: 2340-3519

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) sin necesidad de fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com), 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

## ÍNDICE

	<b>Pág.</b>
<b>Edición especial <i>Antropología para momentos críticos</i></b> .....	7
<b>1. TIEMPO DE PANDEMIA.</b>	
<b>Lo que estaba y no veíamos, y reflexiones sobre el comportamiento humano</b>	
Infinita simpatía .....	11
<i>Isabel Durán</i>	
Un mundo en «pausa». ¿Tiempo de reflexión? .....	13
<i>Fernando Sáez</i>	
Un futuro en ruinas. Tiempo para los <i>post scriptum</i> .....	18
<i>Óscar Muñoz</i>	
Suspendidos en un tiempo de reflexión .....	21
<i>Álvaro Alconada</i>	
Categorías en tiempos de crisis .....	24
<i>Luis Pérez Armiño</i>	
A propósito de miedos y respuestas, actualidades y antigüedades .....	28
<i>José Luis Mingote Calderón</i>	
Reflexiones durante la cuarentena. El producir y el cuidar .....	32
<i>Amaia Prieto Arratibel</i>	
Sentir y pensar la ciudad en tiempos de contingencia sanitaria. Antropología urbana desde mi ventana .....	36
<i>Noemi Sastre de Diego</i>	
Y todo sigue igual .....	41
<i>M.ª Jesús Jiménez y Belén Soguero</i>	
Dilemas de lo popular en tiempos de pandemia. Vida cotidiana de una colonia de la Ciudad de México .....	48
<i>Daniela Oliver y Emmanuel Romero</i>	
Desde mi ventana en tiempos del COVID .....	53
<i>Elena Flores</i>	

Los aspectos múltiples por la crisis sanitaria de la COVID-19. Antropología médica de una sindemia .....	55
<i>Rafael Tomás</i>	
De Lavoisier a Drexler: elogio de la antropología .....	62
<i>Carmen Magariños</i>	
Palabras en el confinamiento .....	65
<i>José Jiménez</i>	
La propagación de las <i>fake news</i> en México sobre el contagio de la COVID-19 .....	68
<i>Andrés Oseguera</i>	

## **2. ¿HACIA UN MUNDO MÁS EQUITATIVO?**

### **Otras perspectivas culturales, y lo que debemos aprender (y respetar) de lxs «otrxs»**

Malas muertes y malos muertos. Reflexiones sobre el buen morir en el Pacífico insular .....	74
<i>David Atienza</i>	
Sobre mundo(s), humanidad(es) y patrimonios .....	77
<i>Alejandra Saladino</i>	
Voces indígenas en tiempos de pandemia .....	79
<i>Francisco M. Gil</i>	
Resiliencias indígenas .....	82
<i>Laura Pérez</i>	
La vida cambia .....	87
<i>Patricia Alonso Pajuelo</i>	
Por un porvenir comunitario .....	91
<i>Renata Montechiare</i>	

## **3. LOS MUSEOS, EN LA ENCRUCIJADA**

### **Nuevas formas, otros caminos**

Enredándonos en las redes .....	96
<i>Andrés Gutiérrez Usillos</i>	
Yo me quedé en casa. Reflexiones para unos nuevos museos... y quizás un nuevo mundo .....	104
<i>Paloma Muñoz-Campos</i>	
Morir para renacer de nuevo. La cultura en una nueva era .....	109
<i>Alicia Vallina</i>	
Comunicar el museo en tiempos de crisis .....	113
<i>Paloma Sánchez y Ángel Villa</i>	

#### 4. NO COMMENTS...

##### Quando las imágenes hablan por sí solas

Descubrimientos .....	123
<i>Miguel Ángel García</i>	
<i>Masked figures</i> .....	125
<i>Viviana Susa Parra y Jonathan Jonás Moller</i>	
<i>Black lives matter in Denver</i> (Colorado) .....	131
<i>Jonathan Jonás Moller</i>	
Como un reloj sin relojero (o una cronología no lineal para momentos críticos) .....	139
<i>Rolando Báez</i>	

# Editorial

*Antropología para momentos críticos* es el título que le dimos a una de las secciones especiales mediante las que adaptamos la web del Museo Nacional de Antropología con motivo del cierre físico del edificio mientras duró el estado de alarma provocado por la pandemia de coronavirus, entre marzo y junio de 2020. Se trataba de un espacio digital o «blog» en el que invitamos a participar a especialistas del mundo de la antropología y de otras ciencias «afines», así como a integrantes del equipo técnico y colaboradores del museo, para que nos ofrecieran sus puntos de vista y reflexiones sobre los retos a los que nos enfrentamos como especie no solo, aunque sí particularmente, durante esta crisis sanitaria; en cualquier caso, con ocasión de ella.

Naturalmente, nos interesaba que esas visiones fueran críticas en el doble sentido de la expresión —de ahí el título de la sección— para que entre todas contribuyeran a ensanchar la mirada del público lector y así, con su ayuda y mediación, poner el museo su granito de arena para orientar la salida de la crisis no solo como un mero ejercicio de supervivencia, sino también como una «oportunidad» para introducir cambios en el derrotero que estaba siguiendo la sociedad global multicultural.

Nos interesaba que se tratara de algo espontáneo, no sujeto ni a un guion ni a un programa preestablecidos, más allá de hacer referencia al «momento crítico» que estábamos viviendo. Dimos total libertad a quienes se sumaron a la iniciativa para elegir el tema y el enfoque, según sus inquietudes o sus conocimientos, mirando hacia atrás para intentar extraer alguna orientación en otras experiencias y momentos históricos, mirando hacia delante para anticipar situaciones a las que nos vamos a enfrentar próximamente, buceando de forma crítica en lo que estaba sucediendo en ese instante, en nuestro entorno más directo, o permitiéndonos conocer qué estaba pasando en otros entornos culturales o qué ejemplos o valores nos podían transmitir...

Intencionadamente, no quisimos «estrenar» esta sección hasta pasadas unas semanas de encontrarnos en esta situación crítica para así contar ya con una mínima perspectiva, algo siempre muy necesario cuando se trata de reflexionar. Y además quisimos hacerlo de forma significativa el día que el museo cumplió nada más y nada menos que 145 años, el 29 de abril de 2020, para así no solo darle un poco de empaque al aniversario, sino también renovar en tan señalada fecha el compromiso social del MNA, su vocación de servicio público y su voluntad de no inhibirse de los grandes desafíos que nos propone un futuro que aún está por escribir. También para rendir tributo, eso sí, de un modo totalmente distinto y actual, al espíritu inconformista de su fundador, el doctor Pedro González Velasco, un médico que hoy, como sus homólogos, habría estado en primera fila luchando contra la epidemia. Vaya a su vez para ellos y ellas nuestro sentido homenaje.

Lo cierto es que la respuesta de todas aquellas personas a las que nos dirigimos para que nos echaran una mano con esta tarea no pudo ser más inmediata, extensa y generosa, y cada semana pudimos ir publicando en la web tres, cuatro y hasta cinco textos con regularidad. También recibimos propuestas imprevistas de personas con las que no habíamos entrado en contacto y que nos ofrecieron espontáneamente sus colaboraciones, lo cual ya nos puso en la pista de que el blog había venido a llenar un hueco en la demanda social de comunicación crítica y conocimiento razonado en torno al reto al que nos estábamos enfrentando, más allá —o más a fondo— de las reacciones inopinadas y

el «ruido mediático» que invadían las redes en un momento en que, con todo el mundo confinado en sus casas, el tráfico digital se había vuelto una verdadera locura. De hecho, aunque nuestra intención era «cerrar» el blog en verano, una vez finalizado el estado de alarma, lo cierto es que nos siguieron llegando nuevas contribuciones durante esos meses y todavía a primeros de septiembre publicábamos en la web las últimas «columnas». No hay palabras para expresar nuestra gratitud hacia todas estas personas que, en tan difíciles circunstancias, se sumaron a esta empresa.

De este modo, sin prisa pero sin pausa, fuimos componiendo un corpus no estructurado, pero sí rico en sugerencias y motivos de reflexión que, si no respuestas, al menos sí creemos que aporta una serie de referencias con las que los lectores y las lectoras podrán contrastar o completar sus propios pensamientos. Precisamente por su interés social, decidimos que merecía la pena consolidar un poco más este proyecto y trasladarlo a otro formato más permanente, de modo que quedara como un conjunto de testimonios cualificados de esta época que nos ha tocado vivir. Y hacerlo en un medio de comunicación muy querido para el museo, en realidad su principal órgano de expresión científica: su revista anual, su principal publicación periódica, Anales, esta que ahora tenéis en vuestras manos. Aunque ya en los últimos años la hemos dedicado a recopilar las actas de los cursos celebrados anualmente en el museo, este número, en coincidencia con un año tan especial y tan raro, creíamos que debía servir para dejar constancia de lo vivido en los últimos tiempos por la sociedad global y, en particular, por la red social que ha ido aglutinando el museo en torno a sí, con contactos por todo el mundo.

Seguimos así una vez más la recomendación que, procedente del templo de Apolo en Delfos, la casa del mítico oráculo, el doctor González Velasco nos dejó grabada en el frontispicio de «su» museo como un recordatorio permanente de lo que debía ser nuestra misión como institución cultural, y esperamos haber contribuido a que nuestra sociedad se pueda conocer mejor a sí misma...

# 1. TIEMPO DE PANDEMIA

Lo que estaba y no veíamos,  
y reflexiones sobre el  
comportamiento humano

# Infinita simpatía

Isabel Durán

Comisaria de la exposición *Yo soy otro tú. Obras de Nadín Ospina*

isabel@inmaterial.com

¿Cuántas culturas humanas o formas de vivir diferentes habrá en el mundo hoy en día? ¿Cómo y por qué nos mezclamos? ¿Dónde están nuestras diferencias y similitudes?



**Figura 1.** Obras e instalaciones de Nadín Ospina en *Yo soy otro tú*, la exposición temporal cuyo tiempo ha quedado detenido en las salas del Museo Nacional de Antropología a la espera de su reapertura tras la crisis sanitaria. Fotografías de Javier Rodríguez Barrera.

La desigualdad de oportunidades es una de las lacras mayores que sufren las sociedades del siglo XXI, una especie de cáncer que destruye las opciones de conseguir un mundo justo como merecemos todos.

En estos días de soledad, confinamiento y tristeza de todos, estamos recibiendo una poderosa lección de igualdad. Propongo desarrollar una simpatía sin reservas, una ternura y admiración sin límite por lo que no somos nosotros, buscando una comunicación profunda y verdadera con el «otro».

En la búsqueda de esa comunicación, lo más importante es el camino y la forma de andarlo. La fórmula de acercamiento, el modo de caminar hacia «ser otro tú»: la infinita simpatía hacia los demás.

Publicado en la sección *Antropología para momentos críticos* de la web del Museo Nacional de Antropología el 7 de mayo de 2020.

# Un mundo «en pausa», ¿tiempo de reflexión?

Fernando Sáez Lara

Museo Nacional de Antropología

fernando.saez@cultura.gob.es

El mundo se ha detenido a nuestro alrededor por culpa de una enfermedad contagiosa cuya propagación ha alcanzado una escala planetaria a una velocidad y con una eficacia que no habrían sido posibles en un mundo menos globalizado e interconectado. Y, sin embargo, amparados detrás de la engañosa seguridad que nos transmiten el gran desarrollo tecnológico, científico y sanitario y el relativo confort propios de eso que habíamos llamado «sociedad del bienestar», no esperábamos que algo así pudiera suceder bien entrado ya el siglo XXI, pero sobre todo que nos pudiera suceder a nosotros, de pronto tan vulnerables como el resto de la humanidad.

Pensábamos que estas cosas ya las habíamos dejado atrás, que eran males del pasado, cuando la peste, el tífus o la «gripe española» diezmaron las poblaciones europeas, además cebándose siempre con mayor virulencia en las clases inferiores de la pirámide social, en quienes no gozaban de las condiciones de vida a las que ahora en teoría tenemos acceso de forma «universal». O en todo caso parecían «confinadas» en territorios en los que aún existe el caldo de cultivo adecuado para las epidemias por no haber alcanzado esos niveles de protección social —por lo general, todo hay que decirlo, como consecuencia de unas desigualdades enquistadas tras los más que cuestionables procesos de descolonización perpetrados por esas mismas sociedades europeas—, y hasta ahora habíamos contenido razonablemente bien la expansión fuera de esos territorios de epidemias como las del ébola o los coronavirus anteriores. Y también nos las apañábamos bastante bien con otras de origen animal y a veces de procedencia más cercana, como «el mal de las vacas locas», la gripe aviaria o la peste porcina.

Pero de repente nos hemos despertado de golpe de ese letargo autocomplaciente con la sensación de que los miedos de otras épocas que pensábamos conculcados para siempre vuelven a resurgir, a dar un coletazo rabioso para convertir el sueño en una pesadilla. Súbitamente, empezamos a conectar este toque de atención planetario —ya sí, por fin, de forma seria y sistemática— con los «meneos» que también cada vez con más frecuencia parece querer darnos la naturaleza aquí o allá para avisarnos de que igual nos hemos desviado o incluso extraviado en el camino hacia el ansiado mundo feliz «huxleyano» en una desbocada e irreflexiva carrera que ahora ya ni siquiera sabemos muy bien adónde nos conduce. Nos empezamos a preguntar si, en nuestra irrefrenable ansia de progreso —un concepto que forma parte inseparable del ADN del modelo liberal capitalista que la cultura occidental ha impuesto al mundo—, no habremos hecho mal al menospreciar y arrinconar por primitivos, anacrónicos o poco rentables valores que, quizás ahora, en este trance, nos habrían sido útiles y nos habrían guiado con mayor claridad frente a la incertidumbre.

Valores como el establecimiento de una relación de reciprocidad con el medio natural, eso que ahora queremos enmascarar bajo la etiqueta políticamente correcta de «sostenibilidad»; como el aprecio por una diversidad cultural en vías de extinción sometida a una globalización que muy a

menudo se reduce a un proceso de uniformización; como la preservación de un cierto sentido de la vida comunitaria, tanto en nuestras relaciones con nuestro entorno más cercano como con el conjunto de la especie, eso que algunas culturas africanas llaman *ubuntu* o equilibrio interno del grupo: no hay bien propio si no hay bien común; valores como el disfrute de la convivencia y las actividades lúdicas y culturales sin la mediatización de una interfaz configurada por las relaciones de consumo; como el fomento del conocimiento, el pensamiento crítico y alternativo, y el cuestionamiento higiénico de paradigmas y modelos universalistas excluyentes frente a la sublimación del dominio acrítico de la información; como la consecución de la igualdad más estricta y justa entre todas las opciones de género, un logro que no conseguimos alcanzar por la resistencia de una herencia ideológica machista y patriarcal. Valores, en suma, como el respeto por las canas y la sabiduría de la ancianidad, tras haber dado por inservibles a quienes ya no forman parte del motor productivo de la sociedad, pero seguramente aún tienen mucho que enseñarnos, o como el sentido humanista de la infancia, sin confundir el cuidado con la hiperprotección y la formación con la robotización.

De hecho, esta crisis nos ha puesto ante un espejo de colosales dimensiones: en un sentido u otro, ha retorcido y va a seguir retorcendo de tal manera los valores que hemos ido abrazando consciente o inconscientemente durante las últimas décadas —y los modelos sociales y económicos que los traducen en realidades orgánicas— que ya ha empezado a desnudar sus contradicciones y a poner en evidencia sus debilidades. Estamos viendo y vamos a ver de todo...

Nuestras ciudades de repente se han vuelto respirables, si bien a costa de no vivir y, sobre todo, de no convivir en sus calles; y la naturaleza empieza a recuperar territorios de los que la habíamos excluido, ofreciéndonos imágenes singulares de jabalíes y gamos paseando por urbanizaciones y pueblos, entre otras razones porque la especie más depredadora de todas se ha visto obligada a «autoenjaularse» o porque el mes de abril, al menos por estas latitudes, ha vuelto a ser al menos por este año el mes de abril.

Nos ha invadido un sentimiento de fraternidad y se han puesto en marcha todo tipo de gestos y movimientos solidarios, pero también nos ha visitado la tentación del egoísmo y la exclusión, como suele suceder en las crisis de supervivencia, inhibiéndonos de todo lo que aconteciera, nunca mejor dicho, más allá de las cuatro paredes de nuestro refugio. Y nos vemos obligados a evitar el contacto físico con nuestros semejantes más allá de nuestro círculo más íntimo, de momento por sensatos motivos profilácticos, pero ya veremos si no acaba convirtiéndose en una excusa para despersonalizar e incluso deshumanizar un poco más nuestras relaciones sociales, porque las tecnologías nos han ofrecido una inesperada tabla de salvación para mantener la comunicación entre las personas, con nuestro entorno laboral, con la realidad exterior, pero también, si no anteponemos medidas correctoras, nos exponen al riesgo de quedarnos recluidos detrás de una pantalla, reduciendo la riqueza de nuestras interacciones, desfigurando los límites entre nuestras diferentes facetas y roles, anticipando un incierto panorama de reconversión y deterioro de la cultura del trabajo y haciéndonos más fáciles presas de la manipulación.

Sufrimos por haber prescindido de la posibilidad de desplazarnos con libertad tan lejos como nuestro antojo y nuestro bolsillo nos lo permitieran y echamos de menos nuestras excursiones al campo o la playa, o la participación en fiestas y reuniones multitudinarias o en la vida cultural, pero hay quienes se encuentran secretamente complacidos con la vuelta al aislamiento y la endogamia motivada por la clausura de las puertas por las que se colaba la diversidad, el cierre de las fronteras y el control y la limitación de los movimientos poblacionales.

La temporal reducción de nuestro espacio vital y de nuestras necesidades materiales nos ha permitido pararnos a pensar que quizás no precisábamos de tantas cosas que creíamos indispensables, que se puede vivir con menos, que hay otras formas de llenar el tiempo y el vacío existencial, pero también se han disparado todas las alarmas sobre las consecuencias de una drástica contracción de

la cultura del consumo desenfrenado; y además el confinamiento también nos ha obligado a multiplicar las horas de convivencia intergeneracional en los hogares y a dedicar mayor atención a nuestra prole, incluso a tener una mayor participación en su educación formal, de la que nos hemos venido desentendiendo de un tiempo a esta parte, pero a su vez seguramente ha convertido en verdaderos infiernos millones de hogares en los que rige el hacinamiento, la pobreza o la violencia machista, una ramificación de esta crisis que aún estamos lejos de conocer y poder valorar.

El confinamiento también ha subrayado de forma dramática el distanciamiento mediante el que habíamos sacado de nuestras vidas a la gente mayor, a la que de buenas a primeras esta crisis ha dotado de un indeseable protagonismo. Nos hemos indignado de forma colectiva al tomar conciencia de haberla arrinconado en una red de residencias que dista mucho de cumplir con las condiciones básicas para ofrecerles una vida e incluso una muerte dignas, o por haber oído cómo había quien abogaba por asumir, incluso de forma planificada, que sus «bajas» masivas eran el inevitable precio que teníamos que pagar en esta guerra contra el virus para preservar la «salud» económica de nuestras sociedades —al fin y al cabo no era cosa nuestra, sino del virus, el haber sido tan convenientemente selectivo en su capacidad mortífera—, o, de forma más habitual, cómo había quien simplemente respiraba con alivio al saber que la gente más joven estaba menos abocada a sufrir efectos irreparables al contraer la enfermedad, como si los y las pensionistas ya hubieran quedado solo para beneficio de inventario. Pero también hemos compartido la amargura individual de quienes no han podido estar junto a esas personas queridas en su sufrimiento o su terrible despedida.

O, en fin, habiendo descubierto que, incluso en nuestro aún suficientemente protegido «primer mundo», unos servicios públicos algo descuidados y muy cuestionados en los últimos tiempos por su alto coste han estado a punto de ser desbordados por la magnitud de la crisis, no nos podemos ni imaginar cómo podrían ir las cosas para quienes viven en todos esos territorios con los que hemos ido dejando de «cooperar» para conseguir una mínima redistribución de la riqueza global, si no fuera porque, paradojas de este «mundo singular», si el virus se comporta como predicen los especialistas, pueden tener la «suerte» por esta vez de salir mejor parados que quienes habitamos en las zonas templadas de la tierra, no precisamente gracias a sus equipamientos, sino sencillamente gracias a las altas temperaturas bajo las que sobreviven, acentuadas por el calentamiento global; pero solo por esta vez... ¿Y para la próxima, cuando la crisis mundial que esta pandemia va a provocar se cebe aún más con esas sociedades...?

¿Aprenderemos estas lecciones, o pronto, en cuanto los medicamentos y las vacunas nos permitan volver a caminar seguros y confiados hacia un horizonte de progreso ilimitado, saldremos de este estado de estupor y ojalá que también de reflexión para arrojarnos de nuevo de forma acrítica en brazos del modo de vida que la pandemia nos ha arrebatado sin pedir nuestra opinión? ¿La urgencia de volver a poner en marcha y a toda máquina la economía productiva capitalista «para evitar males mayores» nos hará olvidar en poco tiempo cómo nos hemos sentido y qué hemos pensado durante este periodo de ostracismo? Porque, claro está, también pronto nos recordarán que, a su vez, hemos de pensar en el precio que habría que pagar para abordar una «reconversión», o al menos una reconducción, del modelo de crecimiento planetario, en si estamos dispuestos a pagarlo y, sobre todo, en quién lo va a pagar, si lo haremos entre todos, de forma proporcional y equilibrada, o si lo pagará la misma gente de siempre.

Por eso, es más necesario que nunca activar y luego mantener ese estado colectivo de reflexión, de debate, de replanteamiento de valores... Si pensamos, como se suele decir en jerga tecnocrática, que esta crisis ha abierto una «ventana de oportunidad» para reorientar nuestro camino como especie, aprovechémosla, no renunciemos a esa posibilidad a las primeras de cambio, no nos «rajemos» sin al menos haberlo intentado. Y la antropología, como herramienta de conocimiento de nuestra especie en todas sus dimensiones y en toda su complejidad, nos ofrece un espacio abonado para dar forma a ese proyecto, un espacio que, mientras duren las restricciones a que nos ha obligado la pandemia, hemos querido trasladar a este contexto digital. Si queréis acompañarnos en esta aventura, aquí nos encontraremos.





**Figuras 1-9.** Durante estas semanas de confinamiento, he tenido que acercarme de vez en cuando al museo por motivos profesionales, realizando a pie tanto el camino de ida desde mi domicilio, junto a la plaza de Manuel Becerra, como la vuelta. Atravesar la ciudad vacía y silenciosa, como quien se introduce en un mundo irreal, en una película con la imagen detenida, lejos de producirme alguna satisfacción o sensación de privilegio, me ha procurado más bien momentos de sobrecogimiento y congoja. Muchas de las reflexiones de este texto se fueron fraguando a lo largo de estos paseos que me llevaron por las calles Don Ramón de la Cruz (1), Conde de Peñalver (2), Velázquez (3) y Goya (4), la acera del Retiro (5), la plaza de la Independencia (6), la calle Alfonso XII (7), la Cuesta de Moyano (8) y el paseo de la Infanta Isabel (9).

Publicado en la sección *Antropología para momentos críticos* de la web del Museo Nacional de Antropología el 7 de mayo de 2020.

# Un futuro en ruinas. Tiempos para los *post scriptum*

Óscar Muñoz Morán

Universidad Complutense de Madrid

oscarmmoran@gmail.com

Reconozco, de entrada, que el título de mi reflexión puede dar lugar al espanto de los potenciales lectores. Así leído, imaginar un futuro en ruinas invita a la pesadumbre y el desasosiego. Puede ser, pues todos estamos tentados en la actualidad por esas emociones. Pero mi interés aquí es mostrar ciertos rayos de esperanza antropológica (en el sentido profesional) en medio de la desazón justificada por un futuro incierto.

Coincido con Fernando Sáez<sup>1</sup> en que el mundo está en pausa, detenido ante la incertidumbre, aunque creo que la angustia que se ha colado como invitada furtiva en nuestras casas, más allá del crónico miedo a la pandemia y la convivencia con la muerte (que siempre se piensa ajena), se debe principalmente a la sensación de un futuro detenido. En una sociedad como la nuestra, y en general todas las occidentales, donde pensamos nuestras experiencias individuales y colectivas sobre el futuro, el no tener unas perspectivas temporales nos asusta sobremanera. Lo que parece aterrorizarnos no es que no podamos seguir con nuestro presente, sino que no sepamos cómo será el futuro. Nos angustia la incertidumbre de nuestros trabajos, de los colegios de nuestros hijos, de nuestras relaciones sociales y familiares. Nos crea ansiedad el no saber cuándo podremos volver a celebrar una comida con nuestros padres o cuándo podremos irnos de nuevo de vacaciones. Es más, lo que nos aplasta no es tanto el saber cómo, sino la certeza de que ahora no hay forma de hacerlo. Nos sentimos abrumados porque las vidas que teníamos diseñadas se han parado y existe la sospecha generalizada de que no las podremos recuperar.

Me acordaba estos días del libro XI de las *Confesiones* de san Agustín (2002), donde, entre otras muchas disertaciones sobre la percepción del tiempo, el santo nos recuerda que es el espíritu humano el que permanece y, por tanto, no hay nada exterior que nos indique el paso del tiempo. El pasado no es más que recuerdo, y el futuro meras expectativas. Pareciera como si de repente todos hubiéramos caído en la cuenta de que el futuro es eso, una expectación, y no una seguridad. Nuestras certezas se derrumban frente a un espíritu que se mantiene.

Da igual si estas sensaciones están justificadas o no. Da igual si hay visos de realidad en estas perspectivas funestas. Las conversaciones de balcón y de videollamadas se encaminan a preguntarnos cómo saldremos de esta. El cuándo parece ir preocupando menos, porque estamos abrumados últimamente por números que se encargan de tranquilizarnos. Desde el número de víctimas hasta fechas o fases. Todos estamos pendientes de un 1, un 2, de 100 o del día 20, porque eso nos produce una sensación de tranquilidad.

---

<sup>1</sup> En esta misma publicación, el artículo de Fernando Sáez, «Un mundo en pausa, ¿tiempo de reflexión?».

Por tanto, parece que vamos sabiendo cuándo, pero nadie se atreve a imaginar el cómo. Lo que nos ofrecen son parches, o así los concebimos. Un paseo limitado, una reunión mínima, teletrabajar o un desplazamiento corto. Pero eso no es la vida que nos diseñamos. Teníamos pensados viajes, vacaciones, reuniones o congresos que ya no existen. El futuro no es que sea virtual, es que no es.

Tal vez hayamos puesto nuestro presente en pausa esperando que, una vez que vuelvan las cosas como estaban, podamos descongelarlo y regresar al estado original. Tal vez, incluso, hay personas o familias que lo han conseguido. Pero la mayoría de nosotros dedicamos gran parte de nuestro tiempo a pensar sobre ese futuro. Antes lo sabíamos, lo teníamos planificado. Existía y además teníamos la sensación de que esta existencia estaba en nuestras manos. Solo dependía de nosotros. Pero esto se ha derrumbado, el futuro y el control humano de este.



Figura 1. Máscara de Aya Uma. Cultura kichwa. Ecuador. 2012. Museo Nacional de Antropología. Fotografía de María Dolores Hernando Robles.

En estas últimas semanas, han acudido a programas de televisión varios historiadores justificando que estamos siendo testigos de un acontecimiento histórico. ¿Qué significa que sea histórico? Evidentemente, que en el futuro será digno de ser considerado de tal forma por parte de la histo-

riografía. Por decirlo de otra forma, y tomando prestadas las disertaciones del filósofo Paul Ricoeur (2010: 146), un acontecimiento no es hasta que otros posteriores lo fijan en la historia. El presente, por muy histórico que sea, necesita un futuro, y en gran medida es el drama el que construye ambos, acontecimiento y futuro.

Si hoy estamos ante algo «histórico» es porque pensamos que estamos en un tiempo dramático, pero, sobre todo, porque pensamos que el mundo, nuestro mundo, será otro completamente diferente a partir de ahora. Nos encontraremos, probablemente, un futuro en ruinas, donde las plantas han tomado las calles, los animales salvajes llegan hasta el centro de las ciudades o los presos salen o se escapan de las cárceles. Ese futuro no imaginado es hoy parte del presente dramático.

Pero este mundo en ruinas no es un desafío, es una oportunidad. Especialmente para la antropología. Como justificara el antropólogo francés Marc Augé (2009), los antropólogos no hacemos etnografía de un mundo en ruinas, sino de un mundo en construcción. El mundo no se para, ni el presente, ni el futuro. El mundo está constantemente construyéndose. Los antropólogos no etnografiamos presentes, sino prácticas que vienen del pasado y cambian a cada instante. El futuro solo existe en las etnografías en los *post scriptum*.

Tras este «acontecimiento», que nos remite dramáticamente a un presente detenido, nos imaginamos un futuro en ruinas. Muchas cosas cambiarán, y el antropólogo estará preparado para hacer trabajo de campo entre esas ruinas. No sabemos cómo será el futuro, y eso nos angustia, pero sabemos que saldremos de nuevo todos al campo para etnografiarlo. Y, los que ya habíamos hecho etnografías, pensemos que, más allá de las ruinas, encontraremos un tiempo para los *post scriptum*.

## Bibliografía

- AGUSTÍN, S. (2002): *Confesiones*. Alicante: Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes.
- RICOEUR, P. (2010): *La memoria, la historia, el olvido*. Madrid: Trotta.
- AUGÉ, M. (2009): *El tiempo en ruinas*. Barcelona: Gedisa.

Publicado en la sección *Antropología para momentos críticos* de la web del Museo Nacional de Antropología el 14 de mayo de 2020.

# Suspendidos en un tiempo de reflexión

Álvaro Alconada Romero

Antropólogo cultural

alvaro\_alconada@hotmail.com

Desde hace unos meses, parecemos sumidos en uno de esos experimentos que realizaban los psicólogos sociales americanos a mediados del siglo xx, esta vez sobre el aislamiento y la responsabilidad social. Parece difícil asimilar lo que está pasando a partir de la aparente estabilidad y seguridad que vivíamos en Occidente, ya que de repente nos encontramos sumidos en una situación en que todo son conjeturas, que las respuestas seguras no existen, que quizá no exista una única causalidad y que la solución requiere análisis, apertura y tiempo. Quizá no estemos preparados para resignarnos a la situación de incertidumbre y agarrarnos humildemente a lo que, parcialmente y en este preciso momento, parece ser lo más apropiado. Algunos síntomas de ello podrían ser la búsqueda de culpables, la identificación ciega, el distanciamiento, la negación o la desconfianza global centrándonos en el oportunismo y los ejemplos negativos que conocemos o atribuimos.

Se habla de números, de explicaciones, de causas y de culpables, pero son datos que hay que tomar con distancia y cautela ante la falta de evidencias y de experiencia. De lo contrario, tendemos a aplicar viejas fórmulas y pensamientos arraigados para intentar controlar y evitar una situación nueva. En este sentido, los antropólogos han reaccionado al ver cómo se desempolvan criterios decimonónicos, como el de raza, para elaborar explicaciones que discriminan y contradicen toda evidencia científica, pero siguen arraigadas.<sup>1</sup> Otros colectivos siguen criticando la inmigración o buscando culpables en el «diferente» sin darse cuenta de que la razón de esas atribuciones es injusta y quizá hasta se haya invertido. Reconocemos nuestra inexperiencia en relación con epidemias, pero no dejamos de exportar nuestra visión al mundo, creando universales de lo que son medidas provisionales en las sociedades occidentales: con un sistema de protección social y sanitaria estatal, subsidios, abastecimiento garantizado, acceso a agua y medicamentos, alta densidad de población, comunicaciones, envejecimiento poblacional, institucionalización del cuidado... Quizá en este caso también podamos salir de nosotros mismos y de nuestro entorno para mirarnos en otros ejemplos, en otras medidas y también en otras características culturales que pueden ayudar a frenar la expansión del virus, ya sea de forma casual o intencional (distancia interpersonal, tabúes y control social, periodos de aislamiento y reinserción, terapias o formas de cuidado alternativas, apoyo social, implementadores de salud comunitaria y primaria, etc.) y reconocer que, si bien pueden no ser aplicables a nuestro entorno, podrían ser medidas válidas o desde las que abordar la epidemia en determinados contextos y en el largo plazo, como exige la situación.<sup>2</sup>

---

<sup>1</sup> Véase: <https://aries.aiibr.org/storage/pdfs/3150/pitarch.pdf>

<sup>2</sup> Sobre la posible expansión en el continente africano, véase: <http://blog.africavive.es/2020/04/oportunidades-del-covid-19-para-africa-y-viceversa-pistas-de-investigacion/>

A pesar de algunos de estos casos en que se ha buscado aplicar respuestas preexistentes, la situación también nos ha llevado al cuestionamiento de nuestros valores y conductas, teniendo que incluir patrones que no sabemos el grado de volatilidad que tendrán pasada la situación de alarma.

En un momento inicial, veíamos reacciones individuales, como la respuesta de acopio indiscriminado de determinados productos (que curiosamente responde a patrones semejantes en contextos urbanos de todo el globo en una escalada de necesidades), en las salidas a la carrera a las segundas residencias o en los intentos de esquivar la ley. Negar la situación o intentar calmarnos sintiendo el control sobre determinados recursos y conductas puede ser efectivo como respuesta puntual, pero no es una respuesta adaptativa a una situación que se dilata en el tiempo, que exige un compromiso social y una adaptación de nuestra conducta en las diferentes fases. En este sentido, también habrá que evaluar otras consecuencias derivadas del estado de alarma y encierro, tales como las repercusiones socioeconómicas, la desprotección frente a la violencia doméstica y de género o los problemas de salud mental que haya podido desencadenar la situación.



Figura 1. Fotografía de Miguel Sánchez Álvarez.

Pero, adentrándonos en profundidad en los significados y asimilaciones que hacemos de la situación, podemos deducir que la percepción sobre «el otro» ha pasado de identificar a un posible interlocutor a evitar un posible vector de contagio y ver su conducta como un posible riesgo que controlar. Al mismo tiempo, todos somos héroes sin hacer más esfuerzo que aislarnos y sacrificar nuestras libertades por una buena causa colectiva y evitando el recalado riesgo individual, compartiendo el orgullo del «yo me quedo en casa». En ello no prima la evaluación del alcance del contagio de cada situación, sino el cumplimiento de las normas generales sin pensar más allá. Es más, somos héroes por acatar y mentalizarnos de que nuestra necesidad básica de relación conlleva un castigo (el contagio o la sanción de la autoridad), algo muy entendible y adaptativo en este momento, pero sería muy negativo como aprendizaje duradero.

Hablando de héroes, en este periodo han pasado a estar idolatrados ciertos colectivos cuyo trabajo es precario o aquellos servicios que se veían como costes que se debían recortar en momentos de crisis. Se han revalorizado conductas de cuidado, de sociabilidad, la conciliación y, por otro lado, también se han incrementado las relaciones de vecindad y la solidaridad con ciertas situaciones críticas. Vivimos sumidos en el desafío de buscar el equilibrio entre humanismo y aislamiento, entre democracia y medidas de reclusión, en el que está en juego la capacidad de respuesta del sistema sanitario y poder afrontar la enfermedad con las garantías disponibles, pero también nuestras libertades y nuestros miedos.

En definitiva, estos meses parecemos abocados a reflexiones sobre nuestro día a día. Después de mucho tiempo, tenemos un tiempo indeterminado para estar con nosotros mismos, para charlar con la familia sin otros asuntos que apremien. En la mayoría de los casos, con lo básico cubierto, con todos los medios electrónicos a disposición, sintiendo cómo palían y entretienen nuestra hambre social con retos colectivos, aperitivos y reuniones por videoconferencia (en algunos casos, considerándose el trabajo a distancia como alternativa). Pero sin dejar de contar un tiempo que lleva a pensar en lo más humano, lo más básico, el encuentro al aire libre sin restricciones, aquello que nos es dado por naturaleza y que quedaba minusvalorado en lo cotidiano. El apego —volvemos a ese valor arraigado y hasta instintivo—, que nos da seguridad y realización. Quizá este tiempo no haya sido suficiente para cambiar nuestros valores y actitudes dentro de una inercia que parece no ceder en cuanto hay un ápice de recuperación; sin embargo, vemos que en este cambio habría tantas pérdidas como ganancias. Veremos si, cuando nos quitemos de encima el compromiso y la amenaza, perdura la experiencia de la necesidad de un cambio profundo y calibrado. Las sociedades necesitan tiempo para asimilar los cambios, y espero que sepamos dirigir ese camino a partir de las conclusiones de todo lo que hemos visto transformarse en esta pandemia, que de momento nos golpea dejándonos suspendidos en el tiempo.

Publicado en la sección *Antropología para momentos críticos* de la web del Museo Nacional de Antropología el 21 de mayo de 2020.

# Categorías en tiempos de crisis

Luis Pérez Armiño

Museo del Traje. CIPE

luis.perez@cultura.gob.es

Sin haber finalizado ni siquiera la aplicación de las medidas para paliar los efectos de la emergencia sanitaria, la información y los análisis se han multiplicado y ya circulan sin control en los más diversos medios. Para sumar uno más, sin ánimo científico, y mucho menos académico, pretendo tratar cómo creamos clasificaciones sociales, generando categorías y taxonomías tan arbitrarias, fluidas y cambiantes como sujetas a la improvisación que parece dominar nuestro día a día.

Desde sus orígenes y a lo largo de la historia, cualquier asunto referido a las pandemias ha sido siempre «una cuestión de otros». En pleno siglo XXI, parece revivir ese fantasma, para nada ausente a pesar de estos tiempos de globalización, del bárbaro que desde Oriente amenaza con extrañas enfermedades. Y casi sin darnos cuenta jugamos a ser Lévi-Strauss para adaptar libremente la idea que relacionaba la civilización con lo cocido mientras acusábamos al salvaje de su gusto por lo crudo. Pero esta clasificación se demostró innecesaria, prejuiciosa y, por qué no, malintencionada. No es menos cierta aquella expresión de Sartre (1983: 186), tan propia de la condición humana, de que «el infierno son los otros».

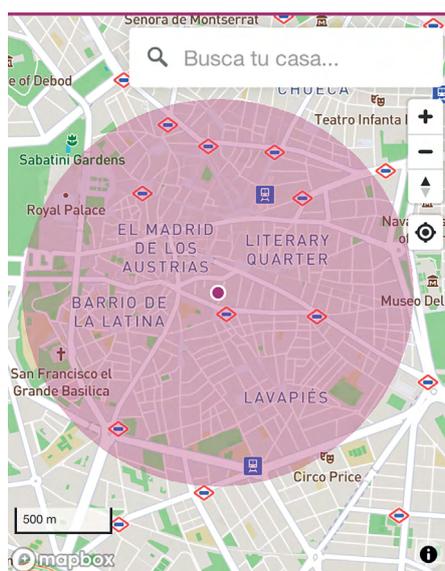


Figura 1. Cálculo de la distancia de 1 kilómetro desde tu domicilio. Fuente: 1km.geomatico.es

La enfermedad llegó, y no sirvieron de nada murallas ni barreras. Nos recordó, de la noche a la mañana, qué frágil es la condición humana y qué poderosa es la naturaleza. Las fronteras, antes fluidas (aunque con muchas restricciones interesadas), se compactaron y se hicieron cada vez más pequeñas y agobiantes.

Las calles se convirtieron en lugares prohibidos. Cualquier peatón era al menos sospechoso de ser incluido en alguna de las nuevas categorías punibles y de terroríficas resonancias: «no contagiados» o «contagiados positivos»; pudiendo ser estos últimos a su vez «sintomáticos» o «asintomáticos». En cualquier caso, todos representaban una amenaza cierta. Nadie escapaba a la mirada inquisitorial, con aires de superioridad moral, de autoproclamados jueces y verdugos. Incluso alguna idea peregrina intentó recuperar símbolos bien visibles y reconocibles desde las alturas. La intención era señalar (y perdonar) a aquellos pocos que disponían de un lógico salvoconducto para obtener alimentos y medicinas o pasear con sus seres queridos, necesitados en muchos casos de aire fresco como mejor remedio a sus males. Qué condenados a repetir nuestra historia estamos, por mucho que la conozcamos.



Figura 2. Soportal de la Plaza Mayor de Madrid. Fotografía de Luis Pérez Armiño.

Todos ellos compartieron escenario con los verdaderos protagonistas, que nunca deben caer en el olvido. Son aquellos que tuvieron que irse sin ni siquiera una despedida y que nunca podrán ser reducidos a simple cifra.

Mientras las calles se abandonaban con rapidez, una vez que habíamos asumido el carácter comunitario y social de la nueva epidemia, surgieron nuevos tipos sociales. Afirmación en cierto modo errónea, pues siempre han estado y estarán ahí, exista una pandemia o no. De nuevo, casi sin tiempo para asimilarlo, se establecieron nuevas categorías, en este caso dos, dependiendo de la forma como entendíamos nuestro deber comunitario respecto al grupo: los «héroes», que a su vez pueden ser «activos» o «pasivos». Entre los primeros, todos aquellos que, aun a costa de su propia integridad, asumieron su deber y su compromiso. Por desgracia, la percepción de su existencia y el reconocimiento de su valor dependen de la capacidad del grupo para percibir la amenaza a su propia existencia. Sirva desde aquí nuestro homenaje para aplaudir su entregada tarea. Entre los segundos, los «pasivos», quienes entendieron el carácter del nuevo e inquietante papel que debían interpretar, consistente en un protagonismo silencioso (excepto a las 8 p. m.), y confinado entre cuatro paredes. En el polo opuesto, los menos, aquellos que, con actitudes al margen de cualquier norma o lógica sanitaria, podrían ser etiquetados como «irresponsables», «insolidarios» o simplemente «inconscientes». Para ellos se reservó el peso de la ley.

La llegada del buen tiempo coincidió con los primeros frutos del confinamiento. El recurso a la terminología militar y a las cifras frías sometidas al análisis estadístico fueron sustituidos en nuestro imaginario por los ejercicios de clasificación horaria y de fijación de límites geográficos. Se impuso un sistema de ciclos basados en fases. Como siempre ha ocurrido, para transitar de una fase a otra, se hacía necesario superar un complejo rito de paso a base de indicadores o marcadores sanitarios.



Figura 3. Puestos de flores de la plaza Tirso de Molina de Madrid. Fotografía de Luis Pérez Armíño.

La población, a fuerza de decreto, se repartió las horas del día y los espacios de la ciudad tomando como referencia los grupos de edad. Primero niños y niñas menores de catorce años, acompañados de un adulto perteneciente al mismo núcleo de convivencia (nueva estructura elemental de parentesco), de 12:00 a 19:00 horas. La población mayor de setenta años, con esa sombría calificación, «de riesgo», en dos turnos, de 10:00 a 12:00 y de 19:00 a 20:00 horas. Por último, el resto de los grupos de edad, «deportistas y solitarios», en otros dos turnos, de mañana y noche, de 6:00 a 10:00 y de 20:00 a 23:00 horas. Todos compartían, sin embargo, y a pesar de una enredada aritmética normativa, una frontera escasa y difícil de precisar de un kilómetro en torno a la residencia habitual.

Pero, por encima de cualquier ejercicio de clasificación social, el espacio público sigue siendo lugar de encuentro, aunque sea a través de mensajes gritados de balcón en balcón. Cuando no es posible el contacto físico, proliferan los canales que favorecen las relaciones, aunque sean virtuales. Frente a los comprensibles límites impuestos por el confinamiento sanitario y el distanciamiento social, hemos sido capaces de compartir nuestros espacios más íntimos, aunque sea a través de pequeñas pantallas, porque nos negamos a entender la realidad sujeta a fronteras estrictas. Nos hemos clasificado y reclasificado en un interminable juego sin reglas exactas. Las categorías y las clasificaciones son arbitrarias e incompletas, incluso peligrosas, pues solo nos pueden ayudar a entender nuestro entorno; por cierto, de manera muy parcial...

## Bibliografía

SARTRE, J.P. (1983). *La puta respetuosa / A puerta cerrada* (Aurora Bernáñez, trad.). Bogotá: Orbis. (Obra original publicada en 1946).

Publicado en la sección *Antropología para momentos críticos* de la web del Museo Nacional de Antropología el 21 de mayo de 2020.

# A propósito de miedos y respuestas, actualidades y antigüedades

José Luis Mingote Calderón  
Museo Nacional de Antropología  
jluis.mingote@cultura.gob.es

La situación de confinamiento vivida nos ha hecho observadores de noticias transmitidas por la televisión o por la prensa que nos han impactado a todos. El sacrificio diario llevado a cabo por un número elevado de colectivos ha sido, y debería seguir siendo en el futuro, para alabar y para hacernos reflexionar sobre su papel social. Entre ellos, han aparecido algunos grupos que no figuraban en la «lista» de profesiones bien consideradas, pero sin los cuales el confinamiento hubiera sido impensable.



Figura 1. Noticia del periódico *El País* el 25 de marzo de 2020. Fuente: <https://elpais.com/espana/2020-03-25/un-grupo-de-jovenes-de-la-linea-de-la-concepcion-recibe-a-pedradas-a-ambulancias-de-enfermos-de-coronavirus.html>

Las personas que han ayudado directamente a paliar con su trabajo el sufrimiento de otras están, claramente, en primera línea de la lucha contra la pandemia por el peligro que han corrido y pueden correr, pero, además, hemos visto a otras que continuaban con su quehacer diario sin esa aura «heroica» que tanto han aireado los periodistas.

Frente a todas ellas, también hemos visto a otra gente —a veces oculta tras el anonimato y otras a cara descubierta— que ha mostrado conductas que nada tienen de positivas ni de novedosas, y que nos remiten a comportamientos antiguos, muy antiguos. Afortunadamente, su número ha sido muchísimo menor que el de las que nos han ayudado a seguir hacia delante.

Me parece que en este mundo que presume —¿presumía?— de sus avances tecnológicos, independizándolos de los seres humanos, los comportamientos inaceptables nos han retrotraído hacia épocas que los ilustrados habrían calificado indudablemente de «oscurantistas».

Las amenazas para que personal sanitario o cajeras de supermercado abandonaran su vivienda habitual, o los grupos de personas que se sublevaban contra la llegada de ancianos de una residencia a su localidad, llevan a pensar en miedos muy antiguos. Miedos personales y colectivos que dan lugar a respuestas desmedidas que, afortunadamente, en estos casos no han producido las tragedias que producían en el pasado.

No obstante, la búsqueda de «chivos expiatorios» ante situaciones que las personas o la sociedad no controlan no es nuevo, como digo. Nunca es admisible la estigmatización, ni la personal ni la colectiva, pero quizá resulta más inaceptable aquella que añade además un factor de irreflexión. Aquella que olvida que esas personas a las que se señala son las más expuestas a la pandemia en la que vivimos; desde luego, mucho más expuestas que quienes protestaban desde el refugio de sus casas o desde su cercanía. La novedad es que ahora, además, se trataba de personas que estaban sirviendo a la sociedad.

Hace muchos años, en 1978, Jean Delumeau publicó un libro sobre el miedo en Occidente en los siglos XIV-XVIII en el que desgranaba múltiples situaciones diferentes ante las que se sentía miedo. Hablaba este autor de la falta de control sobre los aspectos técnicos sobre la realidad —algo muy visible en la pandemia— o de los comportamientos aberrantes y de las colectividades históricamente mal-amadas (Delumeau, 2002: 34).

La demonización de gitanos o, simplemente, extraños se ha unido a lo largo del tiempo a la del vecino, a la de aquel a quien conocemos y que, también, nos conoce, a la de las brujas. Históricamente, esos grupos y, no lo olvidemos, su concretización en personas a las que se les «ponía cara» y nombre han sido sistemáticamente señalados desde el poder y, muchas veces, perseguidos. Algo que, afortunadamente, no es el caso actual.

También, Delumeau narra situaciones asociadas a las epidemias de peste (todavía no se les ponía el nombre de pandemias) que resultan totalmente modernas. Las similitudes son, a veces, sorprendentes, como el encerrarse, el huir a lo que tampoco se llamaba aún «segunda residencia», que solo estaba permitido a los ricos, el negar la gravedad del problema, el buscar culpables de la propagación fuera de los mecanismos científicos. Y, entre ellas, la «eterna» búsqueda de personas a las que achacar lo que no se controla (Delumeau, 2002).

La demonización del «otro» (alguien que es igual a nosotros, curiosamente, pero a quien no vemos de esa manera) no requiere de argumentos sólidos, porque se produce de forma irreflexiva o automática y se basa en sensaciones y sentimientos que se autojustifican o que están «prejustificados». Los ataques a quien está enfrente, cargados de negatividad, sitúan a quienes emiten los juicios de

valor en el «lado bueno», en el lado de los que sufren las consecuencias, y no de quienes, supuestamente, las causan.

Estos comportamientos antiguos han vuelto a aparecer con variantes curiosas. Ya no se trata de las brujas —mayoritariamente mujeres— de las que hablaba por ejemplo la *Encuesta del Ateneo* (Ateneo Científico, Literario y Artístico, 1901-1902), caracterizadas por vivir solas, ser viejas y además feas, produciéndose muchas veces una relación directa y automática entre estas características y el hecho de ser bruja, sin necesidad de «prueba» alguna.



Figura 2. Noticia del periódico *La Vanguardia* el 15 de abril de 2020. Fuente: <https://www.lavanguardia.com/vida/20200415/48530349811/policia-mensajes-anonimos-sanitarios-cajeras-elito-odio.html>

Ahora, por el contrario, es el personal sanitario o las cajeras de supermercado quienes han encarnado para algunos la posibilidad de transmitir el mal, no a través de la mirada —el célebre mal de ojo— o de las palabras mágicas, sino de un virus que no les es propio, de un virus que ha tenido también el resto de la población y que no cabe considerar como un elemento consustancial de esos grupos, como tampoco eran «portadores del mal» los ancianos a los que se alejaba trasladándolos para aislarlos.

«El debilitamiento o la pérdida del espíritu crítico, la desaparición del sentido de responsabilidad», que mencionó F. Antonini (citado por Delumeau, 2002: 30), pueden explicar comportamientos actuales, tanto de grupos como de personas. Y sería bueno que tras esta experiencia, aún no finalizada, se volviera, volviéramos todos, a recuperar la propia responsabilidad como la capacidad crítica para mejorar actitudes hacia las personas que nos rodean. Gentes como nosotros, porque en este

mundo global o local todos somos nosotros, a pesar de que eso guste poco a determinadas personas y grupos sociales, a los que les apetece resaltar las diferencias y crear enemigos.

## Bibliografía

DELUMEAU, J. (2002): *El miedo en Occidente. (Siglos XIV-XVIII). Una ciudad sitiada*. Madrid: Taurus.

ATENEO CIENTÍFICO, LITERARIO Y ARTÍSTICO (1901-1902): *Encuesta del Ateneo, 1901-1902*. Madrid: Sección de Ciencias Morales y Políticas del Ateneo Científico, Literario y Artístico.

Publicado en la sección *Antropología para momentos críticos* de la web del Museo Nacional de Antropología el 28 de mayo de 2020.

# Reflexiones durante la cuarentena. El producir y el cuidar

Amaia Prieto Arratibel

Universidad Autónoma de Madrid

aprieto.arratibel@gmail.com

El proyecto de la Modernidad se caracterizó por extender un modelo civilizatorio basado en la explotación del territorio y de los cuerpos. Este modelo de pensamiento produjo una arquitectura social basada en la separación entre naturaleza y cultura, lo que, a su vez, conllevó un modelo de pensamiento económico que desligó las actividades productivas de los ciclos de reproducción de la naturaleza, así como de las actividades reproductivas, invisibilizando tanto los primeros como las segundas. Este modelo obvió que los seres humanos, en todas partes y en todos los tiempos, somos seres interdependientes y ecodependientes. Esta «fantasía de la individualidad», como la llama Almudena Hernando (2018), se ha hecho más que evidente en el actual contexto de crisis sanitaria. La pandemia ha vuelto visibles procesos hasta el momento en los márgenes de la sociedad. Si algo hemos aprendido, si es que hemos aprendido algo, es que nuestros cuerpos son vulnerables, que necesitamos quien nos cuide y acompañe en los procesos de enfermedad, de duelo o de desempleo, en la infancia y en la vejez, y que el modelo de crecimiento económico que llevamos alimentando durante siglos no es compatible con la vida porque, entre otros aspectos, destruye espacios y especies y degrada ecosistemas, facilitando de esta manera la expansión de enfermedades.

Las perspectivas feministas han hecho hincapié en el hecho de que los cuidados, entendidos como aquellas actividades y procesos que ayudan a mantener cotidianamente la vida y la salud, tanto física como mental, de nuestros cuerpos, son indispensables porque no hay nadie que sea completamente independiente. Los necesitamos en el momento en el que nacemos para adquirir un lenguaje, alimento, protección, para desarrollarnos como personas diferentes y para adquirir autonomía de movimiento. Esos procesos no son igualmente intensos a lo largo de todo el ciclo vital, no necesita el mismo cuidado un infante, un enfermo, una persona dependiente, una persona sana, una joven o quien se encuentra ya inmerso en la vejez. No obstante, nuestro modelo civilizatorio ha invisibilizado y naturalizado esas actividades, lo que ha producido una división sexual del trabajo que jerarquizó las actividades productivas, dotándolas de prestigio, frente a las actividades reproductivas, que fueron relegadas en la marginalidad y adscritas, en nuestra sociedad, a las mujeres. Y, sin embargo, esta crisis ha abierto una ventana para repensar estas cuestiones. En el marco de la pandemia, algunos trabajos han sido definidos como esenciales. Precisamente, aquellos que se ocupan de nuestro sostenimiento vital: tiendas de alimentación, transportes, agricultura, sanidad, información, limpieza o atención a personas mayores, entre otros. Se han dado, y se están dando, redes de cuidados en los barrios, bancos de alimentos o apoyo psicológico y de acompañamiento en el duelo, aunque probablemente este último no de forma tan intensiva como sería necesario. De esta manera, hemos sido testigos de cómo, de un día para otro, muchos de los trabajos socialmente menos valorados y peor pagados (trabajadoras de la limpieza, supermercados, atención a la tercera edad, enfermeras, trabajadoras sociales y un largo etcétera) han resultado fundamentales, al mismo tiempo que hemos sido conscientes del deterioro que nuestro sistema público de sanidad sufrió tras la crisis del 2008. Esto nos abre la

ventana a repensar qué actividades están ayudando a sostener la vida y cuáles la están degradando, a debatir sobre los trabajos socialmente necesarios, qué empleos son indispensables para que nuestras sociedades se articulen de una forma saludable y sostenible, y cuáles son prescindibles.



Figura 1. *La revolución de los balcones. La vida al centro.* Pancarta vista en la calle Campana de Pamplona/Iruña. Fotografía de Amaia Prieto.

Porque he aquí otra de las cuestiones fundamentales que deberíamos aprender de esta crisis. La forma en la que nuestro modelo civilizatorio ha relacionado bienestar con trabajo asalariado, y la contradicción que este hecho entraña. El trabajo ha devenido una relación social que organiza nuestros ciclos vitales y nuestro día a día. Organiza nuestra vida en una tríada, como la denomina

Luis Enrique Alonso (2007: 72), de juventud-formación para el empleo, madurez-mercado laboral y vejez-retiro, y nuestro día a día marcando aquel tiempo para el trabajo, en contraposición al tiempo de ocio (generalmente mediado por el consumo). Además, el trabajo es fuente de identidad, de ingresos y de derechos sociales. Esto es, la relación salarial se ha convertido, como resultado de un proceso histórico, en fuente de derechos sociales, de bienestar y de redistribución de la riqueza. En definitiva, en fuente de integración social, al mismo tiempo que en un marcador de prestigio social. Como hemos visto, el actual modelo económico se ha erigido sobre una división del trabajo que ha producido una jerarquía no solo entre actividades productivas y actividades reproductivas, sino también entre las propias actividades productivas (algunas ocupaciones tienen más prestigio que otras), o entre el hecho de poseer o no poseer un trabajo remunerado (tener un empleo posee una mayor valoración social que no tenerlo).

Como diría Dominique Méda (1995), se nos ha olvidado actuar sin consumir o producir; hemos olvidado la vida contemplativa. En nuestra sociedad, el trabajo ordena nuestro mundo. Pero esto no siempre fue así. Las actividades productivas no siempre han estado desligadas de su entorno, y la relación salarial no siempre ha sido considerada fuente de bienestar o valoración social. De hecho, algunos antropólogos, como Michel Panoff (1977) o Philippe Descola (1983), constataron que, entre algunos grupos humanos, no existe una noción general de «trabajo» que agrupe todas las actividades productivas. Así pues, nuestras sociedades del trabajo han sido producto de un proceso histórico y social que nos ha hecho creer que la única forma de procurarnos lo necesario para la vida es a través de un empleo, y que, por tanto, cualquier empleo es bueno, más allá de sus condiciones.

Que el trabajo y la relación salarial son fundamentales en nuestra forma de comprender el mundo queda patente cuando en los discursos, tanto gubernamentales como de la oposición, la destrucción de empleo aparece como una preocupación central. Pase lo que pase, no debe destruirse empleo. Tal es el mantra de los denominados «agentes sociales» estos días, de los principales sindicatos y de la patronal. El confinamiento, así como el cierre de negocios e industrias, es dramático, no solo por sus aspectos más sociales (alejamiento de familias y amistades, duelos en soledad...), sino también porque, en una sociedad donde el trabajo asalariado es aquello que nos permite un bienestar y el acceso a una ciudadanía sustantiva, la falta de empleo no hace sino aumentar las desigualdades ya existentes y condenar a la pobreza a un porcentaje cada vez mayor de la población. Solo así podríamos explicar la tardanza en la toma de medidas drásticas de algunos Gobiernos o las afirmaciones de algunos gobernantes de que es mejor mantener la economía a flote que salvar vidas, porque el desempleo lleva a la pobreza, esta al hambre, y este a la muerte.

Vemos, por tanto, de qué manera la pandemia ha hecho palpable esta contradicción entre salud y bienestar y economía, invisibilizada también en nuestro modelo civilizatorio. He aquí un ejemplo de la contradicción entre capital y vida de la que hablan las economistas feministas. Nuestro modelo civilizatorio ha relegado las ideas de la buena vida y del bien-estar y las ha sometido a la lógica de la acumulación y del crecimiento constante. Una lógica que dejó de tener en cuenta, hace ya mucho tiempo, los tiempos de los ciclos de reproducción de la naturaleza y la importancia de los cuidados en nuestro desarrollo y en nuestras vidas. Una lógica que nos ha llevado hasta esta crisis global. Quizá esta pandemia nos abra una ventana hacia la transformación de este modelo civilizatorio depredador que pone a algunos en este mundo para producir por producir y a otros para cuidar. Quizá sea el momento de debatir colectivamente sobre los trabajos socialmente necesarios, sobre la transición ecológica, sobre el reparto de trabajo, la derogación de la ley de extranjería, el cierre de los Centros de Internamiento de Extranjeros (CIE), el establecimiento de sistemas de cuidados público-comunitarios o la renta básica. En definitiva, sobre cómo le damos la vuelta a esta situación sin dejar, verdaderamente, a nadie en el camino.



Figuras 2 y 3. Concentración de la Red Solidaria de Acogida Valiente Bangla y la Red Interlavapiés frente al centro de salud de Lavapiés para visibilizar la barrera idiomática a la que se enfrentan las comunidades migrantes en el acceso a los recursos sanitarios y sociales y exigir la implantación de servicios de intérpretes-mediadores, esenciales para garantizar el derecho a la salud para todas. Fotografías de Eliza Arrieta.

## Bibliografía

- ALONSO, L. E. (2007): *La crisis de la ciudadanía laboral*. Barcelona: Anthropos.
- DESCOLA, P. (1983): «Le jardin du colibri. Procès de travail et catégorisations sexuelles chez les Achuar de FÉquateur». En *L'Homme*, 23-1. París: Éditions EHESS, pp. 61-89.
- HERNANDO, A. (2018): *La fantasía de la individualidad. Sobre la construcción sociohistórica del sujeto moderno*. Madrid: Traficantes de Sueños.
- MÉDA, D. (1995): *El trabajo. Un valor en peligro de extinción*. Barcelona: Gedisa.
- PANOFF, M. (1977): «Énergie et vertu: le travail et ses représentations en Nouvelle-Bretagne». En *L'Homme*, 17-2-3. París: Éditions EHESS, pp. 7-21.

Publicado en la sección *Antropología para momentos críticos* de la web del Museo Nacional de Antropología el 4 de junio de 2020.

# Sentir y pensar la ciudad en tiempos de contingencia sanitaria. Antropología urbana desde mi ventana

Noemi Sastre de Diego

Universidad del Claustro de Sor Juana y colaboradora del Centro de Estudios de Migraciones y Exilios de la UNED-México

noemi.sastred@universidaddelclaustro.edu.mx

Azares del destino, para algunos; para otros, resultado de la constante alteración que la humanidad, como especie, ejerce sobre el equilibrio natural de los ecosistemas; lo cierto es que, independientemente de las explicaciones que quedamos darle al fenómeno de la COVID-19, lo que sí podemos señalar es que esta nos ha llevado a una realidad sociológica casi unisona en el conjunto del orbe. Una realidad que, sin duda, donde se presenta más acuciante es en el contexto de las pequeñas y grandes ciudades que pueblan nuestro planeta y que, muy probablemente, esté teniendo una incidencia bastante menor, incluso en algunos casos imperceptible, para aquellas comunidades rurales más alejadas de la dinámica urbana.

Una realidad, por otra parte, que nos vuelve a situar en primera línea de debate cuestiones como la relación entre lo global y lo local en estos tiempos de confinamiento. Unos tiempos, además, en los que, más allá de toda ventana virtual hacia el exterior que pueda proporcionarnos la Red, nuestro tiempo, nuestro espacio y nuestras prácticas se sitúan dentro de los límites de aquella realidad que nos es más inmediata: nuestros hogares.

Lo doméstico como marco de interacción con los otros y con nuestro contexto exterior; lo doméstico, también, como ámbito de gestión de las dinámicas que llevamos a cabo como individuos que somos en todas sus dimensiones: económica, social, ciudadana, familiar, cultural, laboral, etc., y escenario, además, en el que todas ellas discurren. En ese sentido, uno puede intuir con facilidad que pocas han de ser las diferencias que en estos días distinguen la cotidianidad en las diversas ciudades del mundo, en la medida en que dichas prácticas, casi en su totalidad, están girando en torno al consumo y la ocupación del espacio-tiempo a través de Internet y las plataformas *online*.

Siendo así, ante un espacio urbano casi no practicado, con unas urbes desiertas, sin apenas presencia de la actividad propia en sus calles que hasta ahora las ha distinguido, y con una población confinada en el universo íntimo de sus respectivos hogares: ¿qué elementos distintivos podemos hallar para que, día con día, en el transcurso de esta contingencia, podamos decir que amanecemos en una ciudad en específico y no en otra? ¿Qué elementos dan identidad propia a una ciudad u otra, no como urbe —en su carácter general—, sino como espacio singular, y la diferencian de las demás?

La condición de lo fluido, lo inconsistente —que a veces parece inconcluso—, la condición transitoria, lo fugaz y lo etéreo de la ciudad moderna son cualidades que tempranamente entraron en la órbita del pensamiento antropológico a la hora de definir a esta y al espacio urbano como objeto analítico. Ante la complejidad que dichas cualidades arrojan a la hora de aproximarnos a lo urbano como universo de estudio, la disciplina antropológica en los últimos tiempos ha realizado un arduo ejercicio de reflexión y reformulación de sus propios postulados teóricos y metodológicos a fin de encontrar la mejor forma

y la más completa para abordar un objeto de estudio en apariencia tan escurridizo, versátil, impreciso y polisémico como es la vida social en las grandes ciudades contemporáneas. Propuestas de autores como Manuel Delgado han podido mediar con esa barrera de la imprecisión y lo volátil al acercarse a lo urbano como «espacio practicado» por un sujeto específico, el «urbanita», como sujeto social que, a través de sus dinámicas y las confluencias que se dan en el espacio físico de la ciudad, dota a este de esencia y contenido. Así, tal y como diría Jordi Borja (2003: 25), «la ciudad es la gente en la calle».



**Figura 1.** Cruce Eje Central, entre avda. Juárez y calle Madero, Centro Histórico, Ciudad de México. Sábado 30 de mayo de 2020. Fotografía de Noemi Sastre de Diego.



**Figura 2.** Cruce Eje Central, entre avda. Juárez y calle Madero, Centro Histórico, Ciudad de México. Sábado 25 de marzo de 2017. Fotografía de Noemi Sastre de Diego.



Es el «ser urbano», en su quehacer, en sus prácticas, apropiaciones y representaciones del espacio público, quien día con día otorga al paisaje de la ciudad y de la gran urbe contenido y significado. La ciudad conformada por aquellos lugares de socialización en tanto en cuanto en ellos acontecen los procesos y escenarios de confluencia, de intercambio, de diálogo, de conflicto y negociación en las dinámicas que ponen en práctica los habitantes de las grandes ciudades.

**Figura 3.** Explanada plaza de la República. Monumento a la Revolución. Ciudad de México. Sábado 30 de mayo de 2020. (Espacio público vacío y fuentes danzantes apagadas). Fotografía de Noemi Sastre de Diego.



Figura 4. Explanada plaza de la República. Monumento a la Revolución. Ciudad de México. Domingo 20 de mayo, 2018. (Apropiación ciudadana del espacio). Fotografía de Noemi Sastre de Diego.

¿Cómo sentir, cómo pensar, entonces, la ciudad, cuando este sujeto protagonista se desdibuja y está casi ausente?

Ciudad de México, un día cualquiera de la contingencia sanitaria, 8:35 horas de la mañana, se escucha a lo lejos la campanilla característica del camión de la basura que está llegando a esta zona de la colonia; con gran probabilidad, en torno a las 7 o las 8 de la tarde volverá a pasar. Poco tiempo después, 9:40 a. m., me sobresalto con la singular llamada del repartidor del agua.

Aún no se alcanza el mediodía, son las 11:02 horas, y se estaciona a media calle el camión del gas: con su acostumbrado alarde de voz afinada y bien entonada, uno de sus repartidores nos da aviso con su característico «Gaaaaaaaas. ¡Gas Supremo! Gaaaas».

No sucede siempre, pero hoy es uno de esos días de la semana en los que a la hora de la comida, 14:43 p. m., aparece un grupo de músicos callejeros que a ritmo de instrumentos de percusión y viento nos deleita con alguna de sus melodías. Vecinas y vecinos se asoman a sus ventanas y balcones para escuchar, y les hacen llegar algunas monedas como agradecimiento; no deja de ser un agradable *break off* en la monotonía del día a día. Si fuera martes, más o menos por estas horas llegaría la pequeña camioneta de la Cremería Chalco vendiendo sus helados, quesos y cremas; otro ejemplo singular con su musiquilla característica.

Ya alcanzando las 16:30 de la tarde se llega a escuchar en la lejanía el silbato característico del afilador. Este es de tonadilla muy similar al que hace años se podía escuchar en gran parte de las ciudades españolas. Se trata, sin duda, de una reminiscencia del pasado y evoca tiempos que parecen bastante lejanos. En el transcurso de este mismo día he podido contabilizar al menos cuatro episodios en los que se escucha tanto en mi calle como en otras aledañas la sintonía de los compradores de chatarra, fierro y artículos viejos más famosa de todo México: «Se coooompra colchoooonees, tamboores,

refrigeradores, estufas, lavadoras, microondas, o algo de fierro viejo que venda». Este es uno de los sonidos más icónicos de la ciudad, presente tanto en barrios ricos como en barrios pobres.

Rápidamente, y dejando sin mencionar algunos otros, este podría ser el registro sonoro cotidiano de la mayoría de las calles de las colonias del centro y el extrarradio de Ciudad de México. Colonias populares y «clases medias», incluso aquellas zonas residenciales de mayor poder adquisitivo, todas ellas son testigo de un discurrir similar de anuncios y melodías. Tonadillas en su mayoría adscritas a actividades económicas y que, por lo general, aparecen en el escenario de lo cotidiano con horarios más o menos establecidos. Unos horarios que, además, marcan las pautas y los ritmos de estos habitantes de la gran ciudad; y unas actividades que, por otra parte, están vinculadas con la administración y la prestación de servicios a necesidades propias del ámbito doméstico.

Empezando con el repartidor de gas o el recolector de basura a primera hora del día hasta el vendedor de pan dulce o de tamales que aparece también entre las seis y media o las siete de la tarde, todos ellos nos hablan de unos hábitos y de unos ritmos propios de la ciudad y de sus habitantes, y que encontramos, muy similares, en otras zonas de la República. Unas dinámicas cotidianas que se siguen dando en tiempos de la contingencia y que en estos contextos de quietud, en estos tiempos de silencio, en los que pareciera que las ciudades se han paralizado, sin embargo, adquieren una relevancia más significativa. La ciudad no está dormida: no ha desaparecido, se escucha con más claridad su esencia y se siente su presencia. Y son tan poderosos estos, sus signos, que forman parte intrínseca del individuo, como vecino, y de la colectividad. Son parte importante de su latir, hasta el grado de que condicionan muchas de nuestras prácticas. Aquellas prácticas que, además, se vinculan a lo doméstico, a lo más inmediato, a los hábitos cotidianos mismos, que son compartidos por una amplia mayoría de la población. Aquel espacio, el doméstico, el cotidiano, en torno al cual ahora, en este contexto de contingencia sanitaria, se rigen todas las dimensiones de nuestra persona y de nuestro día a día.

A lo largo de décadas, hemos pensado la Ciudad de múltiples formas y posibilidades varias: como espacio de flujos, dispersiones y convergencias; como espacio público, practicado, contenido y significado; como espacio de tránsitos y confluencias; como espacio multicultural, de identidades híbridas, diversas, de complejidad heterogénea; como espacio de mediación y conflicto; como espacio de la inmediatez y de lo globalizado; como escenario donde acontece la sociedad informacional que distingue nuestra era. En todas ellas subyace la idea de lo urbano como espacio social, económico, político y cultural, que como tal no existe en tanto en cuanto no sea, o esté siendo, un lugar acontecido (transitado, practicado, representado, dotado de acciones y sentido), en un momento preciso.

Así, y a modo de negativo velado tras una fotografía ya más que asumida, la COVID-19, con su «quietud», nos ha permitido escuchar otros compases y nos revela que la identidad de lo urbano-contemporáneo no la encontramos exclusivamente en ese tipo de dinámicas voraces, en lo frenético de sus ritmos o en la complejidad de las identidades socioculturales que lo habitan. El tiempo y el ritmo en la metrópoli, en la gran ciudad, no solo es fugaz, también es contenido. Un tiempo fluido presente que, no obstante, nos habla de una identidad atemporal y de una métrica interna (eterna), omnipresente, que lo dota de cierta pervivencia (consistencia), en ese continuum transformador que las ciudades vienen experimentando en sus paisajes, en sus prácticas y en el tipo humano que las habita, década tras década.

## Bibliografía

- BORJA, J. y MUXI, Z. (2003): *El espacio público, ciudad y ciudadanía*, Barcelona: Electa.
- CASTELLS, M. (1976, 2012): *La cuestión urbana*. México: Siglo XXI Editores.
- . (1999): «El espacios de los flujos». En Manuel Castells (ed.), *La era de la información, I. La sociedad red*. México: Siglo XXI Editores. pp. 409-462.
- CASADO, J. M. (2008): «Estudios sobre movilidad cotidiana en México». *Script Nova. Revista Electrónica de Geografía y Ciencias Sociales*, II, 273. Barcelona: Universidad de Barcelona. Recuperado de: <http://www.ub.edu/geocrit/sn/sn-273.htm>.
- CUCÓ, J. (2004): *Antropología urbana*. Barcelona: Ariel.
- DELGADO, M. (1999): *El animal público. Hacia una antropología de los espacios urbanos*. Barcelona: Anagrama.
- . (2007): *Sociedades movedizas. Pasos hacia una antropología de las calles*. Barcelona: Anagrama.
- GARCÍA, N. (1998): «Las cuatro ciudades de México». En Néstor García Canclini (coord.), *Cultura y comunicación en la ciudad de México. Primera parte. Modernidad y multiculturalidad: la Ciudad de México a fin de siglo*. México: UAM/Grijalbo, pp. 19-39.
- . (2009): *Consumidores y ciudadanos. Conflictos multiculturales de la Globalización*. México D. F.: Random House Mondadori.
- JACOBS, J. (1973): *Muerte y vida de las grandes ciudades*. Madrid: Península.
- LEFEBVRE, H. (1976): *Derecho a la ciudad*. Barcelona: Península.
- . (2000): *The production of space*. Oxford: Blackwell.
- SMITH, M. P. (2000): *Transnational Urbanism. Locating Globalization*. Oxford: Blackwell Publishing.
- SOJA, E., MORALES, R. y WOLFF, G. (1983): «Urban Restructuring: An Analysis of Social and Spatial Change in Los Angeles». *Economic Geography*, 59(2), *Restructuring in the Age of Global Capital*. Nueva Inglaterra: Clark University, pp. 195-230.
- SOJA, E. (1997): «El tercer espacio. Ampliando el horizonte de la imaginación geográfica». En Pablo Cicollella (coord.): *VI Encuentro de geógrafos de América Latina. Geographikós. Territorios en redefinición. Lugar y Mundo en América Latina*. Conferencia llevada a cabo en el encuentro. Buenos Aires: Comisión Organizadora Nacional, Instituto de Geografía.
- . (2008): *Postmetrópolis. Estudios críticos sobre las ciudades y las regiones*. Madrid: Traficantes de Sueños.

Publicado en la sección *Antropología para momentos críticos* de la web del Museo Nacional de Antropología el 4 de junio de 2020.

# Y todo sigue igual

María Jesús Jiménez y Belén Soguero

Museo Nacional de Antropología

mjesus.jimenez@cultura.gob.es

belen.soguero@cultura.gob.es

Según pasan las semanas, cada vez está más claro que la pandemia que asola nuestro planeta no es solo una enfermedad que ha tomado dimensiones nunca conocidas. Ahora empezamos a comprender que es un problema de nuestra relación depredadora con la naturaleza y el medioambiente en el que vive la raza humana y de nuestra falta de respeto hacia el resto de las especies con las que los compartimos. Estamos viendo también que no afecta por igual a lugares que poseen buenas infraestructuras, organización y medios económicos que a aquellas áreas del planeta donde no existe agua corriente o donde el hacinamiento y la miseria caracterizan a ciudades enteras. Comprendimos pronto que la dimensión de esta epidemia va mucho más allá de la salud y afecta de forma directa a las economías nacionales y familiares, y que tendrá repercusiones en nuestra manera de socializarnos, de movernos y de actuar en grupo.

Otro de los enfoques desde los que se está observando este fenómeno es el del papel que las mujeres estamos jugando en la crisis, poniéndose en evidencia la ausencia de una perspectiva que nos tenga en cuenta. Que el género masculino sea el usado para generalizar en lenguas como la nuestra no es casualidad: cuando reflexionamos o enfocamos un problema tratando de obtener análisis generales, las mujeres desaparecemos, no solo de las palabras, sino de las ideas y las proyecciones que se hacen de la realidad. Así, por ejemplo, hemos pensado antes en cómo mantener la distancia de seguridad mientras tomamos un café con amigxs que en cómo mantener a una víctima a salvo de su maltratador en una situación de restricción de movimientos. ¿No es significativo precisamente en un momento en el que se lucha por cada vida humana?

El asunto de la violencia machista durante la pandemia, del que hablaremos en la segunda parte de nuestra reflexión, es sin duda la consecuencia más dramática de un problema que esta crisis ha vuelto a sacar a la luz y que es mucho más amplio: en el planteamiento de la cuestión falta la mitad de la población, faltamos las mujeres. Nuestro sufrimiento, nuestro sacrificio, nuestra problemática propia y nuestras necesidades sencillamente se están ignorando.

La mejor prueba de ello es la presencia cada vez mayor en Internet de testimonios de mujeres exhaustas física y psicológicamente por la sobrecarga de responsabilidades que estamos soportando durante el confinamiento. El cierre de los centros educativos y de otros centros que dan asistencia a colectivos vulnerables, como nustrxs mayores o personas con diversidad funcional, ha causado que seamos mayoritariamente nosotras las que nos hagamos cargo del cuidado de nustrxs hijxs, mayores y personas dependientes. Todo ello al mismo tiempo que hacemos frente a las exigencias del teletrabajo y del cuidado del hogar.<sup>1</sup> Un reciente estudio

---

<sup>1</sup> Más información en: [https://www.eldiario.es/sociedad/sindrome-quemada-consecuencias-psicologicas-pandemia\\_0\\_1034496811.html](https://www.eldiario.es/sociedad/sindrome-quemada-consecuencias-psicologicas-pandemia_0_1034496811.html)

de la Universitat de València demuestra que las madres trabajadoras están sufriendo la mayor carga de esta crisis (<https://theconversation.com/teletrabajo-y-conciliacion-el-estres-se-ceba-con-las-mujeres-137023>).



**Figura 1.** Cuatro mujeres en la selva llevando carga en grandes cestos a la espalda. Área Amazónica. Arequipa (Perú). Fotografía del Museo Nacional de Antropología.

Una de nosotras, sin ir más lejos, ha tenido que escribir su parte de este texto a trancas y barrancas, entre supervisiones de ejercicios, negaciones de permiso para jugar a la *tablet* en horas que no corresponde hacerlo, interrupciones constantes incluso cuando decidía recluirse en su habitación para avanzar, y con la presión de la culpa por estar dejando a sus hijos a su libre albedrío por la casa y tirar demasiadas veces de comida precocinada.

Tanto en los casos de familias monomarentales, como esta, y de parejas divorciadas o separadas con hijxs como en los de parejas que conviven con sus vástagos, las mujeres estamos asumiendo la gran mayoría de la carga de los cuidados. El seguimiento y el apoyo a nuestrxs niñxs para que no pierdan el curso escolar está siendo la gran pesadilla de madres desde Madrid hasta Dakar, y sospechamos que en el resto de los continentes...

Llegado el momento de demostrar que hemos avanzado en el terreno de la igualdad y que no somos iguales a nuestras madres y nuestros padres, poniendo en práctica la llamada «conciliación»,

resulta que nosotras seguimos siendo las cuidadoras, y ellos (en el mejor de los casos) los que traen el dinero a casa. Cierto es que cada vez más hombres (una inmensa minoría) asumen tareas domésticas y el cuidado de sus hijxs por propia iniciativa y deseo, y a ellos hay que reconocerles el esfuerzo que también están haciendo en estas difíciles circunstancias.

¿Qué está fallando cuando, avanzado el siglo XXI, las mujeres volvemos a sentir que vivimos en una cárcel doméstica y ahora también laboral? ¿Cómo es posible que decenas de miles de mujeres y hombres llenáramos las calles de nuestro país el 8 de marzo (sí, una de nosotras también fue y no se contagió de coronavirus), y hoy solo nosotras llenemos las redes de gritos de auxilio porque volvemos a encontrarnos solas y angustiadas? ¿Qué va a pasar si, como advierten las autoras del estudio de la Universitat de València, se produce una crisis de cuidados en caso de que los servicios de educación y asistencia no puedan dar respuesta a la demanda de nuestrxs niñxs, mayores y dependientes? ¿Hay solución a esta otra crisis que el COVID-19 ha sacado a la luz?



Figura 2. Detalle del altar de Durga, diosa hindú símbolo de la fortaleza femenina divina, que con sus múltiples brazos refleja bien la idea de la «mujer multitarea». India. Siglo XIX. Fotografía del Museo Nacional de Antropología.

Antes decíamos que, a la hora de analizar la problemática causada por la pandemia y de proponer soluciones, se han obviado las necesidades específicas de las mujeres, que hemos sido, usando ese término tan utilizado como cierto, «invisibilizadas». Y es muy importante que nos demos cuenta de que lo hemos sido no solo por ellos, sino también en muchos casos por nosotras mismas. A la hora de afrontar todos los retos que ha supuesto hacer frente a la enfermedad, no hemos sido realistas ni a nivel individual ni como grupo. La vida de muchas familias, parejas separadas o familias monomarentales durante el confinamiento ha sido una especie de condensación, de miniaturización, de las que hasta entonces eran nuestras costumbres y nuestra manera de vivir. Muchísimas —y también algunos de ellos— hemos comprendido que no estábamos siendo conscientes de todas esas inercias y desigualdades que asumíamos como «normales» antes de la crisis. Que los deberes con lxs niñxs solemos hacerlos nosotras, al igual que la interlocución con lxs profesorxs (la antigua asistencia a las reuniones escolares); que la planificación y realización de las comidas solemos también hacerla nosotras; que, cuando nuestrxs mayores nos necesitan, las hijas y nueras intentamos ayudar; que el trabajo de él es el que necesita mayor número de horas de dedicación y muchas veces hay que ayu-

darlos haciéndonos cargo de lxs menores... Y qué decir de las familias en las que las madres estamos completamente solas para el cuidado de hijxs, trabajo, hogar...

Tan convencidxs estábamos de que caminábamos hacia la igualdad y, al condensar nuestras vidas en un espacio cerrado, hemos podido ser conscientes de que hay muchísimos detalles que pasábamos por alto... Y es que en las miniaturas los detalles son fundamentales. Las nuevas rutinas creadas durante el encierro pueden ahora contrastarse fácilmente: ¿Cómo se distribuye el tiempo de él y el de ella? ¿Cuánto tiempo de ocio y tranquilidad hemos tenido unas y otros? ¿Quién ha dejado de lado en más ocasiones aquello que le parecía importante hacer porque un peque se aburre y la está liando parda? Y finalmente, ¿cómo es posible que estemos en esta situación?

No parece casual que, al tiempo que escribimos estas líneas, en nuestro país se haya colocado en el centro de la conversación el papel que las manifestaciones del pasado 8 de marzo tuvieron en la propagación del virus. Toda revolución tiene su contrarrevolución. De las decenas de eventos multitudinarios celebrados ese día y los cercanos, algunos han decidido que aquel, en el que una multitud pedimos el fin de la desigualdad, de la violencia y el cambio de paradigma en las relaciones de mujeres y hombres, ha sido la bomba que extendió el virus en la capital. Justo al mismo tiempo en que crecen las voces femeninas que gritan —algo que muy pocas de nuestras madres se atrevieron a hacer— que están hartas de la sobrecarga de tareas. Sin duda, para un sector que nos gustaría creer minoritario de nuestra sociedad, la vuelta a los antiguos modelos de mujer abnegada que se entrega por entero a «sus labores» es el camino a seguir, y qué mejor que una crisis para volver a encerrarnos a todos en la cueva.

Pero no todo son «fuerzas externas». En nuestra opinión, otra de las claves de lo que está ocurriendo la encontramos en lo que Almudena Hernando describió como «la falta de concordancia entre la “verdad razonada” y la “verdad actuada” por los hombres y las mujeres de nuestra sociedad» (Hernando, 2012: 174). Sigue faltando —y ahora vemos las consecuencias a pesar de los avances realizados— una reflexión individual de cada una de nosotras y de cada uno de nosotros exigente, esforzada y sincera sobre lo que decimos ser, lo que realmente somos y, muy importante, lo que nos gustaría ser como personas y como grupo humano para comprender e interiorizar, a nivel de nuestra subjetividad, la necesidad del cambio de los roles que heredamos de nuestros ancestros.



Figura 3. Dos *geishas*. Japón. Finales del siglo XIX. Fotografía del Museo Nacional de Antropología.

Este cambio personal es indispensable si queremos estar preparadxs como colectivo para exigir a nuestras autoridades políticas que logren una igualdad «real», que faciliten una conciliación «verdadera»,<sup>2</sup> sin pedir a las mujeres «sacrificios» que impliquen que seamos algo que realmente no queramos ser, ni en situaciones de crisis como esta, ni en las vidas que libremente decidamos desarrollar después.

Por si esto fuera poco, la vuelta de tuerca viene cuando pensamos en cómo el encierro de estos meses ha afectado a las víctimas de violencia de género. Mujeres que ya antes de la pandemia sufrían de manera brutal la equivocada y retorcida percepción que tienen algunos hombres sobre el significado de la masculinidad, a lo largo del confinamiento, se han visto de la noche a la mañana encerradas con sus mayores enemigos en una especie de cárcel que pretendía ser su hogar. Según las estadísticas del Ministerio del Interior, actualizadas a 31 de mayo de 2020, en estos momentos hay en España 60 301 casos de violencia de género considerados «activos».<sup>3</sup> Aunque el número de mujeres víctimas de violencia de género es algo menor que el de los llamados «casos», ya que estos se abren cada vez que una víctima recibe maltrato por parte de un agresor único y, por tanto, puede haber varios casos en los que figure una misma mujer si es que esta ha sido agredida por distintos sujetos, lo cierto es que pensar en un número aproximado de 60 000 mujeres que durante dos meses y medio han estado día a día aterradas pensando en qué podría hacerles su maltratador hace que se nos ponga el vello de punta y nos entristezca a partes iguales.

Es simplemente escalofriante ponerse en la piel de estas mujeres, haciendo un necesario ejercicio de empatía, e intentar traducir el miedo que las ha invadido cada día, y que las seguirá invadiendo hasta sabe cuándo, en frases como: «¿Se habrá levantado animado hoy?», «¿Me atacará o matará mientras duermo?», «¿Les hará daño a los niños?» o «¿Cómo reaccionará si hago esto o aquello?».

Una situación desde luego terrible e insostenible que casi con total seguridad ha sido la causante del aumento en el mes de abril en un 60 %, <sup>4</sup> según las fuentes oficiales a nivel estatal, de las llamadas al teléfono de atención a las víctimas de violencia de género respecto al mismo mes en 2019. La ecuación parece sencilla: mujeres desesperadas + su vida amenazada = llamada de ayuda al 016. Pero nada es tan fácil como parece en un principio si pensamos que la libertad de estas mujeres para acceder a un teléfono, incluso al suyo personal, ya era limitada antes del confinamiento, por lo que durante este su capacidad de acción se ha reducido sustancialmente. Al decretarse el estado de alarma, el Gobierno aprobó el Plan de Contingencia contra la Violencia de Género ante la Crisis del COVID-19, a partir del que se pusieron en marcha varias medidas para reforzar la atención y el apoyo a las víctimas. En el contexto de este plan, según los datos que nos ha facilitado el Centro de Información, Documentación y Asesoramiento a la Mujer (CIDAM) de Coslada,<sup>5</sup> lo que fundamentalmente han hecho en este sentido la trabajadora social, las abogadas y las psicólogas encargadas de este servicio en el municipio madrileño ha sido llevar a cabo un seguimiento telefónico de las mujeres que conforman los casos de violencia activos, con especial énfasis en aquellas que conviven con los maltratadores porque no existe orden de alejamiento.

La labor de apoyo que han realizado a lo largo del confinamiento las profesionales que están a cargo de la atención a las mujeres en nuestra opinión ha sido crucial, pues ha permitido no solo que

<sup>2</sup> Actualmente, existe una iniciativa puesta en marcha por el Club de las Malasmadres a través de la plataforma Change.org para pedir medidas urgentes al Gobierno que faciliten una conciliación real para las mujeres: <https://clubdemalasmadres.com/peticion-reunion-urgente-medidas-conciliar/>

<sup>3</sup> Caso activo: aquel que es objeto de seguimiento policial. Fuente: estadísticas del mes de mayo de 2020, obtenidos por el Sistema de Seguimiento Integral en los casos de Violencia de Género (sistema VioGén) del Ministerio del Interior. <http://www.interior.gob.es/documents/642012/11472900/Estadistica+Mayo/77f5d32a-eec7-4272-a95d-62c30318dfc6>

<sup>4</sup> Fuente: datos obtenidos del portal estadístico de la Delegación del Gobierno contra la Violencia de Género del Ministerio de Igualdad.

<sup>5</sup> Agradecemos al CIDAM los datos ofrecidos y su colaboración.

las mujeres víctimas de violencia —física, psicológica y sexual— se hayan sentido menos solas y más respaldadas en tan terrible situación, sino que además hayan podido recibir asistencia constante y real tanto legal como psicológica. Ha sido precisamente la atención psicológica la que el centro cos-ladeño nos comenta que se ha incrementado en atención a lxs hijxs de estas, quienes, de una manera más intensa y continuada que antes del encierro, han vivido y están viviendo en «vivo y en directo» la violencia que se ejerce sobre sus madres. Una vivencia que seguro que más de unx de esxs niñxs se llevará por desgracia luego en su camino hacia la vida adulta.



Figura 4. Cartel de la iniciativa *Mascarilla-19* puesta en marcha por el Gobierno de Canarias para apoyar a las víctimas de violencia de género durante el confinamiento. Fotografía del Instituto Canario de Igualdad (Gobierno de Canarias).

Pero, a pesar de los esfuerzos extraordinarios realizados por las diferentes Administraciones, nos preguntamos si estos han sido suficientes. Creemos que no. Y es que nos resulta muy paradójico que, habiendo sido considerados los servicios de asistencia a las víctimas como esenciales desde el decreto del estado de alarma, al igual que lo han sido entre otros la justicia, la sanidad, el transporte o la alimentación, en materia de atención a las víctimas de violencia de género los resultados sean tan poco visibles y, sobre todo, esperanzadores, y que parezca además que todo sigue igual. Y es que en realidad así es, o quizá aún peor, ya que muchas de estas víctimas han dado un paso para atrás en el largo y tortuoso camino que las estaba llevando ya hacia su personal desescalada de la violencia. Es posible que, tras este periodo de tiempo, muchas de las difíciles decisiones tomadas por estas mujeres para salir del horror en el que viven tengan que volver a la casilla de salida para volver a empezar, eso sí, con menos certezas aún que antes.

Sin querer caer en el pesimismo total, mirando a nuestro alrededor y a las cifras sobre violencia de género, nos preguntamos seriamente si esto acabará alguna vez; si las mujeres podremos soltar algo de lastre en este camino lleno de desigualdades, en el que cualquier piedra que encontramos, como en estos momentos ha sido el COVID-19, nos hace perder todo lo avanzado y ganado con tanto esfuerzo por parte de todas. Pregunta a la que nos respondemos diciendo que, en un país en el que

durante todos los días de una pandemia gravísima las noticias sobre el deporte de élite, y más concretamente el fútbol, han estado presentes en todos los telediarios, los mismos que solo de manera puntual han hablado sobre la violencia de género, tenemos dudas de que se pueda esperar mejorar en este sentido. Quizá seamos nosotras las que estemos equivocadas y nos hayamos saltado la parte del decreto del estado de alarma que dice que el fútbol es un servicio esencial, ¿será eso?

Dejando a un lado cualquier sarcasmo, lo cierto es que o empezamos a reeducarnos y a ser conscientes de la importancia y del impacto de las desigualdades reales que existen entre mujeres y hombres, y de cómo estas se agravan y amplían en momentos de crisis, o cabe augurar una sociedad con un futuro oscuro y muy poco amable. Porque así lo es aquella que no tiene en su código ético, entre otros, el respeto y la igualdad como dos de sus principales buques insignia. Desde luego, esto es algo que nos compete a todxs y que tenemos que ir haciendo entre todxs, porque, de lo contrario, en el próximo confinamiento por pandemia, allá en el año 2050, seguiremos tristemente hablando de lo mismo.

## Bibliografía

REQUENA, A. y BORRAZ, M. (4 de junio, 2020): «Madres quemadas: las consecuencias psicológicas de la pandemia se ceban con las mujeres con hijos». *elDiario.es*. Recuperado de [https://www.eldiario.es/sociedad/sindrome-quemada-consecuencias-psicologicas-pandemia\\_0\\_1034496811.html](https://www.eldiario.es/sociedad/sindrome-quemada-consecuencias-psicologicas-pandemia_0_1034496811.html).

HERNANDO, A. (2012): *La fantasía de la individualidad. Sobre la construcción sociohistórica del sujeto moderno*. Buenos Aires y Madrid: Katz.

Publicado en la sección *Antropología para momentos críticos* de la web del Museo Nacional de Antropología el 11 de junio de 2020.

# Dilemas de lo popular en tiempos de pandemia. Vida cotidiana en una colonia del Valle de México

Daniela Oliver Ruvalcaba y Emmanuel Romero Calderón

Universidad del Claustro de Sor Juana y UNAM (México)

danielaoliver\_r@yahoo.com.mx

erocamx@gmail.com

Las calles de la colonia Juárez Pantitlán, del municipio de Nezahualcóyotl, en el Estado de México, lucen menos transitadas que como fueran antes de la Jornada Nacional de Sana Distancia, decretada por el Gobierno Federal el 23 de marzo de este año como medida de cuarentena para hacer frente a la pandemia de COVID-19; sin embargo, el llamado de las autoridades a quedarse en casa ha sido efectivo solo parcialmente.

De los que aquí escriben, Emmanuel ha vivido en Neza durante parte de su infancia, adolescencia y toda su juventud; Daniela, por su parte, ha habitado en este municipio de manera intermitente desde hace más de quince años. En estos días de confinamiento doméstico, hemos podido observar los cuidados que, así como nosotros, los vecinos han incluido en su vida cotidiana: el uso de cubrebocas para salir a la calle o hacerlo sin acompañantes. No obstante, otras cosas no se han modificado de manera tan evidente; más aún, la vida de nuestra calle ha estado lejos de replegarse al espacio privado.

A ciertas horas de la mañana, las mujeres, madres, abuelas, las dueñas y señoras de las cocinas en las que alimentan a varios miembros de la familia extensa, desfilan con sus cubrebocas a hacer las compras para el preparado de ese día. La verdulería, la pollería, la tortillería, la tienda de abarrotes, la purificadora de agua, el centro de venta de productos nutricionales Herbalife, la farmacia o la cocina económica se encuentran a solo unos pasos, una cuadra, dos a lo más; se trata de vecinos quienes han acondicionado sus viviendas a lo largo de los años para emprender estos negocios, algunos de manera definitivamente exitosa, han diversificado los productos que venden, ampliado sus locales o incluido el uso de terminales para el pago con tarjetas bancarias. Son comercios familiares que no siempre hacen parte de la economía formal. En algunos casos, han cumplido hasta treinta años de operación, trabajados por dos o tres generaciones.

Los tenderos y comerciantes también usan cubrebocas y tratan de guardar la «distancia social». En algunos locales no es posible entrar si no se porta este artículo sanitario. Si las señoras olvidan algo, o algún miembro de la familia tiene un antojo especial, vuelven a salir o mandan a un niño, el hijo, nieto o sobrino, a hacer ese mandado. Solo se encuentra cerrada la carnicería desde que inició la cuarentena y, recientemente, uno de los locales de abarrotes, junto con la verdulería contigua, propiedad de familiares, han cerrado, dado que tres de sus miembros —la abuela de la familia, una de las hijas que atendía la tienda y otro de los hijos— fallecieron. Ellos no han querido explicar las causas, pero en la colonia se cree que ha sido a consecuencia de contraer COVID-19.



Figura 1. Colonia Juárez Pantitlán, Nezahualcóyotl, junio de 2020. Fotografías de Daniela Oliver y Emmanuel Romero.

Un par de horas antes de las compras para la comida, ya hay vida. Los carpinteros de la pequeña casa de enfrente montan su taller en la calle para continuar con los trabajos del día anterior: terminar una mesa o arreglar las sillas de lo que parece un gran comedor. Recientemente, dos casas hacia el norte, un grupo de jóvenes han comenzado a trabajar como hojalateros para carrocerías de automóviles; también lo hacen en la calle. Unas casas más al sur, un taller mecánico perteneciente a dos jóvenes hermanos que no viven aquí, pero que lo han heredado de su padre, también inicia su jornada. Un enorme perro *rottweiler* atado a una gruesa cadena —a quien nunca sueltan— custodia el gran terreno que ocupa el taller y ladra de vez en vez a la gente que pasa por la calle. Varias familias dependen de estos negocios y, dado que no son asalariados, el trabajo de cada día les permite mantenerse, no pueden parar; a ellos se suman los vendedores ambulantes, quienes, a través de gri-

tos característicos o algún instrumento, deambulan por las calles con cochecitos que empujan o con bicicletas cargadas de helados, tamales, obleas caseras o camotes dulces, por no hablar de quienes compran fierro viejo y otros electrodomésticos usados.

A diferentes horas del día, afuera de algunas puertas de las viviendas se congregan hombres, la mayoría con cubrebocas, hay quienes sacan sillas de sus casas y otros se sientan sobre las banquetas o alguna jardinera, conversan por un par de horas y beben refresco o cerveza, a pesar de la «ley seca» decretada por el presidente municipal que prohíbe la venta de alcohol en toda la demarcación debido a una situación que, sin ser nueva, se ha exacerbado a partir del encierro; esta es, la violencia doméstica, específicamente sobre mujeres. La medida es, por decir lo menos, insuficiente, dado que en sí misma no se cumple. Los habitantes de Neza podemos comprar bebidas alcohólicas en las alcaldías y municipios vecinos; en el caso de nuestra colonia, a unas cinco cuadras. Más aún, conforme avanzaron las semanas y los meses, y cambió el enfoque de confinamiento del Gobierno Federal, dicha prohibición fue abandonada. Como sabemos, el aumento de la violencia doméstica contra las mujeres durante la cuarentena no es privativa de este municipio o de este país, se ha acumulado por décadas sin que existan programas o proyectos efectivos a gran escala y con perspectiva de género para su detección, prevención y eliminación.

Como en otros barrios populares, en muchas de las casas de Neza viven familias extensas con diversas situaciones, proyectos económicos y cierto sentido de solidaridad y pertenencia entre ellos. Se trata de un municipio levantado principalmente a través de la autoconstrucción. Los abuelos, inmigrantes desde el interior de la República, muchos de ellos provenientes de regiones indígenas, se trasladaron a vivir a lo que todavía no era parte de la Zona Metropolitana del Valle de México, ocuparon o compraron los terrenos en un lugar donde, como ellos cuentan, solo había «lodazales». Las casas fueron creciendo hacia arriba, conforme los hijos e hijas se casaron y formaron nuevas familias: se agregaron otros niveles, se construyeron nuevos departamentos por completo, o se acondicionaron diferentes espacios. Las viviendas de Neza frecuentemente se encuentran en construcción. Las personas las habitan desde sus estados más iniciales y las familias se han ido organizando a lo largo del tiempo, no siempre sin conflictos, para hacer mejoras. Ello implica que no necesariamente exista suficiente espacio para todos sus miembros o para diferentes actividades. El hogar entonces no se restringe al interior de las paredes de las viviendas y lo doméstico hace difusas sus fronteras con la calle. La cuarentena no ha modificado drásticamente estas prácticas.

Aunque durante la comida las familias comentan abundantemente la situación de la epidemia y los retos que ha significado para cada una de ellas, así como el miedo por el riesgo de muerte que significa el virus, especialmente para los miembros de mayor edad, la confianza entre los vecinos —quienes han vivido aquí desde hace más de cuarenta años— parece prevalecer sobre el insistente llamado a no salir excepto para lo indispensable. En otros lugares de México y el mundo, se ha pretendido expulsar de sus propias viviendas al personal de salud por sus vecinos, e incluso se ha llegado a agredir de manera violenta a estos profesionales; aquí, nuestra vecina de al lado es enfermera, y ello no ha significado ningún tipo de trato diferenciado: suele sostener, en varios momentos al día, charlas en la banqueta frente a su casa con otros vecinos y su nieta juega alegremente por la calle con otras niñas. Asimismo, más niños también salen a jugar: los más pequeños vigilados por sus madres, otros más grandes lo hacen por su cuenta. Los mayores, adolescentes ya, o incluso más grandes, parecen esconderse detrás de los coches estacionados y juegan algún desconocido juego de mesa, fuman o beben; con todo y coronavirus parecen preferir rodearse de sus amigos afuera de su casa.

A la confianza la acompaña también el conflicto que se produce a través de situaciones que la pandemia exagera; escuchar los sonidos del trabajo y la vida cotidiana del otro es una manera de interactuar entre vecinos; no obstante, estos pueden resultar inapropiados para algunos, en una calle ya de por sí sonora. Recientemente, quienes escribimos estas líneas hemos tenido una conversación

con el vecino de la casa contigua por lo alto del volumen de la música que producía por un par de horas en los momentos más inesperados del día, y que, para quienes realizamos actividades como dar clases a distancia, resultó problemático. Lo que pensamos que eran momentos de esparcimiento y relajación producto del encierro resultó ser la actividad laboral de la familia vecina, quienes se dedican a producir espectáculos para fiestas familiares; como nosotros, ahora realizan su trabajo en casa y a distancia con exhibiciones en directo vía Facebook.

Como fue establecido desde el inicio de esta etapa, el primero de junio terminó, oficialmente, la Jornada Nacional de Sana Distancia para dar paso a la llamada «nueva normalidad», un oxímoron que muestra las contradicciones y tensiones entre actores sociales, económicos y gubernamentales, que buscaron no dejar de lado el problema de la reactivación económica, a pesar del riesgo epidémico aún existente. La «nueva normalidad» incluye un semáforo que indicará cuándo pueden iniciarse o parar, según sea el caso, determinadas actividades. Este se aplicará de manera diferenciada, de acuerdo con las condiciones de la epidemia a nivel de cada uno de los estados. De acuerdo con el portal coronavirus.gob.mx, habilitado por el Gobierno Federal para la consulta de datos e información general sobre la pandemia, en México, el municipio de Nezahualcóyotl abre esta fase en la lista de los veinte municipios con más número de contagios confirmados acumulados, ocupando el séptimo lugar, tanto en este indicador como en el de número de defunciones.

Dicha lista es encabezada por Iztapalapa, alcaldía de la Ciudad de México, colindante con Neza, que supera a este municipio en más del doble tanto en el número de casos confirmados acumulados como en el número de defunciones. Otras demarcaciones que se encuentran en esta lista y que también colindan con Neza son Gustavo A. Madero, en el segundo lugar, Ecatepec, Venustiano Carranza e Iztacalco. De tal forma que la colonia Juárez Pantitlán se localiza en la zona de mayor incidencia de contagios del virus en México, la cual también coincide con ser la región más densamente poblada del país. Con 1 132 000 habitantes y 63,74 kilómetros cuadrados, Nezahualcóyotl tiene una densidad de 17 760 personas por kilómetro cuadrado, lo que la coloca como una de las demarcaciones más densamente pobladas de América Latina. Las alcaldías de Iztapalapa y Ecatepec tienen poblaciones que se acercan a los dos millones de habitantes y densidades similares.

El área que conforma estas entidades se ubica al oriente de la Ciudad de México, asociado típicamente en el imaginario urbano con lo popular, que implica, por un lado, el orgullo de personas trabajadoras que buscan la consolidación de un patrimonio, la solidaridad barrial o el origen multicultural y multiétnico de sus habitantes; sin embargo, por otro lado, se ha asociado con calificativos que estigmatizan la complejidad de su vida y reducen la diversidad y contrastes de las realidades de sus habitantes, tales como marginalidad, pobreza o inseguridad.

El dinamismo de la vida cotidiana de nuestra calle, aun durante la cuarentena, muestra las fortalezas de la vida de barrio, como la confianza entre vecinos, pero también sus debilidades: la precariedad de una economía basada en la informalidad, el hacinamiento en las viviendas y las dificultades para conciliar lo doméstico y lo laboral dan cuenta de la vulnerabilidad y los riesgos de aumento de los contagios en la zona. En un sentido, las redes de confianza permiten la resiliencia frente a la pandemia; en otro, propician el crecimiento acelerado de los contagios. La organización de los barrios populares con la mayor transmisión de COVID-19 refleja algunas exclusiones sociales y la tensión entre lo colectivo, comunitario y familiar frente a lógicas más centradas en la seguridad y salvaguarda individual.

No obstante, las formas de responder a la cuarentena por parte de los vecinos de Neza, que resultan contradictorias y contraproducentes, no representan una singularidad de estos barrios mexicanos. Falta de claridad, incertidumbre, información contradictoria o parcial y recursos económicos y de salud limitados son componentes presentes en la manera en que se ha enfrentado la pandemia

desde todos los niveles de autoridad, internacionales, nacionales y locales. Recientemente, se agregaban nuevos síntomas a la enfermedad conocida como SARS-CoV-2 (por sus siglas en inglés) y, conforme se tiene más conocimiento del virus que la provoca, se modifican aspectos como las afectaciones para la salud, el tiempo de incubación y de permanencia en el cuerpo humano, la existencia de mutaciones y cepas, la posibilidad de crear inmunidad o posibles transmisiones a otras especies, entre muchos otros.

Los significados de lo que sucede se van construyendo también sobre la marcha. Las personas hemos tenido que hacer esfuerzos importantes para entender la idea de que un ente, que no es un organismo vivo y es imposible de ver a simple vista, nos tenga encerrados en casa, sin poder tener contacto unos con otros o trabajar para vivir por un riesgo de muerte, que, por contraste, disminuye significativamente con el uso de cosas simples como el cubrebocas y agua y jabón. De la singularidad e inverosimilitud de la situación y la falta de conocimiento y certidumbre que existe en general sobre el tema y lo que sucederá más adelante deriva cierto escepticismo de muchas personas; también, de las situaciones de mayor vulnerabilidad y precariedad se siguen prácticas que, si bien aumentan el riesgo de contagio, no pueden dejar de llevarse a cabo porque representan la continuidad de la vida cotidiana como se la ha conocido hasta ahora, así como el mínimo sostenimiento económico.

Hemos querido mostrar una mirada que, desde el diario vivir, muestra los matices y la diversidad de prácticas y sentidos que las personas experimentan en momentos de crisis, y cómo estos, aunque pueden parecer contraintuitivos, contradictorios o incluso riesgosos, responden a lógicas particulares que buscan la reproducción de sus modos de vida.



Figura 2. Cabeza de Coyote, del escultor Sebastián. Avenida Pantitlán y avenida Adolfo López Mateos. Fuente: <http://www.neza.gob.mx/tramyserv.php>

Publicado en la sección *Antropología para momentos críticos* de la web del Museo Nacional de Antropología el 18 de junio de 2020.

# Desde mi ventana en tiempos del COVID

Elena Flores Pérez

Asociación para el Estudio de la Ecología Humana

florescorreo@yahoo.es

El hospital de IFEMA, las colas del hambre, la gresca política, la irresponsabilidad ciudadana. Esta epidemia ha puesto en evidencia algunas carencias de nuestra sociedad. Un sistema sanitario insuficiente, una organización social desigualitaria, una clase dirigente ambiciosa, una población insolidaria se han plasmado en miles de imágenes en los medios de comunicación. Diferentes manifestaciones de una misma circunstancia en realidad: la prevalencia de lo individual sobre lo colectivo.

Si en condiciones de bonanza ya supone una desventaja la orientación de una sociedad en torno al individuo, en condiciones hostiles la falta de unión en torno al colectivo resulta dramática. Las sociedades modernas, en su burbuja artificial, pueden llegar a tener una falsa sensación de control de la vida, del planeta. Los individuos pueden llegar a creer que por sí mismos, con sus recursos materiales privativos, tienen garantizada la supervivencia. Hasta que una nota de atención de la naturaleza nos despierta de ese ensueño.

Las sociedades más primitivas tenían muy clara su necesidad de trabajar en equipo, de aunar esfuerzos en grupo, en pos de la supervivencia de todos, de cada uno de los miembros. También las sociedades tribales mantuvieron la lealtad al clan, a la familia extensa, cooperando conjuntamente. Es «relativamente» moderna la estructuración o, mejor deberíamos decir, la desestructuración de la sociedad en clases patrimoniales y en formato patriarcal, que distribuye a los individuos a partir de diferentes conceptos arbitrarios.

Viendo el resultado, el planeta devastado que habitamos, la especie humana desagregada que conformamos, tal vez sería buena cosa rescatar la enseñanza del pasado. El respeto a la naturaleza y la unidad en torno a la comunidad, en beneficio del bien común, son el pasado y son el futuro. En un punto del camino, tomamos el desvío equivocado que nos ha conducido al precipicio, y es momento de retomar la senda acertada.

En estas semanas de trágicas noticias, de desesperanza y de miedo, he visto pasar oscuros nubarrones, pero también he visto salir el sol y crecer las amapolas y multiplicarse los animalillos paseando por las urbes de asfalto. Desde mi ventana, he admirado a los profesionales que aparcaban sus ambulancias y subían a atender a mis vecinos, poniendo su vida en riesgo por ayudar a otros. A los voluntarios repartiendo alimentos y demás productos básicos arriesgándose también al contagio por echar una mano al prójimo. Y a los que no he visto desde mi alféizar, pero me consta que han estado trabajando por el bien de todos.

Confío en que la «memoria biológica» o la «memoria cultural» nos ayuden en el camino hacia un futuro más humanitario.



Figura 1. Desde mi ventana. Madrid. Mayo 2020. Fotografía de Elena Flores.

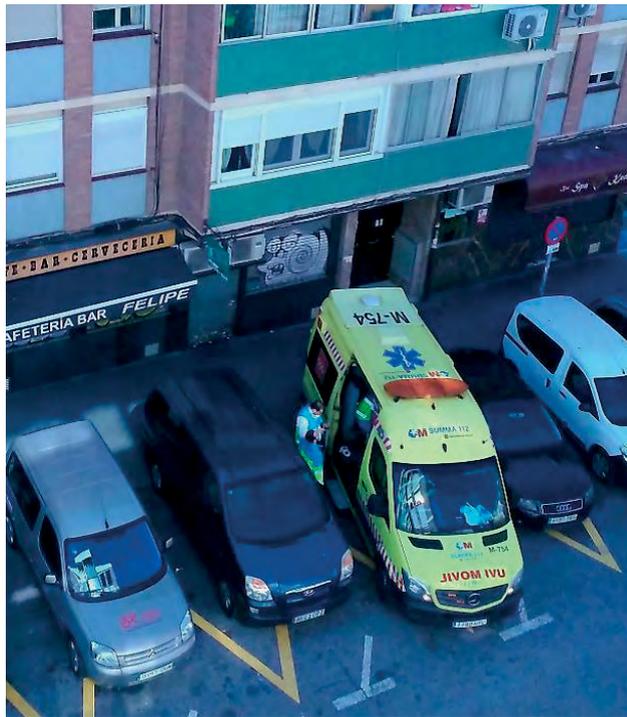


Figura 2. El bicho ya está en el barrio. Madrid. Mayo 2020. Fotografía de Elena Flores.

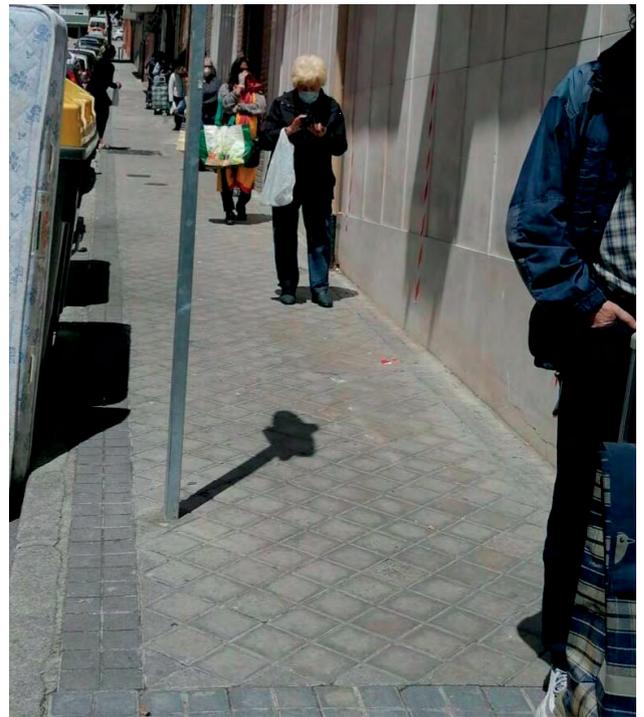


Figura 3. Ahora viene lo peor. Madrid. Mayo 2020. Fotografía de Elena Flores.

Publicado en la sección *Antropología para momentos críticos* de la web del Museo Nacional de Antropología el 18 de mayo de 2020.

# Los aspectos múltiples de la crisis sanitaria por COVID-19. Antropología médica de una sindemia

Rafael Tomás Cardoso

Universidad Europea de Madrid y UNED

Rtomas@sepides.es

Las aproximaciones y los múltiples análisis del actual contexto epidémico por COVID-19 ponen de manifiesto la necesidad de abordar tales problemas complejos desde enfoques multidimensionales, desde una perspectiva que tenga en cuenta la contribución y las potencialidades para su estudio de una mirada antropológica e integradora de las consideraciones poliédricas de los procesos de salud-enfermedad-cuidado, y que integre los análisis de aspectos demográficos y epidemiológicos, las dimensiones sociales de los marcos de transmisión (movilidad y densidad social, patrones residenciales, condiciones sociales y de salud), los factores socioculturales, los patrones de conducta y los aspectos psicosociales asociados a la percepción y los comportamientos de riesgo o cuidado.

Para el estudio de este fenómeno epidémico o pandemia por SARS-CoV-19, cabe considerar la conveniencia del empleo de la aportación conceptual y teórica que ofrece el término «sindemia», un concepto que señala las convergencias, en determinadas situaciones de enfermedad colectiva o epidemia, de múltiples problemas y factores de naturaleza biológica, social, psicosocial, económica o sociocultural.

La utilidad de sustituir el término «epidemia» por el de «sindemia», tal como ha sido planteado en el estudio de la obesidad y otros problemas nutricionales emergentes, reside en la amplitud de este concepto como marco de análisis de problemas de salud y emergencia de cuadros generalizados de enfermedad, en los que confluyen problemas diversos: biomédicos, sociales, políticos y conductuales.

El concepto de «estilo de vida» constituye un término generalmente aceptado como uno de los elementos fundamentales en los modelos de análisis de los determinantes de la salud, entendido como un comportamiento individual responsable, racional e informado para la preservación frente a los riesgos para la salud. En el contexto de epidemias y crisis sanitarias, este término adopta la forma «adaptada» de una exigencia de comportamientos responsables y cooperativos para el control o limitación del proceso de difusión y contagio del patógeno. Una imposición social que, sin embargo, se encuentra con importantes obstáculos y limitaciones estructurales para su alta prevalencia en la población, dentro de estos complejos contextos de crisis e incertidumbre en los que pautas socioculturales y discursos contradictorios, estructuras y desigualdades sociales preexistentes y múltiples intereses económico-políticos actúan como bloqueos y limitaciones efectivas a estos comportamientos de responsabilidad y prevención del riesgo.

Sin embargo, en el marco de estas contradicciones entre los comportamientos deseables y una gran parte de las prácticas sociales observables, la crisis sociosanitaria ha puesto de manifiesto,

y de una forma incrementada, múltiples ineficiencias, disfuncionalidades, desigualdades y errores de nuestra sociedad, tanto en términos de comportamientos sociales como de sus sistemas políticos de administración de servicios básicos. De esta manera, esta crisis de salud y sus expresiones variables según los distintos contextos sociales, así como a través del avance del tiempo durante sus periodos críticos de confinamiento y desescalada, han servido para hacer aflorar, de forma aumentada, muchas cuestiones y disfunciones relativas a nuestro funcionamiento como sociedad y de determinadas instituciones o colectivos sociales. Situaciones que hemos podido observar en el caso español, pero que también serían extensibles, en la mayoría de los casos, a otros países y marcos regionales.

Si bien es cierto que la investigación epidemiológica toma desde hace ya mucho tiempo en consideración la importancia de variables sociales de relevancia en la prevalencia de determinadas enfermedades o en las dinámicas de difusión de procesos infecciosos, como la estructura demográfica o los patrones de densidad y de movilidad social, tal y como han sido ya analizados en numerosos trabajos de interpretación y modelización del curso de la pandemia por COVID-19. Sin embargo, la multidimensionalidad que proponemos como necesaria aproximación a este proceso de difusión del contagio por SARS-CoV-19 como sindemia, en el que convergen múltiples problemas confluentes en la evolución de la enfermedad, precisará del análisis y la consideración de los diferentes factores individuales y colectivos, de los comportamientos y los procesos sociales, que puedan contribuir a ella.

Respecto a ese nivel de requerimiento y exigencia social de un comportamiento responsable y solidario por parte de las políticas sanitarias en contextos de emergencia (con restricciones al movimiento, confinamiento domiciliario, desconfinamiento con medidas de distanciamiento interpersonal y precauciones de higiene personal), en la respuesta a esas demandas de responsabilidad y compromiso individual hemos podido observar una amplia variabilidad de conductas, entre las que cabe señalar los comportamientos solidarios y cooperativos expresados en redes de apoyo mutuo, que hemos visto en la ayuda vecinal para la realización de compras, ofrecer comida o apoyo emocional a personas mayores o dependientes del edificio o del barrio, o simplemente la emergencia de redes sociales (físicas y virtuales) de ánimo compartido para encarar la situación; el afloramiento de sentimientos comunitarios de afrontamiento en común de la crisis, con ocasión de los aplausos en los balcones al personal sanitario y de servicios básicos, que reforzaban esa sensación de lucha conjunta frente al virus; o las donaciones e iniciativas espontáneas de ayuda a las personas en situaciones de vulnerabilidad (colectivos con bajos recursos, mayores, el creciente número de desempleados, enfermos internados...), con alimentos, *tablets*, teléfonos, libros...

Pero, en la otra cara de la moneda, también hemos registrado numerosos y ofensivos casos de comportamientos insolidarios e infracciones a las normas marcadas de prevención sanitaria, como peligrosos insultos a los esfuerzos de lucha común contra la epidemia, erosionando la motivación de adhesión al objetivo colectivo; los episodios de pánico social y la competición egoísta de los primeros días de la crisis sanitaria por acumular el máximo de recursos disponibles en tiendas y supermercados (alimentos, papel higiénico, productos de limpieza...); más de un millón de denuncias por incumplimientos de las reglas de circulación pública durante el confinamiento (desplazamientos no permitidos, fuera de horario, con excusas absurdas y para fines no previstos, celebraciones de reuniones y fiestas colectivas...); o las lamentables situaciones de amenazas por parte de vecinos a sanitarios o trabajadores de servicios básicos para invitarlos a dejar sus domicilios por un miedo irracional al riesgo de contagio.



Figura 1. Imagen del periódico *La Vanguardia*, 17 de mayo, 2020. Fuente: <https://www.lavanguardia.com/vida/20200514/481145828968/convocado-ultimo-apluso-sanitarios-homenaje-espana-domingo-17-mayo-20-horas.html>

Otros factores conductuales relevantes que considerar como posibles variables vinculadas a determinados comportamientos de riesgo, que pueden afectar sobre los procesos de difusión y contagio de virus, serían los «patrones socioculturales» particulares de determinados grupos o sociedades. En esta línea, cabría valorar si el grado de indisciplina y elevado incumplimiento de las normas y llamadas a la responsabilidad en países como España o Italia podría vincularse con una predisposición cultural al relajamiento y la relativización de las reglas, o con la tolerancia y el consentimiento social benevolente de la picaresca como un signo de astucia en lugar de un desprecio a la comunidad. O si el interiorizado liberalismo y el sentido de responsabilidad individual anglosajones podrían explicar la intensa resistencia que hemos observado en estos países a las restricciones gubernamentales a la libre circulación y actividad, como ha sucedido en Estados Unidos o el Reino Unido.

De igual modo, cabría valorar el posible efecto sobre el cumplimiento/incumplimiento o el grado de anomia frente a las reglas de la emergencia sanitaria de determinadas subculturas vinculadas a grupos de edad o colectivos sociales específicos. Desde este planteamiento, cabría analizar si la dificultad mostrada por una gran parte de la juventud para seguir las normas de confinamiento podría asociarse a una subcultura generacional con características hedonistas y de obsesión por la inmediatez en la gratificación e impaciencia en el acceso a sus aspiraciones; o si la resistencia a permanecer en las casas en determinados barrios y colectivos se puede asociar con una fuerte «cultura de calle», que actúa no solo como un ámbito de relacionalidad, sino como un modo de vida, un espacio donde buscarse la vida, de modo improvisado. También vinculados a patrones culturales, que podrían convertirse en factores de riesgo y vectores de contagio, cabe mencionar la celebración de populares reuniones o cánticos sanadores en la calle entre creyentes evangelistas; o el incumplimiento del confinamiento domiciliario para la asistencia a cultos católicos en pueblos y ciudades tradicionalistas de nuestro país (tal como hemos visto que ocurre también con los judíos ultraortodoxos en Israel o los Estados Unidos).

Y, por supuesto, a la hora de entender las complejas y múltiples variables sociales ligadas a las dinámicas de esta sindemia del virus SARS-CoV-19, hay que tener en consideración múltiples «factores estructurales» que actúan como condicionantes de los comportamientos individuales, y como

importantes limitaciones al seguimiento o la adhesión a los comportamientos de responsabilidad y solidaridad, demandados por las autoridades y los discursos mediáticos y sociales, como recursos clave para el afrontamiento de la crisis. Entre estos factores estructurales, cobran un peso especial las condiciones de desigualdad en los contextos de preservación de la salud, especialmente relevantes en un escenario de emergencia sociosanitaria. El efecto de estas diferencias se intensifica no solo en relación con el contagio del virus, sino en los impactos que la crisis y sus consecuencias múltiples (confinamiento, desempleo, saturación de los sistemas asistenciales...) tienen, y van a tener, sobre la población.

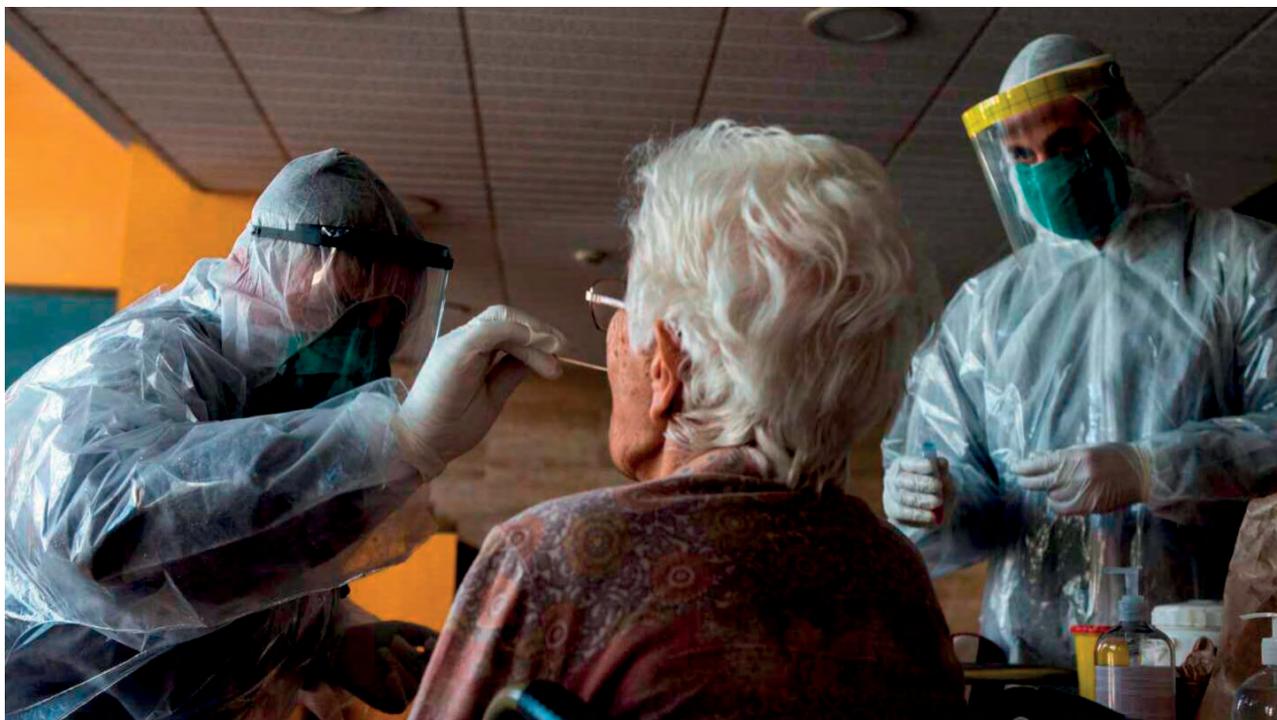
El primer y más evidente factor de desigualdad, con una relación directa sobre la experiencia de confinamiento y sus posibles efectos sobre el comportamiento de riesgo y la salud de las personas, son las condiciones diferenciales del marco residencial, en la medida en que obviamente el tamaño y el confort de los hogares, la estructura y la composición de las unidades domésticas y los equipamientos de los barrios constituyen variables clave a la hora de la vivencia de estos episodios de encierro domiciliario, así como en el cumplimiento de las normas de confinamiento y circulación restringida y reglada en espacios públicos.

Las diferencias socioeconómicas expresadas en términos de desigualdades en el acceso al abastecimiento de recursos actuarían de modo similar. La crisis ha promovido un rápido crecimiento de la pobreza, a través de sus efectos sobre la parada de la actividad económica y el disparado incremento de los Expedientes de Regulación Temporal de Empleo (ERTE) y Expedientes de Regulación de Empleo (ERE) en las empresas, y de las tasas de desempleo. El resultado es un aumento continuo del número de familias empobrecidas —en un proceso que con el paso del tiempo se traduce en situaciones de excepcionalidad—, el agotamiento de los recursos propios de emergencia, el creciente volumen de demandantes de apoyo a los servicios sociales y oenegés, el incremento de los casos de vulnerabilidad socioeconómica —que sigue durante el periodo de desescalada— y el difícil afrontamiento del retorno a una nueva normalidad «sin recursos», todo ello expresado en el dramático panorama de las «colas del hambre». La extensión de la vulnerabilidad a amplios segmentos sociales ha puesto de manifiesto la deficiente atención del Estado a la cobertura y la garantía de los recursos básicos de subsistencia, lo que ha llevado hasta la agenda política la necesidad de articular un sistema público de «renta mínima vital». Todos estos factores y hándicaps socioeconómicos para las personas contribuyen a condicionar comportamientos de riesgo en su experiencia y afrontamiento de la crisis, a través de sus distintas etapas.

En otro ámbito de las desigualdades estructurales, como es el género, la crisis sociosanitaria ha puesto de manifiesto una alta tasa de situaciones de vulnerabilidad extrema dentro de la población femenina, que ahora se ven agravadas, tal y como ocurre en los numerosos casos de familias monoparentales encabezadas por mujeres que, ante el riesgo de desempleo y el debilitamiento de los sistemas y los recursos de servicios sociales, se convierten en sujetos de alta vulnerabilidad en este nuevo contexto. De igual manera, el ya dramático problema de las mujeres y menores víctimas de violencia machista desemboca en estos momentos en situaciones agravadas por efecto del confinamiento con sus agresores, sin opciones de distanciamiento, y porque los agresores viven condiciones de estrés y frustración que potencian sus conductas agresivas.

Y otro ámbito de desigualdad estructural que ha aflorado de un modo especialmente dramático con ocasión de la crisis epidémica, por el triste impacto de grave morbilidad y mortalidad en que el problema previo ha derivado sobre este grupo social, sería la situación de discriminación y desatención, por parte de nuestra sociedad y de los sistemas públicos de bienestar social, hacia los mayores. La negligente atención asistencial y de cuidados sanitarios sufridos por la población anciana en esta pandemia ha servido para hacer visible un afloramiento de la marginación «edadista» de las personas mayores en nuestras sociedades complejas y postindustriales, y la evidencia de una marcada geron-

tofobia de nuestra cultura (obsesionada con los ideales de cuerpos jóvenes, vigorosos y saludables) hacia aquellos segmentos de la población erróneamente considerados y excluidos como improductivos e injustamente expropiados de derechos sociales básicos.



**Figura 2.** Imagen del periódico *El Independiente*, 17 de abril de 2020. Fuente: <https://www.elindependiente.com/vida-sana/2020/04/17/cerca-de-12-190-ancianos-han-muerto-en-las-residencias-de-espana-con-diagnostico-o-sintomas-de-covid-19/>

Vinculados a todas estas desigualdades en salud que ya existían, con carácter estructural, en relación con las condiciones socioeconómicas, de género o de edad, la crisis sociosanitaria habría incorporado impactos añadidos al deterioro de las condiciones de bienestar y salud, especialmente en aquellos segmentos más vulnerables de la población. De hecho, más allá de la evidente tragedia de la epidemia, en términos de mortalidad y de una amplia morbilidad (con las secuelas que de esta enfermedad se puedan derivar), este largo evento que ha alterado nuestras condiciones de vida, con un mayor trastorno en los segmentos sociales más vulnerables, supondrá un empeoramiento de las condiciones de salud en amplios colectivos. Así cabe esperarlo en personas y familias que han sufrido un largo confinamiento en condiciones de hacinamiento y viviendas reducidas o deterioradas, estrés crónico mantenido, mala alimentación e incremento de conductas adictivas, ya que todo ello conducirá a probables problemas físicos y de salud mental. Es también el caso de los enfermos crónicos (oncológicos, cardiovasculares...) y con escasos recursos, que han visto mermados sus cuidados y tratamientos en los servicios públicos de salud (frente a usuarios de servicios privados), dedicados durante estos meses a la atención prioritaria a la epidemia. Y, de modo similar, se está produciendo el agravamiento de cuadros psicopatológicos y psiquiátricos previos en personas que, junto con la merma en la calidad de cuidados, han sufrido condiciones de estrés, miedo e indefensión.

Como respaldo a todos estos problemas, si volvemos la mirada hacia las prácticas de nuestra clase política, vemos que, lejos de ofrecer acciones y medidas generadoras de confianza entre la ciudadanía, muestran el ya tristemente habitual paisaje de conflictos partidistas e interesados, ahora in-

tensificados en este marco de crisis; a los que se suman comportamientos y discursos contradictorios y poco responsables de las élites políticas y económicas que, orientadas a la lucha por sus intereses particulares (partidistas, electorales, económicos...), contribuyen a la desadhesión, el descreimiento, la confusión y una orientación instrumental y particularista de las conductas individuales.

Adicionalmente, la predominancia en los últimos tiempos de las estrategias basadas en el recurso a las psicopolíticas, mediante el manejo instrumental de la información (y la desinformación), de la incertidumbre y las emociones sociales, ha encontrado un contexto propicio en el marco de la crisis epidémica: numerosos mensajes institucionales y mediáticos operan de acuerdo con los intereses y objetivos particulares y coyunturales de los poderes políticos y económicos, generando unos efectos no previstos de sus intentos de gestión psicopolítica de la información que pueden derivar en peligrosos riesgos de ansiedad y miedo social, ligados a unos discursos contradictorios e informaciones confusas y poco tranquilizadoras, que animan a múltiples y diversas conductas de afrontamiento.



Figura 3. Fuente: <https://www.publico.es/ciencias/investigaciones-covid-19-medicina-no-basta-necesitamos-ciencias-sociales-frenar-pandemia>.

De esta forma, frente a la llamada a la prudencia y la responsabilidad individual y social en que se fundamenta el discurso preventivo ligado a la «nueva normalidad» y la desescalada (como alternativa al control y la sanción administrativa), la compleja realidad social que muestra la situación de crisis y su desconocido curso en los próximos meses (confusión, estrés crónico, incertidumbre, contradicciones discursivas, informaciones de baja fiabilidad...) constituyen unos ambientes potencialmente patogénicos, que mostrarán sus impactos en unos muy probables deterioros del bienestar social, la salud física y mental y un muy probable afloramiento de nuevas prevalencias de trastornos y enfermedades en los próximos tiempos.

Por todas estas razones, la epidemiología, la investigación biomédica y, en general, la política de salud pública deberían buscar apoyo en los enfoques de antropólogos, sociólogos y científicos del comportamiento, como complemento necesario a las múltiples dimensiones de la epidemia, los procesos de contagio, la enfermedad y su vivencia social como realidad compleja y multidimensional.

Publicado en la sección *Antropología para momentos críticos* de la web del Museo Nacional de Antropología el 18 de junio de 2020.

# De Lavoisier a Drexler: elogio de la antropología

Carmen Magariños Casal

Antropóloga americanista y diplomática

carmen.magarinos@gmail.com

«La materia ni se crea ni se destruye, solo se transforma».

Parafrasear la ley de Lavoisier sigue resumiendo pensamientos complejos aplicados a multitudes de situaciones de nuestra vida. Desde hace ya más de medio año, la realidad ha cambiado, nuestras coordenadas se han vuelto inciertas y nuestro mundo se ha reducido. Crisis. Efectivamente, es una situación inédita, inesperada, un cambio brusco.

¿Es peor que otras? Probablemente no, si pensamos que el nivel de confort, intercomunicación, avance científico de nuestra era es infinitamente superior a los de épocas anteriores. Pero hay que vivirla y superarla, como individuos y como colectivo humano. ¿Es más profunda? Quizás solo en la medida en que vivimos en un mundo más rápido, donde los neutrones —libres de la imagen, la información, la opinión— impactan a gran velocidad, liberando tendencias, creando reacciones en cadena que el común de los mortales percibimos como muy cercanas, al tiempo que fuera de nuestro control.

En cualquier caso, estamos en una fase crítica de la transformación continua que es la historia. Uno de esos momentos en que la línea de evolución está en un cruce de caminos, hay muchas opciones abiertas, y el conductor tiene poca gasolina y no ha puesto el intermitente aún.

## 1. ¿Elogio de la antropología?

Escribiendo como exarqueóloga, antropóloga americanista y diplomática destinada en África, muchas veces me encuentro pensando «es antropología, estúpido». No es la primera vez. En 2014, en pleno brote de ébola en África Occidental, un gran avance para su contención se logró después de que equipos de antropólogos identificaran los ritos funerarios como ocasiones de alto riesgo: la costumbre de tocar los cuerpos en un momento en que eran altamente contagiosos multiplicaba exponencialmente las infecciones. Su participación en los equipos multidisciplinares de sensibilización fue fundamental para encontrar la manera de transmitir los mensajes adecuados en un entorno cultural sideralmente alejado del de los equipos científicos y expertos internacionales, y que en muchos casos incluso percibía la enfermedad como importada del exterior.

Seis años después, la utilidad de los análisis multidisciplinares se confirma. En contextos cercanos, identificamos fácilmente la dimensión psicológica, sociológica, antropológica de la crisis que estamos viviendo. Como *papalagi* española en el planeta Senegal, mi pasado antropológico está siendo

una brújula para leer, interpretar, intentar descodificar una evolución con muchos puntos en común, pero especificidades que claramente se escapan a los códigos que manejamos. Los rasgos comunes son fácilmente identificables. Fundamentalmente, la epidemia está siendo igual en Madrid o en Tombuctú: una crisis sanitaria con un impacto directo económico y psicológico brutal; con potencial para marcar a medio/largo plazo las estructuras sociopolíticas nacionales y las dinámicas y equilibrios internacionales.



Figura 1. Logo de la Fundación Mujeres por África con el añadido de la mascarilla higiénica. Diseño de Ángela Giménez.

Para arañar la superficie, la antropología viene al rescate. No es solo que la estructura y situación económica de los países africanos dificulte las cuarentenas; que la falta de medios materiales y humanos condicione las posibilidades de control de los casos y de tratamiento; que factores diferenciales, como la juventud de la población, puedan estar jugando un papel que no conocemos sobre la menor mortalidad en África. Todo eso es así. Pero, además, la relación con la muerte y la enfermedad es diferente a la nuestra; las estructuras familiares y sociales chocan frontalmente con ciertas medidas de prevención; hay un sustrato sociocultural y religioso de creencias que condiciona la aprehensión de la información y las reacciones consecuentes. Incluso siendo solo pistas, son básicas para conocer, entender y proponer acciones en consecuencia; el día a día de todo diplomático.

## 2. Toda ayuda es poca

Gran parte del trabajo de un diplomático, de cualquier persona que se dedique a algún aspecto relacionado con las relaciones internacionales, es leer, pensar, intentar entender, escribir o hablar. Funciones básicas de análisis y transmisión, que son la base de la construcción de posiciones, negociaciones, propuestas de decisiones. Además, las relaciones humanas son un común denominador de las diferentes facetas de nuestro oficio, desde el servicio que un consulado da a un ciudadano en dificultades hasta el análisis de la realidad del país en que trabajamos o la preparación con sus autoridades de la firma de un tratado. No hace falta explicar la utilidad de los instrumentos de la antropología: observación, interpretación, diálogo, comunicación.

Estas herramientas son además necesarias para afrontar un gran reto que el contexto actual nos impone a todos: la distancia, el aislamiento. Todos hemos debido adaptar nuestra manera de vivir, de trabajar, pero, si las relaciones humanas son parte del objeto mismo de tu tarea, la adaptación se convierte en revolución. Parece una obviedad, pero no poder hablar, establecer contactos e intercambiar puntos de vista cara a cara altera el resultado de la percepción, la información que das y recibes, y puede condicionar el resto del proceso. De nuevo, ahí los antropólogos y los diplomáticos estamos en el mismo barco. No solo aprendiendo a utilizar nuevos métodos de trabajo, usando el teléfono y la videoconferencia más tiempo del que nos gustaría, sino aprendiendo también a interpretar y utilizar correctamente la información, las señales, el resultado de estos intercambios.

Entonces, ¿la forma altera el contenido? ¿Las nuevas herramientas que hemos tenido que acostumbrarnos a usar de la noche a la mañana están modificando nuestro trabajo, pueden tener un impacto en su resultado? Un ejemplo de mi ámbito. Empieza a haber análisis sobre las ventajas e inconvenientes de la «zoomdiplomacia», que en general concluyen que se pierde frescura, capacidad de reacción en caliente, cambia la forma de interpretar al interlocutor; pero identifican ventajas en circunstancias en que la distancia o el control del tiempo puede ser una ventaja para afinar una percepción, construir posiciones, encontrar vías de desbloqueo; por ejemplo, en una negociación.

En definitiva, crisis, transformación, aprendizaje. Aprendizaje para adaptarnos, para conocer y comprender más y mejor, para superar la crisis, seguir avanzando. Para actuar preparándonos para cuando el mundo se vuelva a expandir, recuperemos certidumbres, acotemos miedos y nos reencontremos. «Nada se pierde; todo se transforma» (Drexler *dixit*).

Publicado en la sección *Antropología para momentos críticos* de la web del Museo Nacional de Antropología el 18 de septiembre de 2020.

# Palabras en el confinamiento<sup>1</sup>

José Jiménez

Universidad Autónoma de Madrid

jose.jimenez@uam.es

## 1. Serenidad y silencio

Ciertamente estamos viviendo una situación extraordinariamente dura, difícil, que pone a prueba intensamente nuestras concepciones y nuestro sentido de la vida. ¿Qué hacer ante algo así...?

En mi opinión, una de las cosas peores que se están produciendo es esa especie de ruido abrupto, de verborrea expandida y grosera, que se dirige de forma indiscriminada hacia las más diversas personalidades e instituciones. Seguramente, muchas cosas no se han hecho bien, o se hubieran podido hacer mejor. Pero la culpabilización indiscriminada al «otro» no aporta soluciones.

La pandemia nos hace experimentar un cambio de situación, probablemente el umbral de una nueva fase o época, en lo que sigue siendo la modernidad acelerada en la que vivimos. ¿Cuál es la mejor respuesta ante ello...?

Pienso que lo mejor es buscar y proponer la Serenidad y el Silencio. Es tiempo no de mirar hacia «fuera», sino de mirar hacia «dentro», hacia nuestro interior más profundo, y desde ahí esbozar un diálogo abierto, tranquilo, con un mundo roto, pero que acabará recuperándose. Sacar desde nuestro interior nuestra fuerza creativa, nuestro impulso de vida.



**Figura 1.** Frontón del edificio del Museo Nacional de Antropología con la inscripción *Nosce te ipsum* ('Conócete a ti mismo'). Fotografía del Museo Nacional de Antropología.

<sup>1</sup> Extracto de los textos publicados por el autor durante el confinamiento en su blog *Cuerpo y tiempo*: [http://josejimenezcuerpo-ytiempo.blogspot.com/2020/05/palabras-en-el-confinamiento\\_17.html](http://josejimenezcuerpo-ytiempo.blogspot.com/2020/05/palabras-en-el-confinamiento_17.html)

No cabe duda: lo primero, el sentimiento de dolor por la pérdida de tantos semejantes en todos los espacios del planeta. Y, junto con ello, el flujo de esperanza por las recuperaciones de todos aquellos que no han sucumbido al virus. Saldremos de este hoyo: Serenidad y Silencio.

21 de abril de 2020

## 2. La identidad es una construcción simbólica

He leído que, en esta situación de crisis, personas confinadas en sus casas, entre sus familias, que tienen posiciones transexuales se encuentran con grandes problemas de comprensión y de aceptación por aquellos con quienes conviven. Lo siento mucho, me parece muy negativo, mucho más en estos tiempos de prueba humana que estamos viviendo.

La identidad sexual es una «construcción simbólica» que, durante mucho tiempo y en situaciones muy diversas, ha sido configurada socialmente, en la mayor parte de las situaciones por medios autoritarios. Pero debemos ir hacia la plena libertad en la capacidad de decisión de cada una/o: identidad sexual plenamente libre en el futuro de esta humanidad en construcción.

25 de abril de 2020



Figura 2. Máscara *mbuya*, que tiene rasgos femeninos y es utilizada por los hombres. Cultura *pende*. República Democrática del Congo. Primera mitad del siglo xx. Museo Nacional de Antropología. Fotografía de Luis Pérez Armiño.

### 3. El año de la incertidumbre

A veces los virus desbordan sus propias intenciones de autoconservación... Esta pandemia, que nos tiene confinados, despierta todo tipo de interrogantes: ¿cuándo terminará...?, ¿a qué dará paso...?, ¿cómo será nuestra vida después...?

Ninguna certeza. No sabemos si iremos hacia mejor o hacia peor. Pero, eso sí, hacia una situación diferente. Parece cada vez más claro que la consolidación del capitalismo digital se hará aún más intensa.

Aunque la incertidumbre predomina. El virus ha contaminado nuestro sentido del curso del tiempo. Y algo tendrá que ver con la fecha: 2020, dos veces 20, lo que suma 40. Entonces, ¿en qué año verdaderamente estamos...? Las ironías afirmativas transmiten conocimiento.

5 de mayo de 2020

### 4. Diferencia la imagen

En este tiempo de confinamiento, vuelvo a la conclusión de mi libro *Crítica del mundo imagen*: es sumamente importante comprender la necesidad de introducir «distancia» ante la imagen, ante todo tipo de imágenes, para propiciar la «abstracción», el «pensamiento», y con ello el «juicio crítico» y la posibilidad de valorar la imagen en términos de «singularidad» y «permanencia» (esas son las imágenes que transmiten «verdad»), y no de mera «repetición» y «fugacidad» (imágenes de la «apariencia»). La propuesta de Kant: *sapere aude* 'atrévete a saber' está hoy más vigente que nunca. Reformulada, eso sí, en los términos que requiere la «crítica del mundo imagen»: *sapere aude* = «diferencia la imagen» (Jiménez, 2019).

17 de mayo de 2020

### 5. Bibliografía

- JIMÉNEZ, J. (abril-mayo de 2020): *Cuerpo y tiempo* [Blog]. Recuperado de <http://josejimenezcuerpoytiempo.blogspot.com>  
— (2019): *Crítica del mundo imagen*. Madrid: Tecnos.

Publicado en la sección *Antropología para momentos críticos* de la web del Museo Nacional de Antropología el 18 de septiembre de 2020.

# La propagación de las *fake news* en México sobre el contagio de la COVID-19

Andrés Oseguera-Montiel

Escuela de Antropología e Historia del Norte de México (INAH)

andres\_oseguera@inah.gob.mx

Queda claro que, cuando se habla del nuevo coronavirus, hay más dudas que certezas. Se sabe que la enfermedad se contagia con gran facilidad y rapidez; que, a pesar de que hay gente asintomática que no requiere hospitalización, también existe un alto riesgo de terminar en terapia intensiva y, peor aún, en el cementerio. Pero las dudas se incrementan sobre las múltiples formas del contagio del SARS-CoV-2. Todos los días se difunde nueva información sobre las mutaciones y la propagación de este coronavirus y sus indescifrables formas de contagio. Por ejemplo, si antes se descartaba que el virus se podía propagar a través del aire, ahora se ha puesto en duda esta información y se habla del contagio a través de aerosoles.

Vivimos una época de alta hiperconectividad y, por supuesto, tiene grandes ventajas para allegar información relevante. Pero en esta situación tiene también algunas desventajas, por ejemplo, en la red virtual hay un exceso de información que ha generado una constante ambivalencia con respecto al contagio de la COVID-19. La información fidedigna o generada desde la ciencia epidemiológica y la medicina no siempre es la que tiene una mayor difusión y aceptación en las redes sociales y en distintas aplicaciones digitales. Además, como ya se ha dicho, esta información científica no es concluyente; los conocimientos sobre el nuevo coronavirus se van actualizando constantemente. Por lo tanto, cuando aparece información sin referencia a la ciencia y que asegura resolver una duda con respecto al contagio, se vuelve mucho más contagiosa que la que se difunde de manera oficial. La Organización Mundial de la Salud (OMS) alertó de una «infodemia», y en su página oficial ha dedicado una sección para desmentir una serie de noticias e información sobre curas y formas de contagio que se han propagado a través de la red.<sup>1</sup>

No es la primera vez que las *fake news* se adelantan en descubrir los enigmas de un contagio o de anunciar medicamentos de una enfermedad incurable. La epidemia de rumores también se propagó con el VIH y con la gripe A-H1N1. Las variables han sido las mismas: las dudas en torno a un peligro de contagio de una nueva enfermedad que atenta contra la vida de los seres humanos desencadenan una propagación de creencias para evitar dicho contagio. Se supone que, al estar bien informados, los rumores no se propagarían. Pero precisamente este es el problema: ¿qué quiere decir estar bien informado? En la portada de los periódicos digitales, es común encontrar información que podría considerarse contradictoria. Por un lado, los medios oficiales de un país pueden asegurar que ya estará lista la vacuna para evitar el contagio del nuevo coronavirus en tan solo unos meses y, por otro lado, la OMS alerta de que no existe evidencia alguna de que la vacuna esté lista para finales del 2020. Esta ambigüedad garantiza que las *fake news* seguirán inundando las redes digitales.

---

<sup>1</sup> <https://www.who.int/es/news-room/commentaries/detail/coronavirus-infodemic>

Es probable que aquellos que propagan rumores lo hagan sin saber que se trata de noticias falsas y, por lo tanto, parten del supuesto de que están bien informados. Pero las *fake news* pueden también aprovechar esta falta de respuestas inmediatas por parte de los científicos para generar caos y un clima de ansiedad con fines económicos y políticos. En la actualidad, México es el segundo país, después Turquía, con una mayor propagación de *fake news* en las redes sociodigitales.<sup>2</sup> El Gobierno de México ha tomado cartas en el asunto y, a través de una página oficial,<sup>3</sup> busca detener el avance del virus de la información.

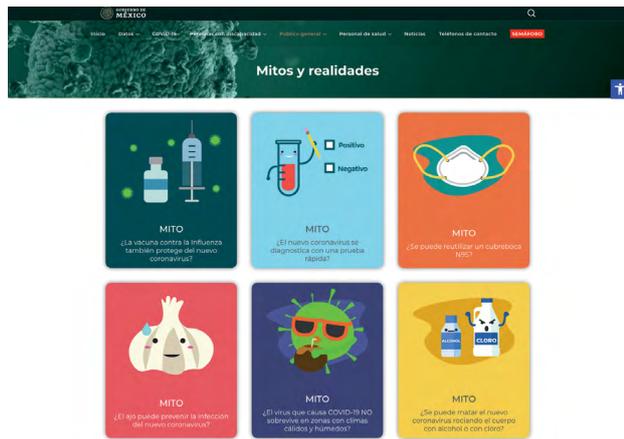


Figura 1. Página web creada por el Gobierno de México contra los rumores generados en el contexto de la pandemia.  
Fuente: <https://coronavirus.gob.mx/mitos-y-realidades/>



Figura 2. Noticia del 28 de junio de 2020 que alerta de curas falsas en el contexto de la pandemia. Fuente: <https://infodemia.mx/fake-news/1878/>

Algunos ejemplos ilustran el tipo de rumores que se han ido propagando de manera exitosa: a través de WhatsApp, circuló de manera insistente un mensaje invitando a la gente de distintas ciudades de México a echar cloro al caño. Se buscaba una coordinación colectiva para que en un día y en una hora específica se lograra desinfectar la cañería de manera efectiva a través de una participación masiva. En la misma *app*, también se divulgó que rociar cloro en las calles podría ayudar a desinfectar los espacios públicos. El Cuerpo de Bomberos de la Ciudad de México desmintió que esta acción fuera efectiva para combatir el contagio. Además, los científicos alertaron del peligro que representaba derramar cloro en las calles y alcantarillas de manera masiva, pues afectaría el proceso de reciclado de las aguas negras.<sup>4</sup>

<sup>2</sup> <https://aristeginoticias.com/2304/mexico/mexico-segundo-pais-con-mayor-generacion-de-noticias-falsas-de-covid-19/>.

<sup>3</sup> <https://infodemia.mx/>

<sup>4</sup> <https://www.animalpolitico.com/elsabueso/cloro-lluvia-sanitizar-coronavirus-falso/>



Figura 3. Dos mujeres que lavan en el río con cloro. Sierra de Chihuahua. Fotografía de Andrés Oseguera.

Hay ciertos rumores que son más exitosos que otros y, por lo tanto, se mantienen como un conocimiento verídico por mucho más tiempo. ¿De qué depende su éxito? Para que una de estas creencias logre posicionarse como viable y prometedor es necesario que aluda a un conocimiento previo, que apele a experiencias cercanas y que logre calmar la ansiedad que genera una enfermedad incurable como la COVID-19. Además, si un rumor se enfoca en señalar a una persona o familia conocida, asegurará la propagación de manera prolongada. El éxito de las *fake news* demuestra que hay una línea muy delgada entre el rumor y el chisme para asegurar su propagación. Esta complementariedad permite evocar los principios de la magia contaminante de la que hablaba, hace más de un siglo, James George Frazer: cuando se demuestra o se presume que alguien ha tenido contacto directo con un objeto o con otra persona contagiada, se da por sentado que esa persona señalada se ha contaminado de la misma enfermedad.

Este temor fomentado por el señalamiento a una persona conocida presumiblemente contaminada fomenta un clima de discriminación que puede terminar con actitudes violentas. Es común encontrar casos donde los vecinos de los médicos y enfermeras colocan pancartas para exigirles que se mantengan alejados o que no tengan contacto con los objetos de la vía pública; muchas veces son golpeados o les rocían cloro u otras sustancias (como bebidas calientes) para mostrar su rechazo y su creencia de que están contaminados por haber estado en contacto con otros enfermos.<sup>5</sup>

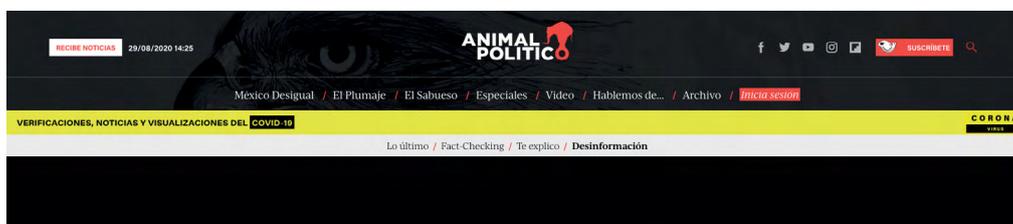
En San Cristóbal Minatitlán, los miembros de una familia fueron obligados, a punta de pistola, a salir de su casa debido a las sospechas de que estaban infectados de la COVID-19.<sup>6</sup> El chisme y el escándalo en torno a una familia generó un rumor de contagios generalizados, propagando el miedo y la psicosis; al final, las mismas autoridades terminaron cerrando la entrada y la salida del municipio, como ha sucedido en muchas partes del territorio mexicano.<sup>7</sup>

<sup>5</sup> <https://www.infobae.com/america/mexico/2020/04/14/discriminados-atacados-con-cloro-y-golpeados-personal-de-salud-de-mexico-narra-sus-dificultades-en-tiempos-de-coronavirus/>

<sup>6</sup> <https://www.excelsior.com.mx/nacional/acusan-a-una-familia-de-tener-covid-19-y-la-corren-de-su-casa/1382519>

<sup>7</sup> <https://www.milenio.com/estados/mexico-215-municipios-cierran-entradas-temor-coronavirus>

Pero, sobre todo, el éxito de una *fake news* se debe a lo asequible de la información que transmite. En la situación actual, la ciencia compite con diversas *fake news* precisamente porque muchas veces estas se adelantan a resolver los enigmas de la enfermedad, pero también porque resultan más cercanas y fáciles de procesar que la información científica, que muchas veces está cargada de términos y explicaciones complicadas para un lego en la materia. Por ejemplo, el Dr. Hugo López-Gatell, titular de la Subsecretaría de la Prevención y Promoción de la Salud y encargado de la política pública para contener la pandemia en México, ha realizado una tarea sin precedentes para mantener informada a la población sobre el curso del contagio de la COVID-19. A través de una serie de conferencias de prensa que se difunden a nivel nacional, se muestra la curva de los contagios y un conjunto de datos estadísticos, como el pico de la epidemia a nivel nacional y las evidencias de su declive. Sin embargo, se ha dado por sentado que la mayoría de la población en México puede reconocer una tabla con datos estadísticos para clarificar el desarrollo del contagio. Esta información se encuentra en desventaja frente a las *fake news* que de manera coloquial difunden noticias sobre los contagios además de ofrecer alternativas para la cura de la COVID-19. Por ejemplo, la ingesta desmedida de alcohol adulterado es resultado de la propagación de este tipo de rumores que ofrecen soluciones rápidas para evitar el contagio y salvarse de caer enfermo.<sup>8</sup>



### No, inhalar alcohol no cura la COVID-19 y podría dañar tu salud

La desinformación sobre remedios caseros contra la COVID-19 sigue circulando en redes sociales. En algunos casos, las recomendaciones no sólo son poco efectivas, también podrían ser peligrosas.



Por Redacción Animal Político | 19 de julio, 2020

Comparte

Un hombre de camisa azul recomienda en un video inhalar "alcohol antiséptico" para "combatir el coronavirus". Sin

Figura 4. Noticia del 19 de julio de 2020 que alerta de la falsedad de que inhalar alcohol cura la COVID-19. Fuente: <https://www.animalpolitico.com/elsabueso/cloro-lluvia-sanitizar-coronavirus-falso/>

Por supuesto que las *fake news* se van descartando conforme las autoridades y los organismos oficiales van desmintiendo cada una de las creencias sobre el contagio. Pero los esfuerzos deben ir encaminados a imitar las características formales de los rumores que se difunden en las redes so-

<sup>8</sup> <https://www.eluniversal.com.mx/estados/suman-42-muertos-por-ingerir-alcohol-adulterado-en-jalisco>

ciales. Es decir, así como una *fake news* logra tener éxito por difundir información que no requiere de mayores esfuerzos para entenderla y, sobre todo, por hacer referencia a conocimientos previos y cercanos, las noticias oficiales deberían también difundirse bajo las mismas características; es decir, empleando un lenguaje más cercano y asequible y, sobre todo, aludiendo a experiencias cercanas. Esto podría funcionar hasta que se tenga más certeza sobre la COVID-19. Sin embargo, me temo que las *fake news* estarán presentes en las redes sociales durante un largo periodo.

Publicado en la sección *Antropología para momentos críticos* de la web del Museo Nacional de Antropología el 18 de septiembre de 2020.

## 2. ¿HACIA UN MUNDO MÁS EQUITATIVO?

Otras perspectivas culturales,  
y lo que debemos aprender  
(y respetar) de lxs «otrxs»

# Malas muertes y malos muertos. Reflexiones sobre el buen morir en el Pacífico insular

David Atienza

University of Guam

datienza@triton.uog.edu

En el año 1521, Magallanes alcanzaba las costas del archipiélago de las islas Marianas poniendo por primera vez en contacto al mundo del Pacífico insular, la Oceanía remota, con el Viejo Mundo. Más de cien años después, en 1668, el jesuita español Diego Luis de San Vitores iniciaba el primer asentamiento permanente en la isla de Guam con la fundación de la ciudad de San Ignacio de Agaña. Según las fuentes, entre 12 000 y 30 000 indígenas marianos, o CHamorus, habitaban esta isla, la mayor y más meridional del archipiélago. Dos generaciones después, según el censo español elaborado en el año de 1727, apenas 2 500 indígenas CHamorus caminaban sobre el archipiélago de las Marianas. Según los datos de partida, la reducción demográfica pudo alcanzar del 80 % al 90 % de la población autóctona. La principal causa del descenso demográfico fueron las epidemias importadas desde el Viejo Mundo: varicela, paperas, sarampión y varias enfermedades respiratorias.

Estas muertes, prematuras y apabullantemente numerosas, tuvieron que ser asimiladas y resemantizadas dentro de un sistema ontológico indígena austronésico. Sabemos, por las fuentes coloniales, relatos de viajeros y estudios etnográficos posteriores, que las religiones indígenas de Micronesia apenas concedían importancia a dioses mayores o espíritus creadores. Su vida religiosa giraba en torno al culto a los ancestros. Pero los ancestros no nacen, sino que se hacen, y su fábrica depende en gran medida no tanto de la vida que llevaron los difuntos, sino sobre todo de cómo murieron. Por ello, los ritos de paso por antonomasia en el Pacífico insular no son los ritos de pubertad, sino los funerales; es decir, los rituales que transforman al vivo en muerto y al muerto en un ancestro, y esto es común a la mayoría de las culturas austronésicas y entre algunas culturas sinotibetanas. Además, no se muere un día y a una hora, sino que se está muriendo casi durante un año. Se muere, si es que es posible hablar de muerte en el sentido occidental, cuando los huesos se separan de la carne y la corrupción, altamente generadora, vital y activa, concluye, y se confirma ritualmente la transformación del difunto en un ancestro. Mientras dura este proceso, el muerto está más vivo que nunca y es sin duda mucho más peligroso e incontrolable.

En algunas islas de Micronesia, todavía hoy, las malas muertes violentas o inesperadas producen malos muertos que difícilmente pueden ser transformados en ancestros. Díscolos y enfadados, los muertos prematuros se niegan a abandonar el mundo de los vivos y atacan a sus parientes, los hacen enfermar, los asustan en las noches oscuras, espantan los peces, pudren las raíces del taro y hasta pueden poseer a los recién nacidos o robarlos y hacerlos desaparecer en la jungla. Solo el ritual funerario puede traer algo de paz a este espíritu desconcertado, guiarlo hacia el lugar de los ancestros y evitar que encuentre el mundo de los vivos.

Hoy, el 90 % de los CHamorus de las islas Marianas se declaran cristianos católicos. Los funerales en Guam se inician con una novena pública —*lisáyon matai*—, nueve días en los que se reza el

rosario en la tarde y a veces también al mediodía. El último día de la novena, el *finakpo'*, se entierra al difunto, que ha estado preservado en una cámara frigorífica en la funeraria, y se concluye el ritual con otra novena en casa —*lisâyon familia*—, reservada a los familiares más cercanos. El rezo del rosario incluye frecuentemente generosos ágapes donde la familia extensa y amigos se encuentran o reencuentran, hacen duelo, se preparan para la ausencia, se reconocen, se renegocian los términos de las relaciones económicas intrafamiliares, se reivindican nuevos derechos y deberes y se reafirman lazos afectivos y sociopolíticos. También, gracias a la oración colectiva del rosario y a la intercesión de la Virgen María, se le facilita al difunto el acceso al cielo cristiano, se sacraliza de alguna manera y se evita que ronde por la tierra desorientado y se transforme en un mal muerto o acabe en el infierno.



Figura 1. Maqueta de canoa, *prao*. Cultura CHamoru. Guam. Siglo XIX. Fotografía del Museo Nacional de Antropología.

En los dos últimos meses, no obstante, muchas cosas han cambiado. El hecho de que la «epidemia» sea una «pan-demia» y que Guam sea un territorio no incorporado de Estados Unidos de América nos ha obligado a todos a seguir medidas «panprofilácticas», las mismas medidas aplicadas en otros estados de Estados Unidos y en otros países del mundo. Estas reglas poco o nada consideran las culturas en las que se aplican, porque la ciencia, como el virus, dice no saber de etnias ni culturas, de lo cual yo discrepo. Uno de los elementos fuertemente controlados y vetados o reducidos en muchos casos han sido los funerales. Así que, durante estos dos meses, ya sea el difunto víctima del virus traicionero, de un cáncer o de un accidente de tráfico ha sido enterrado casi en la soledad más absoluta, sin sus novenas.

Es cierto para cualquier cultura que vivir y vivir bien es importante, pero también es importante, y mucho, la muerte y morir bien, pues es un evento único y personal, pero que genera graves

efectos en los que se quedan, para bien o para mal. Y bien sabemos todos, aunque tratemos de ocultarlo tras un tupido velo, que a todos nos llegará la muerte tarde o temprano. Por eso, observando cómo viven la muerte los pueblos del Pacífico deberíamos preguntarnos si se nos ha olvidado el arte de morir, si los occidentales hemos sabido morir bien, porque, si las malas muertes producen malos muertos, hemos llenado el mundo en estos meses de espíritus cabreados.

Publicado en la sección *Antropología para momentos críticos* de la web del Museo Nacional de Antropología el 14 de mayo de 2020.

# Sobre mundo(s), humanidad(es) y patrimonios

Alejandra Saladino

Universidad Federal del Estado de Río de Janeiro

alejandrasaladino@gmail.com

Cuando acepté la invitación a compartir mis ideas sobre los retos a los que nos enfrentamos como especie en la actualidad, de inmediato tuve clara la necesidad de señalar desde qué lugar veo la realidad y actúo sobre ella, pues se trata de una perspectiva que no refleja la totalidad de lo real, aunque lo contenga.

Mi punto de vista sobre el reto global al que nos estamos enfrentando se ubica en un campo específico, el patrimonio cultural, y en un contexto determinado, la profunda crisis política, económica, social y ambiental.



**Figura 1.** Canicas donadas por el Museo de Favela al Museo Nacional de Antropología con motivo de la exposición *Río somos nós! Los museos comunitarios de Río de Janeiro y el «giro deconolonial»*. Fotografía del Museo Nacional de Antropología.

Miro desde un lugar donde se viven a diario los efectos de la «necropolítica» (Mbembe, 2011) y de la «biopolítica» (Foucault, 2004: 494), donde los derechos básicos no están asegurados para la mayor parte de la sociedad, como, por ejemplo, los servicios sanitarios y el acceso al agua potable. Para algunos grupos, como los pueblos originarios y los habitantes de las favelas de los grandes centros urbanos, ni siquiera está garantizado el derecho a la vida.

Miro desde un lugar donde la cultura está en riesgo, porque lo están las personas que la producen y porque las políticas públicas y las instituciones del sector las están destruyendo.

Desde mi ámbito de actuación, me doy cuenta de lo estratégico que es reflexionar sobre qué conceptos de mundo y de humanidad tenemos en cuenta. Ailton Krenak (2019) nos hace recordar que la idea de mundo y de humanidad hegemónica en Occidente no considera, por ejemplo, ni el universo de su pueblo, los indígenas krenak,<sup>1</sup> ni su humanidad, y tampoco la de otros grupos marginados por el modelo resultante del patriarcado, del colonialismo y del capitalismo. Estas personas son tratadas como subhumanos en el sistema en que vivimos, según Boaventura de Sousa Santos (2009).

Por eso me parece fundamental, aunque difícilísimo de concretar en este momento, en el lugar desde el que veo las cosas, que en el campo del patrimonio, y especialmente en los museos, se intensifique y se radicalice el proceso de descolonización de los discursos y de las prácticas científicas e institucionales. Pues, desde el acceso al patrimonio y a la visión de otras culturas, podemos enriquecer y fortalecer nuestras subjetividades y, luego, encontrar y desarrollar soluciones para el nuevo mundo, que ahora mismo nos exige otros límites espaciales y corporales, y otras formas de ser y de estar en sociedad, más allá de aquellas que el sistema hegemónico nos presenta. En suma, sostengo que, desde la reinterpretación de los patrimonios culturales, se puede crear un conjunto de estrategias para experimentar y establecer las políticas y las prácticas eficaces para construir un nuevo mundo, donde se puedan incluir todas las formas de humanidades que existen, asegurándoles el derecho a la vida, a la memoria y al futuro.

## Bibliografía

- BOAVENTURA, S. S. Meneses (2009): *Epistemologias do Sul*. Coimbra: Almedina.
- FOUCAULT, M. (2008): *Segurança, Território, População*. São Paulo: Martins Fontes.
- KRENAK, A. (2019): *Ideias para adiar o fim do mundo*. São Paulo: Companhia das Letras.
- MBEMBE, A. (2011): *Necropolítica seguido de Sobre el Gobierno Privado Indirecto*. Madrid: Melusina.

Publicado en la sección *Antropología para momentos críticos* de la web del Museo Nacional de Antropología el 28 de mayo de 2020.

---

<sup>1</sup> En 2015, el pueblo krenak, que vive en la región sureste de Brasil, en el estado de Minas Gerais, se vio afectado por un desastre ambiental como resultado de la rotura de una barrera donde se concentraban los desechos de la industria minera de la zona. Esos materiales, transformados en un tipo de barro tóxico por la existencia de muchas sustancias químicas perjudiciales para el medioambiente, fueron vertidos en el río Dulce, con una extensión de cerca de 800 km, hasta llegar al océano Atlántico. Este río es central en la cosmovisión y la cultura del pueblo krenak, por eso se puede decir que estos indígenas viven hoy el fin de su mundo.

# Voces indígenas en tiempo de pandemia

Francisco M. Gil García

Universidad Complutense de Madrid

fmgilgar@ghis.ucm.es

Basta con atender a cualquier noticiero, tertulia o rueda de prensa para comprobar que, a estas alturas de la pandemia, todavía no sabemos cómo nombrarlo: ¿el COVID-19 o la COVID-19?

Algunos pueblos indígenas de la Sierra Nevada de Santa Marta, en Colombia, y otros tantos en la Amazonía lo tienen mucho más claro que nosotros: lo mejor será no nombrar al virus para no atraerlo. Los yanomami brasileños sospechan si acaso no será una nueva manifestación de Xawarari, el canibalesco espíritu epidémico. Por las dudas, hemos visto a mapuches de Chile, charrúas de Uruguay o koguis de Colombia aplicados en ceremonias para tratar de alejarlo de sus territorios. Especialistas rituales de diferentes pueblos, desde las praderas norteamericanas hasta el sur de los Andes, se han preparado para luchar contra él desde sus propios modelos de salud-enfermedad. Distintos grupos de México, Colombia, Centroamérica, Bolivia y Chile han programado para mayo y junio una serie de conversatorios (virtuales, evidentemente) sobre cosmovisión de los pueblos indígenas ante la pandemia. Los arhuacos, barasano y wiwas de Colombia o mayas de Guatemala apelan al Buen Vivir y confían en espíritus y plantas contra el virus. *Yatiris* aymaras de El Alto, en La Paz (Bolivia), han diseñado una cabina de desinfección a partir de plantas medicinales. *Identidad, comunidad, inmunidad*, otro seminario virtual, este organizado por la Coordinadora de las Organizaciones Indígenas de la Cuenca Amazónica. Maneras de vivir. Maneras de pensar. Maneras de actuar.

En realidad, esta no es la primera pandemia que enfrentan las poblaciones originarias de América. Gripe, viruela, sarampión, tifus, enfermedades de transmisión sexual; todas ellas las vienen diezmado desde fines del siglo xv. *Huey cocoliztli* (el gran mal, la gran enfermedad) llamaron en lengua nahuatl del centro de México a aquella epidemia que en 1576 desembarcó en Nueva España sin que nadie coincidiera para explicar qué era, de dónde venía, quién la portaba o cómo se contagiaba. Vamos, lo mismito que hoy nos pasa con este coronavirus.

Con los ecos de la 25.<sup>a</sup> Conferencia de la Convención de la ONU sobre el Cambio Climático (COP25) todavía resonando, nos maravilla lo rápido que la naturaleza se ha recuperado desde que media humanidad está confinada en sus casas. Sin embargo, los saberes indígenas llevan tiempo alertando sobre la necesidad de proteger los bosques tropicales para prevenir enfermedades aún desconocidas. Quizás por eso el pasado 22 de abril, Día Internacional de la Tierra, multitud de voces indígenas pidieron protección ante la multiplicación de formas de despojo y agresión. También pidieron respeto para los derechos de los pueblos. Pero pasa lo que pasa, lo de siempre, que con una pandemia acaparando todas las portadas, ¿a quién le preocupa la deforestación o que un puñado de «indios» sea desplazado de sus territorios? A quienes sentenciaron que a nuestros mayores no les quedaba otra opción que sacrificarse ante el virus en aras de la supervivencia de la especie ¿qué les va a importar la muerte de unos «salvajes» en lo profundo de la selva, por mucho que puedan ser los

últimos guardianes de conocimientos ancestrales? Pero mejor no menear por esta vez el viejo tema del etnocidio y el genocidio en las Américas. Y tampoco el de las fronteras, para no airear el drama de miles de migrantes en Centroamérica y México que, a los ya habituales estigmas del ilegal, del repatriado, del rechazado, suman ahora el de posibles contagiados: nuevos apestados en estos días que esperan la nueva normalidad.



**Figura 1.** El pintor panameño Lucio López Kansuet, de etnia guna, retrata a su hija Alison, protegida frente a la COVID-19 con elementos de la medicina tradicional: envuelta en hojas de bijao y con una mascarilla confeccionada con hojas de *sabbigarda*. Fotografía de Lucio López Kansuet.

«¡Caramba! ¿Acaso el virus se está llevando por delante también a los indígenas?», se extrañará alguien. «¡Qué me traigan las estadísticas!», bramará el escéptico, el político o el polemista de turno. Estadísticas —si las hubiese— probablemente desactualizadas y a todas luces sesgadas. La pandemia está favoreciendo que se lleve la invisibilización de las poblaciones indígenas a un nuevo extremo, pero que el virus les llega, les llega. Por eso, ante los primeros muertos en Panamá, Colombia y Brasil, diversas organizaciones regionales y nacionales de toda Latinoamérica conformaron el 3 de abril la Plataforma Indígena Regional de Lucha contra el COVID-19, la cual insta a Gobiernos y organismos internacionales a que adopten medidas que consideren a los pueblos indígenas en sus tomas de decisión frente a la pandemia; que se aplique un enfoque intercultural, por usar el palabra. Porque la crisis sanitaria ha desnudado múltiples realidades políticas, sociales, económicas, culturales, espirituales. Está evidenciando situaciones de pobreza, desnutrición, aislamiento, indefensión. También altas tasas de desigualdad y de discriminación estructural. Mujeres indígenas de la sierra de Lima han denunciado que, con la excusa del confinamiento, la policía las persigue y maltrata (más que antes, entiéndase) cuando acuden a los mercados locales a vender sus productos; una protesta que ya se repite demasiado y en demasiados lugares.

La crisis sanitaria va de la mano con la crisis económica, sí, pero es que a las economías informales y de subsistencia las aprieta aún más si cabe. Esta pandemia es clasista y es racista, y ensancha brechas que no queremos mirar de frente. 2020 pasará a los anales como el año de lavarse las manos

(higiénica y metafóricamente hablando, que la frase hecha viene aquí al pelo). ¿Pero cómo harán en todas esas comunidades purépechas de la meseta de Michoacán, en México, donde no llega agua corriente, o en aquellas comunidades ribereñas del Coca o el Napo, en Ecuador, donde la llegada del coronavirus coincide con un vertido de petróleo que ha contaminado sus aguas? (Por poner dos ejemplos de entre muchos posibles). «No tenemos agua, no hay alimentos, la salud [está] intervenida... Mandarnos a encerrar en cuarentena por un virus es mandarnos pa'l carajo de una vez», reprochaba un folleto que ha circulado entre comunidades wayuu de La Guajira colombiano-venezolana.

Los indígenas fueron de los primeros en suscribir ese *hashtag* planetario del #QuedateEnCasa. Sus medios de comunicación propios se lanzaron a generar mensajes, en diferentes lenguas originarias, para informar de las medidas de autoprotección y de actuación ante el contagio. Audios y vídeos que las redes sociales han hecho circular casi tan rápido como el propio virus, y que no son sino una llamada de atención sobre la necesidad de aplicar «sus» categorías propias para entender y atender la emergencia. Porque, si algo atraviesa el sentir de la mayoría de poblaciones indígenas, es que están solas ante la pandemia. Mejor dicho: que (otra vez) las han dejado solas. Por eso hemos visto imágenes de indígenas incorporando mascarillas a sus atuendos tradicionales, pero también blandiendo lanzas para impedir el acceso a sus territorios. Muchos interpelan a los Estados. Algunos apelan al Convenio 169 de la Organización Internacional del Trabajo (OIT) para reclamar su derecho a la autodeterminación. La mayoría simplemente bloquea caminos y blinda sus comunidades, aplicando incluso duras medidas disuasorias contra quienes pretenden burlar el confinamiento, sea para entrar o para salir. «Que en Bolivia no se jode»: esa era la consigna de un vídeo doméstico que a fines de marzo se hizo viral por WhatsApp y que mostraba a los miembros de un grupo de autodefensa comunitario empleando sus chicotes para recordar a dos despistados que la cuarentena era obligatoria.

El pasado 8 de mayo, las autoridades sanitarias colombianas anunciaban la milagrosa recuperación de un bebé yupak de seis meses tras dos semanas de cuidados intensivos. Quizás por ser un bebé, puede que por ser un indígena, tal vez por ambas opciones, el caso se convirtió en luz de esperanza para la nación. Entretanto, para el conjunto de los pueblos indígenas de América sigue imponiéndose el claroscuro. Pero, sea como fuere, ellos también entonan ese *Resistiré* que en estos días ha vuelto a las listas de éxitos. Sin esperar aplausos. Más bien, demandando acciones.

Publicado en la sección *Antropología para momentos críticos* de la web del Museo Nacional de Antropología el 28 de mayo de 2020.

# Resiliencias indígenas

Laura Pérez Gil

Museu de Arqueologia e Etnologia de la Universidad Federal del Paraná

laurapg@ufpr.br

Desde que irrumpió la pandemia, dando un vuelco a nuestras vidas al obligarnos a aislarnos en nuestras casas, no han sido pocas las veces en que se ha evocado la idea de que estamos viviendo una distopía de aquellas que nos hemos hartado de ver y leer en películas, series y libros de ciencia-ficción. La imagen de mundos que se acaban, que se descomponen, provocando dolor, desorden y violencia, toma cuerpo. En lo que a imaginaciones escatológicas se refiere, la pandemia parece haber acelerado una amenaza que la emergencia climática había puesto en la agenda social y política. Sin embargo, el «vértigo ecosuicida de la civilización», en palabras de Danowski y Viveiros de Castro (2014: 100), parece embotar el entendimiento de quienes deberían tomar decisiones y medidas efectivas. Sin querer ser catastrofista, todo parece empujarnos a reflexionar sobre el fin del mundo, tema, por otro lado, en auge en la producción antropológica reciente. Distopía, epidemia, resiliencia... son términos que dan nombre a experiencias nuevas para nosotros, pero que están presentes en la vida de los pueblos nativos americanos desde hace siglos.

## 1. Los «blancos» y su potencia patógena

Aunque el apocalipsis cristiano haga equivaler el fin del mundo con el fin del tiempo y la desaparición de la humanidad global (en su dimensión corpórea, por lo menos), fines del mundo han ocurrido ya. Las poblaciones nativas de lo que conocemos como América pueden dar fe de ello. Y, por cierto, en esos contextos, los europeos han tenido un papel destacado como temibles jinetes apocalípticos, llevando fuego y enfermedad allá donde iban. Las enfermedades traídas a estas tierras (escribo desde Brasil) han sido un agente colonial de primer orden, como sabemos. Y no, esto no es algo que ocurrió únicamente hace 500, 300, 200 años. La deforestación, la invasión de territorios o la contaminación de tierras y ríos por parte de petroleras o garimpeiros, entre otras, son causa directa de la degradación crítica de la salud de las poblaciones indígenas, y a estas prácticas ecocidas y etnocidas podemos sumar tácticas de guerra biológica, como la entrega a poblaciones indígenas de ropas contaminadas de enfermedades letales para ellos.

Los pueblos indígenas amazónicos, a los que me refiero aquí en particular, han teorizado sobre la potencia patógena de los «blancos» (término metonímico con el que se refieren a los no indígenas en general). Imágenes, meditaciones y experiencias sobre el asunto abundan en las narrativas míticas, las memorias o los cantos chamánicos indígenas. Una bella y perturbadora reflexión al respecto es un libro reciente de David Kopenawa y Bruce Albert: *La chute du ciel*, título en el que convergen las imágenes que galos y yanomamis tienen del modo en que el mundo se destruirá.

En estos tiempos en que escuchamos continuamente la cifra de muertos en nuestro país y en el mundo, tengo la sensación de que toma otra dimensión la tragedia sufrida por las poblaciones indígenas, víctimas perpetuas de las enfermedades extranjeras oriundas del este. Si hace 500 años las epidemias acabaron con más del 90 % de las personas que vivían en el continente, desde entonces, cada vez que una población indígena «entra en contacto», la historia se repite, y entre el 60 y el 80 % de la población fallece por causa de infecciones respiratorias («gripes») e intestinales agudas, pero también víctima del impacto emocional que estas hecatombes generan.

La incapacidad para controlar las epidemias fue una de las razones por las que los organismos nacionales que se ocupan de los asuntos indígenas en diversos países latinoamericanos decidieron cambiar su política en lo que se refiere a los no contactados: en vez de la política tradicional de atracción, desde los años 90, paulatinamente se pasó a demarcar territorios específicos para ellos, evitando sin éxito total las intrusiones. Además, dejó de considerárseles como no contactados y se les empezó a conceptualizar como «pueblos en aislamiento voluntario», ya que se reconoce que el mantenerse alejados es una estrategia de resistencia y supervivencia. No, definitivamente, no están locos por ser parte de la «civilización». Pueblos ya contactados que tienen memoria reciente sobre el momento en que establecieron relaciones permanentes con los «blancos» alegan que la violencia improductiva —porque, en general, la violencia guerrera de los pueblos indígenas amazónicos, aunque nos pueda parecer contradictorio, tiene por objetivo la producción de personas—, la mezquindad y la potencia patógena de los blancos han sido las razones por las que se mantuvieron alejados, mientras hubo la posibilidad. Se calcula que existen en la actualidad en torno a 200 grupos en aislamiento voluntario en toda Latinoamérica. El ocultamiento en la selva es un mecanismo de autoprotección y conservación de la autonomía. Sin embargo, incluso con las medidas de amparo tomadas por los Gobiernos, en ciertos casos el aislamiento llega a ser insostenible, no solo porque los violentos e imparables frentes de explotación capitalista, en forma de petroleras, madereros o narcotraficantes, los alcanzan incluso allí, sino porque su mundo se ha vaciado de «otros» (grupos) ontológica y sociológicamente necesarios y, por lo tanto, de las condiciones que les permiten reproducirse como colectivos.

El hecho de que todavía existan pueblos en aislamiento voluntario, irreductibles, protegidos por la selva, y pueblos indígenas —ya en contacto—, resilientes, que mantienen modos de vida propios en un mundo que trata por todos los medios de civilizarlos, convertirlos, desunirlos de la tierra y transformarlos en subhumanos en los márgenes de la sociedad, es algo que no deja de sorprendernos. A finales del siglo XIX, una convicción que compartían los representantes de una incipiente antropología era la de que los pueblos indígenas, en general, iban a desaparecer en breve. Y, hoy en día, uno de los grandes desafíos intelectuales para nosotros es entender cómo es posible que los pueblos indígenas continúen manteniendo modos de vida y pensamiento propios... una vez que atravesaron el final del mundo.

## 2. Sobre las personas colectivas

En Brasil, el 19 de abril es el *Dia do Índio* o Día de los Pueblos Indígenas. Ese día, y por extensión el mes de abril entero, está dedicado a dar visibilidad a las causas indígenas y, a pesar de que, desgraciadamente, muchas de las actividades que se realizan no hacen más que reproducir una imagen estereotipada e irreal de estos pueblos, no deja de ser un periodo esencial en la agenda política de los movimientos indígenas e indigenistas. Así, durante el mes de abril, se realizan por todo el país actos de reivindicación, representaciones artísticas y culturales, y eventos para la reflexión.

En febrero de este año, en el museo donde trabajo, el Museo de Arqueología y Etnología de la Universidad Federal del Paraná (MAE-UFPR), estábamos organizando, junto con los estudiantes indígenas de la universidad, varias actividades. Sin embargo, la suspensión del trabajo presencial debido

a la pandemia del COVID-19 nos obligó a mudar el rumbo de la propuesta y a recurrir, como tantos otros museos, a las redes sociales. En articulación con otras instancias de la universidad, decidimos organizar un espacio virtual para la reflexión sobre las realidades indígenas, mostrando la situación precaria de los alumnos indígenas durante el periodo de aislamiento, y dar voz no solo a los estudiantes, sino también a artistas, conservadores e intelectuales indígenas. Invitamos a varios de ellos a enviarnos pequeños vídeos con reflexiones sobre la conexión entre cultura, pueblos indígenas y pandemia, que publicamos en nuestras redes sociales.

Uno de los vídeos —que confieso que me conmovió especialmente en un momento en el que las cifras de los fallecidos en las residencias de ancianos en España aumentaban descontrolada y desalentadoramente— nos fue enviado por Juliana Kerexu, profesora de una escuela indígena, artesana y artista mbya guaraní, y líder de la aldea Tekoá Takuaty, en la isla de la Cotinga (Paranaguá, Paraná). Juliana ha colaborado con el museo en varias ocasiones, especialmente en la organización, en 2017, de una exposición sobre el modo de vida (*nbande reko*) del pueblo al que pertenece. Sentada a la entrada de su casa de rezo (*opy*), en el vídeo que nos envió, Juliana nos habla de uno de los aspectos de ese modo de vida: la visión mbya guaraní sobre el lugar que ocupan los más mayores, los *xiramôes*. Su reflexión fue motivada por la forma trágica en que la pandemia los afecta. Reproduzco aquí, traducidos del portugués al español, algunos fragmentos de esa reflexión:

«En nuestro conocimiento, del pueblo mbya guaraní, tenemos el saber sobre la encarnación: todos venimos aquí, a esta tierra, para desarrollarnos espiritualmente. Consideramos que, cuanto más edad tiene una persona, más sabiduría tiene. Por eso, para nosotros, los mbya guaraní, es a través de nuestros mayores, los *xiramôes*, que tenemos acceso a nuestro pasado, a nuestros ancestros, a nuestras historias; y [este conocimiento] lo traemos para nuestras *tekoas* [aldeas], para la educación de nuestros hijos (...). Sin este conocimiento, no existiríamos como pueblo (...). A través de ellos, tenemos acceso a nuestro pasado y a los conocimientos que nuestros ancestros nos dejaron para poder construir el presente (...). Este conocimiento es transmitido. Es por medio de este conocimiento de los mayores que podemos construir y no perder la esperanza en nuestro futuro, en el futuro de mis hijos, de mis nietos (...). Una de las cosas más importantes que siempre nos dicen es que ninguno de nosotros lo sabe todo, no llegamos a aprenderlo todo en esta vida, pero tenemos que entender que cada día nos puede traer una nueva enseñanza, y ello viene de los mayores, y en estos días que estamos viviendo, con todo esto que el mundo está pasando, es de extrema importancia considerar a nuestros mayores (...). Tenemos que cuidarlos. ¿Por qué tenemos que proteger a nuestros mayores? Porque ellos son nuestro pasado, son nuestro presente y son nuestro futuro. Protegerlos nunca fue tan importante como en este momento que estamos viviendo» (Juliana Kerexu Mariano, 15/5/2020).

Las poblaciones guaraníes, que a la llegada de los europeos ocupaban un amplio territorio, incluyendo el litoral meridional de lo que hoy es Brasil, y sufrieron desde el inicio las consecuencias letales de aquel arribo, son siempre caracterizadas por quienes las conocen por su resiliencia, palabra que hoy está tan de moda. Su mundo fue radicalmente arrasado y desfigurado, y ellos, después de más de 500 años, y a pesar de haber sido masacrados y despojados de sus tierras, insisten en mantener un modo de vida propio (*mbya nbande reko*), que gira en torno a una espiritualidad para ellos esencial, siguiendo los principios de la divinidad Nhanderu. En términos éticos, sucintamente, esta espiritualidad se singulariza por el énfasis en la armonía social y con la naturaleza, por una estética de la moderación y por un esfuerzo continuo por el perfeccionamiento individual y colectivo. No quiero caer en un romanticismo rousseauiano, pero lo cierto es que la historia revela la resistencia e irreductibilidad del modo de vida guaraní al modo de vida capitalista. Juliana nos da, en mi opinión, una de las claves de ello: nos explica que esta persistencia se basa en la conexión que tiene una persona con quienes la anteceden, la acompañan y la siguen. Los miembros de este pueblo operan como «personas colectivas, células que consiguen transmitir a través del tiempo sus visiones de mundo», en la hermosa formulación de Ailton Krenak (2019: 28).

En el pensamiento escatológico guaraní, el fin del mundo llegará cuando ya no haya las condiciones necesarias para que ellos puedan mantener su modo de vida. Y más que una «creencia» sin base racional, el panorama actual hace pensar que, si el ritmo acelerado de nuestro mundo llega hasta el punto de hacer desaparecer poblaciones que han resistido otros finales del mundo, probablemente ya no haya futuro para el nuestro tampoco. Tomando de nuevo prestadas ideas de Danowski y Viveiros de Castro, quizás algunos de los principios por los que se rigen los modos de vida indígenas —el privilegio de las personas frente a los productos de consumo, de la estabilidad frente al progreso, o del presente frente al futuro, por ejemplo— deberían inspirarnos para construir estrategias que posibiliten la puesta en marcha de lo que Stengers llama una «ecología política de la desaceleración» (citado en Danowski y Viveiros de Castro, 2014: 148), que permita evitar el fin de nuestro mundo, en el que fragmentos de otros resisten a pesar de todo (Danowski y Viveiros de Castro, 2014: 137-159).



**Figura 1.** Juliana Kerexu durante las reuniones de concepción de la exposición *Nhande Mbya Reko*, diciembre de 2017. Archivo del MAE-UFPR. Fotografía de Douglas Fróis.

P. S. Ante la expansión del COVID-19 en Brasil, varios pueblos indígenas han cerrado el acceso, tanto para salir como para entrar, a sus territorios y aldeas. Hasta hoy (22/8/20), hay 26 956<sup>1</sup> casos confirmados de indígenas contagiados en área rural, y 704 fallecimientos, entre ellos importantes líderes indígenas de proyección nacional e internacional. Ayudado por la inacción calculada del Gobierno bolsonarista, el virus se expande, y con él el miedo.

<sup>1</sup> Fuente: Instituto Socioambiental de Brasil. Véase: <https://covid19.socioambiental.org/>

### 3. Bibliografía

DANOWSKI, D. y VIVEIROS DE CASTRO, E. (2014): *Há mundos por vir? Ensaio sobre os medos e os fins*. Desterro: Cultura e Barbárie. Instituto Socioambiental.

KRENAK, A. (2019): *Ideias para adiar o fim do mundo*. São Paulo: Companhia das Letras.

KOPENAWA, D. y ALBERT, B. (2010): *La chute du ciel: paroles d'un chaman yanomami*. París: Terre Humain, Plon.

Publicado en la sección *Antropología para momentos críticos* de la web del Museo Nacional de Antropología el 4 de junio de 2020.

# La vida cambia

Patricia Alonso Pajuelo

Museo Nacional de Antropología

patricia.alonso@cultura.gob.es

*Para mi hermana Sandra, enfermera del SUMMA,  
y para todas las personas que, como ella, nos han cuidado estos meses*

El título de este texto lo he tomado prestado de la publicidad del supermercado de mi barrio. La verdad es que no sé si ya estaba allí antes de que cambiaran nuestras vidas, creo que sí, soy muy despistada y antes no me había fijado, porque nunca había tenido que hacer cola para entrar. Cuando lo vi por primera vez, pensé «¿en serio?». No me parecía la publicidad más apropiada para ese momento, para una compañía de seguros, bueno, pero no para un supermercado. Era chocante y raro estar esperando para entrar en el establecimiento con ese recordatorio de lo que estaba sucediendo. El caso es que, apropiado o no, es verdad, nuestra vida ha cambiado, el mundo ha cambiado.

La antropología ha demostrado ser una disciplina muy adecuada para estudiar el cambio cultural, pese a las reticencias de algunos antropólogos, que décadas atrás no querían estudiar sociedades «aculturadas» (qué palabra más fea) y se dedicaban a buscar culturas «prístinas» o «poco aculturadas», dignas de convertirse en su objeto de estudio. Lo cierto es que todas las culturas cambian, y muchas veces esos cambios les vienen impuestos desde fuera, aunque existan mecanismos de resistencia. Para muchas sociedades, el colonialismo fue devastador, y continúa siéndolo, porque no se ha producido una descolonización real y efectiva.

Cuando comenzó el confinamiento, estaba trabajando en una exposición temporal, *El estrecho de Magallanes: la frontera de agua*, que forma parte del ciclo *Démosle la vuelta al mundo*, con el que desde el museo queremos conmemorar, a nuestra manera, la primera circunnavegación del planeta. La idea es recorrer algunos de los puntos por los que pasó la expedición, poniendo el foco de atención en los pueblos que habitan hoy esos lugares, escuchando las voces de las personas que viven allí en la actualidad. Pero en esta exposición queríamos recordar también las voces que no podemos escuchar porque la colonización acabó con ellas.

Los pueblos originarios de Patagonia sufrieron a finales del siglo XIX el avance del colonialismo; el resultado fue el exterminio de los selk'nam y haush, la desaparición de los aónikenk de sus territorios ancestrales en la Patagonia chilena y un fuerte descenso poblacional de los yagán y los kawésqar. Las enfermedades y epidemias llevadas por los colonos fueron las causantes, en parte, del descenso de población, pero la causa principal fue el establecimiento de ranchos de ovejas en las tierras de los pueblos originarios, que eran vistos por las autoridades y los colonos como obstáculos para lo que ellos entendían como «progreso». En la Isla Grande de Tierra del Fuego, los rancharos contrataron sicarios para masacrar a los selk'nam, y los que no murieron en las campañas de exterminio fueron

enviados a la misión salesiana de San Rafael, donde las enfermedades y el desarraigo acabaron con la vida de muchos.

Cuando trabajo en una exposición, o catalogando piezas, o preparando una conferencia, o escribiendo un artículo, no puedo evitar que en cierta forma afecte a mi vida personal y viceversa. Así que, en este caso, pensaba cómo se debieron sentir los selk'nam cuando llegaron los colonos, cuando todo su mundo cambió. No es que quiera equiparar el genocidio selk'nam con los cambios producidos por la pandemia actual, pero pienso que, el pasar por situaciones de incertidumbre o miedo, nos puede ayudar a tener más empatía o a ver las cosas desde otra perspectiva.



Figura 1. Punta de flecha (*heurh*). Cultura selk'nam. Siglo XIX. Vidrio. Fotografía de Patricia Alonso.

Cuando terminé el diseño de la exposición (el confinamiento ha sido largo), comencé un proyecto de catalogación de piezas ticuna, de la Amazonía brasileña, colombiana y peruana. La ceremonia más importante de la cultura ticuna es la Woxrexcüchiga, el rito de paso de las adoles-

centes, y muchas de las piezas del museo están relacionadas con esta ceremonia. Tras su primera menstruación, las niñas son recluidas, siguen una dieta especial y tienen que cumplir con una serie de restricciones durante un periodo de tiempo de varios meses, depende de lo que su familia tarde en preparar la suficiente cantidad de comida y bebida para la fiesta. Para la adolescente, el encierro es una etapa de meditación, aprendizaje y preparación para su vida adulta. Cuando la joven sale de su confinamiento, tiene lugar la ceremonia, que se realiza para celebrar su transformación en mujer y para lograr el bienestar de la adolescente en particular, pero también de su comunidad y del mundo a nivel general. Los paralelismos con la situación que hemos vivido estos meses son evidentes. En este caso, el encierro no ha sido individual, sino colectivo, y hemos estado encerrados para mantenernos a salvo a nivel particular, pero sobre todo para evitar la propagación de la enfermedad, proteger a las personas más vulnerables y evitar el colapso del sistema sanitario; es decir, para lograr el bienestar de toda la sociedad.



**Figura 2.** Máscara (*nachamô*). Cultura ticuna. Recogida en 1933-1934. Tela de corteza, pigmentos, madera, fibra vegetal. Fotografía de Miguel Ángel Otero.

En muchas comunidades de la Amazonía, los efectos de la pandemia están siendo desoladores. En una de esas comunidades, Sarayaku, en la Amazonía ecuatoriana, el inicio de la crisis coincidió con una inundación provocada por el desbordamiento del río Bobonaza, que anegó viviendas, edificios comunitarios y cultivos. Desde Sarayaku, José Gualinga propone una propuesta a la pandemia que parte de su filosofía, Tiam. El pueblo de Sarayaku no entiende la naturaleza como un objeto de explotación, el Tiam entiende que la vida y la naturaleza, la Kawsak Sacha o Selva Viviente, están por encima de la riqueza.<sup>1</sup>



Figura 3. Vista de la selva desde la comunidad shuar de Arútam (provincia de Pastaza, Ecuador). Fotografía de Patricia Alonso.

He hablado con muchos amigos sobre cómo pensamos que va a cambiar el mundo después de lo que hemos vivido en los últimos meses. Yo espero que, si hemos sido capaces de colocar en primer lugar el bienestar general y la salud, por encima de la economía, aprendamos la lección y en el futuro tengamos en cuenta filosofías y cosmovisiones como la del pueblo de Sarayaku.

Publicado en la sección *Antropología para momentos críticos* de la web del Museo Nacional de Antropología el 11 de junio de 2020.

<sup>1</sup> <https://pachamamitaecu.org/frontera-de-vida-una-respuesta-a-la-pandemia-desde-la-amazonia/>

# Por un porvenir comunitario

**Renata Montechiare**

Universidad Federal do Rio de Janeiro

rmontechiare@gmail.com

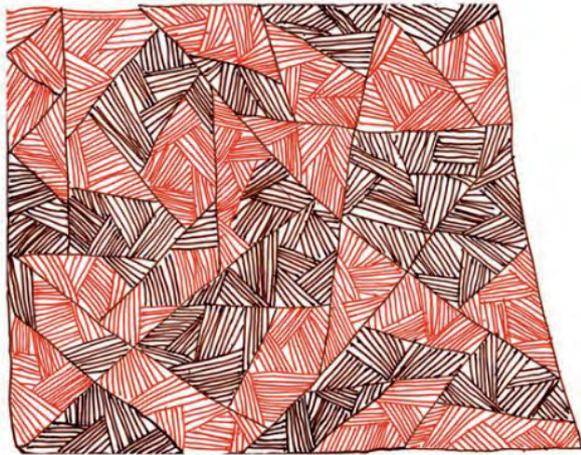
Este breve texto es una forma de regresar al Museo Nacional de Antropología en tiempos de pandemia y distanciamiento social (sobre todo porque estoy al otro lado del Atlántico, sin posibilidad de tomar un avión a corto plazo).

Comparto con lectores y colegas cuánto, en estos tiempos, he aprendido de aquellas personas que tradicionalmente están representadas en las exposiciones de museos de antropología. Y cuánto, me parece, nos inspira su diversidad de perspectivas sobre el mundo en momentos de condiciones tan adversas como las actuales.

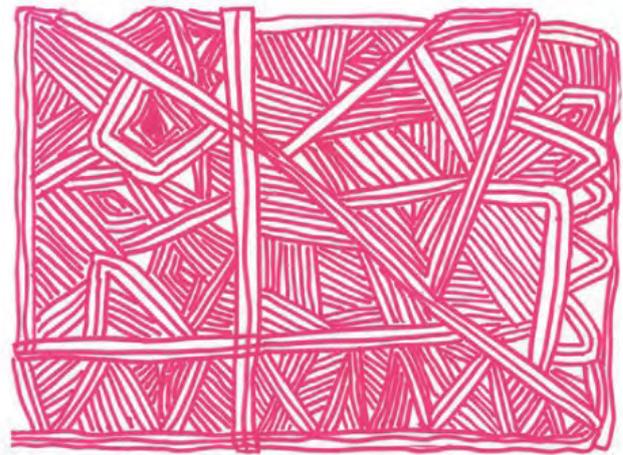
En los últimos meses, he tenido la oportunidad de participar en una investigación que me hace seguir hacia delante con ilusión: un mapeo de iniciativas pedagógicas con niños en escuelas de las regiones norte y noreste de Brasil; más específicamente, proyectos desarrollados en escuelas indígenas, *quilombolas*, rurales y fronterizas en un territorio aproximadamente de cinco millones y medio de kilómetros cuadrados. Aunque la densidad demográfica es baja, hablamos de una región de cientos de etnias, idiomas y dialectos. Para darles una mejor idea, me refiero a una investigación que abarca más de ciento cuarenta mil escuelas en dos de las cinco regiones que conforman Brasil.

A través del trabajo de investigadoras que son a la vez oriundas de los pueblos investigados, tenemos la oportunidad de aprender sobre experiencias innovadoras y proyectos educativos en los que la cultura local es fundamental para su desarrollo. Estas iniciativas nos han demostrado la potencia de la cooperación comunitaria para resolver desafíos, desde los más complejos hasta los más cotidianos. Sobrevivir por su cuenta es la solución cuando no se puede acceder a la gestión pública. Los proyectos con el mayor compromiso de estudiantes, maestros y coordinación pedagógica son aquellos que han sido conformados desde la comunidad que los rodea y llevan las enseñanzas de su propia gente a la escuela.

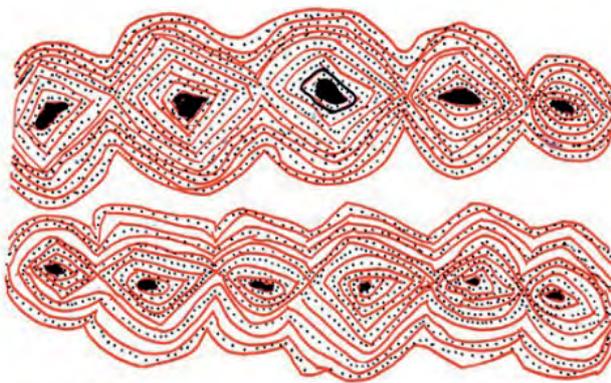
Un ejemplo es el Centro de Formación y Documentación Wajãpi, en el norte de la Amazonía brasileña. El arte gráfico y el conocimiento oral de los pueblos indígenas wajãpi forman parte de la lista del Patrimonio Cultural Inmaterial de la Humanidad de la Unesco desde 2003, y su centro trabaja para capacitar a los maestros indígenas. Tener a los maestros cerca de la comunidad es estratégico para el aprendizaje de sus hijos, pues, al tiempo que transmiten sus conocimientos y formas de vida tradicionales, fortalecen la identidad de los más jóvenes para la defensa territorial y ambiental frente a la continua amenaza de la minería.



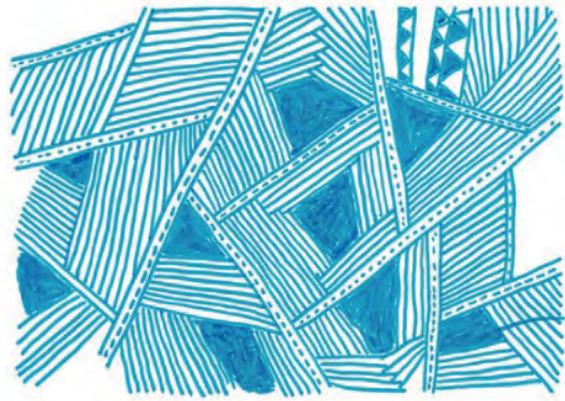
MIWÃ WAJÃPI, 1983.



WAIVISI WAJÃPI, 1983.

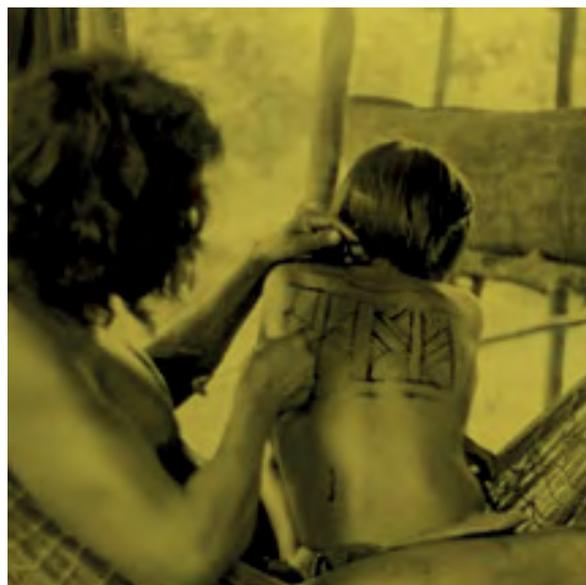


WAIVISI WAJÃPI, 2000.



WINIPI'I WAJÃPI, 2000.

**Figuras 1, 2, 3 y 4.** Imágenes del Dossiê IPHAN 2 wajãpi. *Expressão gráfica e oralidade entre os wajãpi do Amapá.* Fuente: [http://portal.iphan.gov.br/uploads/ckfinder/arquivos/Dossie\\_wajapi.pdf](http://portal.iphan.gov.br/uploads/ckfinder/arquivos/Dossie_wajapi.pdf)



**Figura 5.** Pintura corporal. Fotografía de Dominique Gallois.

Los intelectuales indígenas han conquistado el espacio público y nos han enseñado, a las llamadas clases medias de los grandes centros urbanos, cuánto importa la organización comunitaria. Davi Kopenawa (chamán yanomami, autor del libro *A queda do céu*, junto con Bruce Albert) nos habla desde el punto de vista de aquellos para quienes el mundo ha terminado varias veces. Ailton Krenak (líder indígena del grupo étnico krenak), con sus *Ideas para posponer el fin del mundo*, ha estado presente en conferencias en línea, discutiendo la supuesta «normalidad» distanciada de la naturaleza a la que algunos intentan regresar.

Igualmente conectadas a sus comunidades, en el otro extremo de la marcada desigualdad social brasileña, están las poblaciones de favelas y periferias urbanas. Confinadas en el caos sanitario, con pocas infraestructuras urbanas y condiciones precarias de subsistencia económica y social, resisten y se organizan en medio del vacío dejado por las políticas públicas.

Recientemente, el MNA exhibió una hermosa exposición temporal sobre los museos comunitarios de Río de Janeiro:<sup>1</sup> *Rio somos nós!* El Museu da Maré, el Museu Vivo do São Bento, el Museu de Favela y otros más que formaron parte de esta exposición tienen en común estar ubicados en comunidades de bajos recursos. Y actualmente ellos viven entre la urgencia del apoyo mutuo a sus vecinos y la necesidad del distanciamiento social. Hoy, las poblaciones de estos territorios son los agentes movilizadores de la sociedad para la consecución y gestión de recursos, compra y distribución de comidas y materiales de higiene personal en las favelas de Río y en todo Brasil.<sup>2</sup>

Las poblaciones que conviven diariamente con la ausencia del Estado o su cruel presencia a través de invasiones y genocidios nos dan una lección de humanidad, organización social y solidaridad.

Si la pandemia no sirve para reflejar y actuar en la construcción de otra forma de convivencia interétnica y relación con la naturaleza, nada más servirá. Que las formas cooperativas de organización comunitaria de aquellos que viven constantemente en estado de crisis nos inspire en la reconstrucción de nuestras relaciones sociales.



**Figura 6.** Panorámica de la comunidad Maré. Fotografía de Douglas Lopes. Fuente: <https://mareonline.com.br/coronavirus/subnotificacao-de-casos-a-mare-e-bairro/>

<sup>1</sup> *Rio somos nós! Los museos comunitarios de Río de Janeiro y el giro decolonial.* Del 22 de noviembre de 2019 al 16 de febrero de 2020.

<sup>2</sup> Fuente: <http://redesdamare.org.br/br/artigo/86/coronavirus-entenda-como-voce-pode-ajudar-a-mare>, <https://www.maesdafavela.com.br/>, <https://www.covid19nasfavelas.meurio.org.br/> Fecha de consulta: 16 de mayo de 2020.



**Figura 7.** Almacén de comida. Fotografía de Douglas Lopes. Fuente: <https://mareonline.com.br/coronavirus/campanha-mare-diz-nao-ao-coronavirus-completa-tres-semanas-de-trabalho/>



**Figura 8.** Voluntarios trabajando en la distribución de comida y productos de limpieza. Fotografía de Douglas Lopes. Fuente: <https://mareonline.com.br/coronavirus/campanha-mare-diz-nao-ao-coronavirus-inicia-nova-etapa/>



**Figura 9.** Distribución de comidas. Fotografía de Douglas Lopes. Fuente: <https://mareonline.com.br/coronavirus/campanha-mare-diz-nao-ao-coronavirus-inicia-nova-etapa/>



**Figura 10.** Distribución de productos de limpieza. Almacén de comida. Fotografía de Douglas Lopes. Fuente: <https://mareonline.com.br/coronavirus/mare-diz-nao-ao-coronavirus/>

## Bibliografía

- KOPENAWA, D. y ALBERT, B. (2010): *La chute du ciel. Paroles d'un chaman yanomami*. Paris: Terre Humain, Plon.
- . (2013): *The falling sky. Words of a yanomami shaman*. USA: Harvard University Press.
- . (2015): *A queda do céu. Palavras de um xamã yanomami*. São Paulo: Cia das Letras.
- KRENAK, A. (2019): *Ideias para adiar o fim do mundo*. São Paulo: Cia das Letras.

Publicado en la sección *Antropología para momentos críticos* de la web del Museo Nacional de Antropología el 11 de junio de 2020.

### 3. LOS MUSEOS, EN LA ENCRUCIJADA

Nuevas formas, otros caminos

# Enredándonos en las redes

Andrés Gutiérrez Usillos

Museo de América

andres.gutierrez@cultura.gob.es

Los museos llevan ya unos cuantos años volcándose activamente en las redes sociales pero, a lo largo de estas semanas de confinamiento, han demostrado que están más activos que nunca. Prácticamente todos los museos se han visto abocados a pregonar la continuidad de su existencia a través de las redes. Esta situación me sugiere una serie de reflexiones que quisiera ser capaz de exponer de manera coherente y por partes.

## 1. En busca de la esencia perdida

Comienzo preguntándome ¿cuál es la esencia de un museo? Y entendamos por esencia aquello que realmente es lo más importante y característico de algo; es decir, su misma naturaleza. Si un museo está cerrado, ¿deja de ser museo? ¿ha perdido su «esencia»? La definición del ICOM indica que la institución ha de estar «abierta al público», aunque entiendo que lo que implica es únicamente que tenga actividad en relación con un público potencial. Entendemos por lo general abierto como accesible y por tanto visitable. ¿Accesible virtualmente sería suficiente? Ahora los museos no están abiertos en buena parte de los países, ¿hay menos museos por ello? ¿Y si estuvieran abiertos pero no tuvieran público? Imagínense un futuro inmediato, con un museo cuyos visitantes habituales son escolares en grupo (que ya no vienen, claro), turistas (que no hay), grupos (que habrá que ver cómo se gestionan), tercera edad (que mejor que no corran riesgos innecesarios...). ¿Quién queda para visitar el museo? Es evidente que el visitante del museo «abierto» va a cambiar radicalmente..., pero también resulta evidente que un museo sin visitantes sigue siendo un museo. Por tanto, surge ahora la necesidad de reflexionar sobre el futuro de estas instituciones. Si su objetivo principal hasta el presente ha sido atender al usuario con responsabilidad social, pero este ya no viene o no puede venir, ¿qué vamos a hacer?

Hace un par de años, asistí a un encuentro europeo de museos con colecciones etnográficas o arqueológicas en el que una colega de Alemania sugería que el futuro de los museos es no tener colección. ¿Cómo —le preguntaba—, si lo que diferencia a un museo de otro tipo de instituciones es precisamente eso, la existencia de una colección? Sin ella, un museo no es un museo, podría ser un departamento de investigación de una universidad, o un centro de exposiciones, o una sala de conferencias, o un auditorio, o cualquier otra cosa. Y es fantástico que esas otras instituciones tengan existencia propia, pero no son museos. Es evidente entonces que un museo no puede existir, como tal, sin colección. Por tanto, de la ecuación del museo = edificio (territorio) + colección (patrimonio) + público (comunidad), siendo necesarias las tres, la que no puede dejar de existir (en esencia) es la segunda, y la que va a variar —y no sabemos cómo— es la tercera.



Figura 1. Frascos y botes de farmacia con esencias, y cucharilla de nácar. Colección particular. Fotografía de Joaquín Otero.

Un museo se define por sus contenidos, por sus colecciones, y su identidad ha de girar en torno al conocimiento, pues son depositarios de memoria, de saber. Son espacios públicos, indudablemente, pero alguna diferencia habrá con relación a los centros culturales, cines, teatros, auditorios o restaurantes, que también lo son. Escribiendo esto siento escalofríos por la espalda, pues retumban estas palabras en mi mente con ecos aparentemente elitistas: «¡¡¡estás proponiendo un museo decimonónico!!! ¡Cállate!» (quizá este largo confinamiento ha liberado una voz interior dormida).

Durante las últimas décadas, desde los museos hemos tendido a demonizar la investigación y por ende a las colecciones —aunque no es necesario recordar que la investigación puede realizarse desde cualquier área del museo—, porque hemos puesto el foco de atención, sobre todo y por encima de todo, en atender al visitante. Pero esta relación con el visitante va a cambiar. No quiero decir que los perdamos a todos, pero es evidente que su presencia y la atención que hay que prestarles serán diferentes a lo que conocemos. Los conciertos, representaciones teatrales, talleres u otro tipo de actividades del museo, que se verán restringidos incluso después de la próxima apertura de las instituciones, en realidad no forman parte de la esencia del museo. La sociedad tampoco va a sufrir un considerable perjuicio por la privación de estas actividades, porque hay otros centros donde se pueden impartir —que tienen también su ecuación, con su edificio y su público—, aunque también se vean afectados por las mismas limitaciones de aforo. Pero, insisto, a diferencia de los museos, estos otros espacios «no tienen colección». Ahí está la esencia, indudablemente. Parece una perogrullada, pero a veces es necesario pararse a recordar, porque es fácil olvidarse.

## 2. Lo que el viento se llevó... Miedo al olvido

Y, en esta dinámica de confinamientos y cierres, como en las últimas semanas los usuarios no han podido tener acceso al museo, nos ha entrado cierto pánico... Pensamos que estamos dejando de atender al «visitante» y nos hemos volcado a hacerlo a través de las redes, a darlo todo de forma virtual. Sin embargo, en el fondo, tengo la sensación de que no es más que una expresión del «miedo al olvido». Es cierto, esta sociedad contemporánea tiene la memoria muy frágil y olvida muy rápido. Si no te ven, no existes.

Somos así, algo nos irrita, nos ofende, nos divierte o nos entusiasma sobremanera, se convierte en viral y se difunde de forma vertiginosa, pero es totalmente fugaz y efímero, pues casi inmediatamente pasamos a depositar nuestra atención en otra cosa nueva, olvidando lo anterior. Así que esta intensa actividad en redes es como un frenético y desesperado grito de «¡No me olvides!» que se une al que ya era habitual de los pequeños museos: «¡Yo también existo!».



**Figura 2.** Cierre definitivo de la gran exposición de Velázquez. Museo del Prado, 1 de abril de 1990, 22:30 horas. Archivo digital del Museo Nacional del Prado, caja 792, legajo 17150, n.º exp. 1. Fotografía de Peter WiCe.

Las redes sociales vinieron en auxilio de los museos para llegar a más «usuarios» y formar parte de sus vidas, recordándoles que existimos y todo lo que hacemos a diario, e insinuando que nos gustaría interactuar con ellos, porque queremos su participación. Sí, los museos sociales, además de atender a los usuarios, están abiertos «virtualmente» y son participativos. Pero ¿lo son realmente? Es posible que durante estas semanas se haya aprovechado para experimentar con algo nuevo en redes, pero, por lo general, lo que hay es una trasposición casi literal en un plano virtual de lo que ya existía en el plano físico, como si ese fuera el objetivo de las redes: exposiciones virtuales, conferencias virtuales, cartelas (*post*) de piezas, y sazonado con algún que otro juego, o comentario, efeméride o

similar, etc. Y, peor aún, hemos entrado en la misma dinámica que ya teníamos y de la que renegábamos. Decíamos que lo esencial no era el número de visitantes físicos, sino la experiencia que el usuario disfruta en el museo y el aprendizaje, pero nos dedicamos a contabilizarlos desesperadamente, rascando todo lo posible para ofrecer cifras que nos hagan sonreír de satisfacción y justifiquen nuestro buen hacer ante las autoridades superiores. Así que, en este universo virtual recreado, revisamos ávidamente el número de seguidores, añadiéndole los *likes* que tienen los *post*, igual que sumamos los visitantes físicos. Pero tengo que hacer una confesión (y que me perdone el universo virtual por ello): y es que a veces doy *like* sin leerme el contenido. Vale, es cierto que tampoco me leo todas las cartelas de los museos que visito... ¿Y si hubiera muchos como yo? (¡¡san Twitter no lo permita!!). ¿No sería un poco como predicar en el desierto? ¿No sería necesario parar un poco y reflexionar qué se hace, para qué y para quién?

### 3. Corta el rollo. Si breve, dos veces *like*...

Eso sí, las prédicas que ofrecemos han de ser muy muy breves. Y esta es una de las ventajas de las redes, a la vez que se convierte en limitación: su extensión... Se debe facilitar la lectura, que sea amena, entretenida y sobre todo breve... Digerimos la información existente para procesarla, sintetizarla y convertirla en una pildorita fácil de tragar y amena, de menos de 280 caracteres.



Figura 3. Redes sociales en el *smartphone*. Fotografía de Andrés Gutierrez Usillos.

Y creo realmente que desde los museos se realiza una actividad extraordinaria tanto en redes como en el espacio físico. Sin embargo, siento de nuevo escalofríos —voy a tener que ver si he dejado alguna ventana abierta— al pensar que, después de esta crisis, sigamos con la idea de que nuestra vocación es «entretener» al usuario y seguir volcándonos en ofrecer estas acciones virtuales que, por lo general, son ligeras, económicas, sencillas y relativamente rápidas, pero conllevan un enorme esfuerzo. Que se hagan es fantástico, pero no lo es tanto que estas acciones se conviertan en el objetivo final de los museos y que el sentido de su actividad consista en ser visibles en red, o nos obsesionemos aún más por los *likes*, como nos hemos obsesionado hasta ahora por atraer visitantes para incrementar cifras.

#### 4. Desafío total

Algo va a cambiar, y este es nuestro desafío. La ecuación seguirá intacta, pero cambiarán sus valores, y el usuario físico no será ya el eje central, así que habrá que volver a poner la mirada en otra cosa. Sí, vale, me habéis pillado, estoy aprovechando la ocasión para reivindicar de nuevo el trabajo de investigación (insisto, no solo de colecciones) como una de las funciones esenciales del museo. Pero la relación con el usuario es lo que interesa ahora.

La crisis económica que los amenaza de nuevo, si es que alguna vez se ha ido de los museos, va a mermar aún más las posibilidades de hacer actividades, por lo que es probable que continúe la actividad extraordinaria a través de las redes, de ahí la reflexión previa. Pero habrá que buscar nuevas fórmulas que no reproduzcan los «errores» que veníamos cometiendo previamente, ni en lo físico, ni en lo virtual. ¿Cómo? No creo que exista ninguna regla infalible para ello, se trata de ir reflexionando y aplicando la fórmula de ensayo-error; eso sí, entre todos...

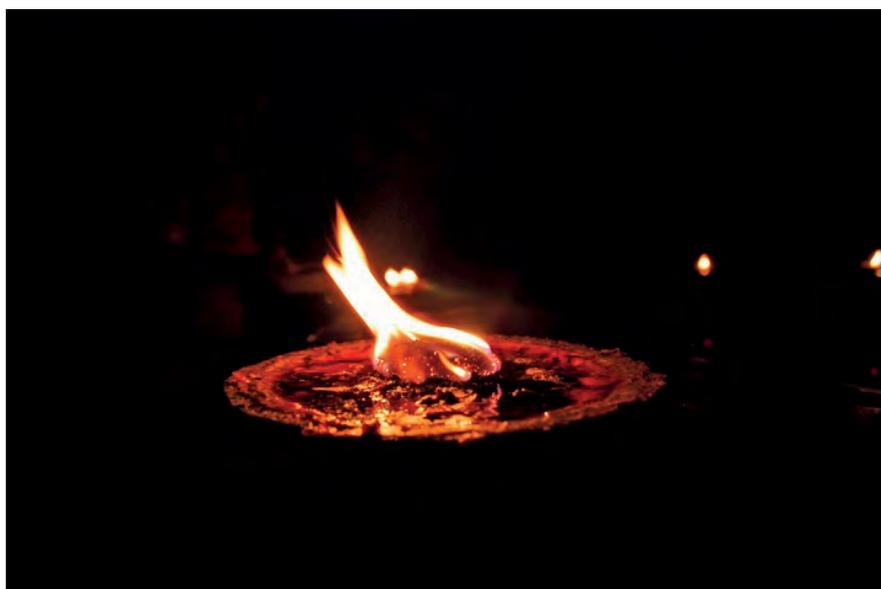
Algunas sugerencias que van surgiendo mientras escribo esto, en relación con cómo veo que debería ser el futuro de los museos, y que no aspiro a que sirvan más que de punto de partida de la reflexión, serían, por ejemplo:

**Museos implicados y la creación de la conciencia crítica.** Las redes sociales de museos son o pretenden ser asépticas, de forma voluntaria..., pero están en un medio que no lo es, y quizá haya que replantearse esa asepsia, más aún teniendo en cuenta que ahí es donde podemos empezar a materializar la responsabilidad social de los museos. Las redes sociales permitirían a los museos convertirse en *influencers*, pero hay que tener una visión crítica e ir más allá de lo anecdótico. Y, además, las redes bullen de opiniones y críticas, pero desde los museos, desde las Administraciones públicas, tenemos miedo a la posible respuesta de los usuarios, a que haya más críticas contra la institución o a que se nos vaya de las manos el tema y ofendamos a alguien, o a que remuevan a alguien de su asiento.

A modo de ejemplo, cuando montamos la exposición sobre transgénero, hubo críticas por abordar «ese» tema desde un museo nacional, también nos acusaron de apología de la «ideología de género» (no tenía ni idea de lo que era, pero la acusación me ha permitido seguir profundizando en el tema, muchas gracias desde aquí a aquel señor).

¡Ah!, y también insinuaron que nos beneficiábamos de las «ayudas» (sic) del Estado para hacer ese tipo de exposiciones (eso sí que me pareció cómico; si supieran con cuánto dinero se monta una exposición en un museo modesto...), pero no pasó nada; por el contrario, el apoyo de casi todos los compañeros de museos fue extraordinario.

Perdamos entonces el miedo. Sabemos qué es lo que hay que hacer. ¿De verdad tenemos que permanecer impasibles ante las injusticias o situaciones que nos rodean? ¿No podemos ayudar a entresacar las lecciones y experiencias del pasado o de otras formas de entender el mundo para tratar de mejorar el presente? ¿No respondería eso directamente a la responsabilidad social? ¿Y no tenemos a nuestro alcance las redes sociales para ello? Es cierto que algunos directores de museos e intelectuales fueron cesados por apoyar un manifiesto en contra de la guerra de Irak o la guerra del Golfo en 1991, y eso a algunos les impone... ¿Represalias contra uno por expresar lo que piensa en un Estado democrático? Yo creo que un museo no puede ser aséptico, y no me refiero a apoyar causas indiscriminadamente, sino simplemente a que desde los museos debemos apoyar la Declaración de Derechos Humanos, contribuir a la extensión de la libertad, la justicia y la paz en el mundo (y no es un discurso para Miss Universo), y darle otro uso al patrimonio, además del suyo propio.<sup>1</sup>



**Figura 4.** Los museos pueden aportar luz en momentos de oscuridad. Actividad de la Noche de los Museos en el Museo de Altamira. Fotografía del Museo de Altamira.

**Contextos.** Lo anterior, por supuesto, no implica desatender lo tradicional del museo. Claro que siguen interesando las colecciones en sí, los autores, las biografías, las culturas, las relaciones... Las redes quizá permiten enlazar más y mejor y «explicar» más allá de lo que uno ve para entender algunos de los sentidos de las obras en relación con los tiempos, pero, claro, en 280 caracteres es casi imposible. Por tanto, para algunos temas, quizá deba cambiar la forma, si no el medio... Los hilos son una vía, y están muy bien, son cortos, pero pocos seguidores llegan al último (al menos esto es lo que sugiere el número de *likes* progresivamente en disminución). En el teléfono, desde luego, leer un texto de mayor longitud es realmente incómodo y, dado que nos dirigimos a los nuevos usuarios conectados por sus *smartphones* al museo, es evidente que el medio será ese, así que la forma quizá tenga que ser otra.

<sup>1</sup> Si me lo permiten, aprovecho para incluir un poquito de publicidad adicional (ya lo he colgado en mis cuentas de Twitter y Facebook, sí, soy un antiguo, aún tengo Facebook): <https://www.culturaydeporte.gob.es/museodeamerica/actividades2/encuentros-y-celebraciones/dia-internacional-museos-2020.html>

**Más allá del trabajo en equipo, la creación colaborativa.** Tenemos mucho que aprender de los músicos, cantantes y artistas que crearon fantásticos videos colaborativos, cada uno desde su casa, con los que nos entretuvieron y animaron generosamente durante el confinamiento. Y sonaban como si fueran uno, porque actuaban al unísono, ya que, a pesar de tener estilos diferentes, todos ellos son músicos o cantantes. ¿Y los museos? Estamos aprendiendo... Cada museo hace lo que puede, pero da la sensación de que, en el fondo, no tenemos conciencia de unidad, no hay conciencia global de museo (sí, probablemente, con suerte hay una conciencia interna de cada institución que se basa más en las buenas relaciones interpersonales, cuando las hay), y de que existe una competencia por captar usuarios, no solo en relación con otros espacios de ocio, sino entre los propios museos, incluso en las redes sociales. ¿No estaría bien trabajar más en común? Y no digo para *Museum Week*, Día Internacional de los Museos (DIM) del International Council Of Museums (ICOM), *Gastrofestival* u otras iniciativas externas..., digo desde los museos estatales, por ejemplo. Parece que ya se ha dado comienzo a este tipo de iniciativas: este texto es parte de una de ellas, y también lo es la participación colectiva en un proyecto del Museo Nacional de Escultura, de Valladolid. Es hora de romper las barreras conceptuales y temáticas de los museos y trabajar conjuntamente.

**Planificación de objetivos.** Me van a perdonar de nuevo (aunque sé que no tengo perdón y asumiré mi penitencia), pero desde fuera se tiene la sensación de que confiamos en que se produzca el «efecto mariposa» del *post* que hemos colgado, suponiendo que lo van a leer, retuitear y llegará a cientos (o miles) de personas, y que, de ellas, muchas se interesarán por hacer la visita física y se producirá un retorno de algún tipo para el museo. ¿Es posible que esto suceda? ¿Quiénes están al otro lado? ¿Qué es lo que realmente quieren de nosotros? El acceso a las redes de los museos pequeños suele ser limitado y su repercusión, por tanto, también. Quiero decir que los usuarios que se suscriben a alguna de las redes en realidad lo hacen porque ya están interesados en el museo, y procuramos despertar el interés en aquellos que no lo están (aún), pero que son realmente escurridizos.

Vamos, que al final sí que va a ser cuestión de números, pero ¿cuánto tiempo puede estar un usuario medio consultando las redes sociales institucionales al día desde su *smartphone*? Teniendo en cuenta que, además de las redes institucionales, seguramente está suscrito a blogs, Twitter o cuentas de Instagram de particulares relacionados con los temas personales o profesionales, en realidad la cantidad de tiempo dedicado seguramente sea muy alta, pero al dividirla entre unos y otros no tocamos a tanto, no tocamos a casi nada, ¿unos segundos, un minuto, tres? Seguro que se han hecho estudios al respecto, pero los desconozco (lo sumaré a mi penitencia anterior). Y me planteo una duda: ¿no nos preocupa un poco volcarnos en fomentar esta dependencia de la tecnología del *smartphone* que se ha calificado como enfermedad del siglo XXI? Es como el fomento del juego. Vale que el Estado obtiene beneficio de todo tipo de loterías, pero a mí me parece que no es necesario hacerlo, e incluso estaría bien si fuera un poco menos... Apoyamos la «reddependencia». De todas formas, creo que hay tanta información en redes que me pierdo..., pero es que yo soy un antiguo, ya lo he dicho (*hashtag* #soyunantiguo).

Un último escalofrío a modo de conclusión, y ya no les entretengo más. Da un poco de vértigo pensar hacia dónde nos dirigimos, más que nada porque hay un vacío o es un terreno desconocido. El público habitual del museo va a variar, sin duda, y en cualquier caso va a disminuir. Quizá se recupere en algún momento, pero, mientras tanto, el museo deberá pensar sus estrategias y, sobre todo, no frustrarse ni castigarse por ello. Es momento para retomar una vieja idea: procurar satisfacer la experiencia real (física) del usuario que acuda al museo. Vamos a pensar cómo hacer esa visita inolvidable para el usuario que decida venir. Seguramente, el nuevo visitante lo apreciará, porque tendrá realmente interés en acudir al museo a pesar de todas las circunstancias y no realizar una carrera de fondo, sino un placentero paseo en contacto con el patrimonio.



Figura 5. *Nosce te ipsum*. Frontón del edificio del Museo Nacional de Antropología, Madrid. Fotografía del Museo Nacional de Antropología.

Y en el mundo virtual sigamos explorando... Este texto no pretende ser una crítica a lo que se hace, solo una reflexión de cara al futuro, pues tengo la sensación de que falta perspectiva y algo de contenido, falta conversación/participación y cercanía (porque evidentemente falta personal y falta tiempo a los que se dedican a ello, que bastante hacen con las condiciones que tienen), pero faltaría un sentido o un objetivo, aunque quizá exista y soy yo quien no lo percibe, tal vez sea yo quien ha perdido de vista la «esencia» del museo.

Podemos seguir colgando juegos, preguntas, puzles, fotos o comentarios según van surgiendo, pero es posible que el museo deba procurar algo más que entretener y rellenar los segundos o minutos de ocio libre que quedan en las redes sociales. Educar (culturizar) suena aburrido (¿no han sentido también otro escalofrío?), y seguramente se hace, pero disimuladamente, para no espantar al usuario.

Ahora, en este nuevo paradigma en que nos encontramos, y gracias al Museo Nacional de Antropología, que ha propuesto esta iniciativa, voy a concluir justamente con la frase que está grabada en el frontón del edificio de este museo neoclásico: *Nosce te ipsum* 'conócete a ti mismo'. Los museos ¿nos conocemos a nosotros mismos? ¿Sabemos dónde está nuestra esencia? Conocer es la clave, dentro y fuera de la institución, reflexionar en equipo, colaborar en la creación de contenidos colaborativos y ayudar a crear una conciencia crítica en la sociedad. ¿Museología crítica? No sé..., creo que igual lo que me pasa es cosa ya de la edad o del confinamiento.

En Madrid, en el quincuagésimo octavo día de confinamiento. Año de 2020.

Publicado en la sección *Antropología para momentos críticos* de la web del Museo Nacional de Antropología el 14 de mayo de 2020.

# Yo me quedé en casa. Reflexiones para unos nuevos museos... y quizás un nuevo mundo

Paloma Muñoz-Campos

Museo Nacional de Artes Decorativas  
paloma.munozcampos@cultura.gob.es

Una crisis global. Tres palabras que ya estaban en muchos textos antes del 14 de marzo de 2020. Podía ocurrir. Estábamos sometiendo al planeta y a sus habitantes a duras pruebas de desprecio y antisolidaridad. El planeta nos avisaba. Desde muchas partes del mundo cercano y lejano, las personas más próximas a los más desfavorecidos también nos trasladaban su alarma. Pero no hacíamos caso.

Nunca imaginamos que la crisis tendría estas dimensiones, estas implicaciones, tantas muertes en el portal de al lado y tantos «efectos secundarios».



Figura 1. Instalación de la exposición *Pausa: diálogos desde el módulo 10* (MNAD). Fotografía del Museo Nacional de Artes Decorativas.

Ha empezado una primavera muy diferente. Las flores que no hemos podido ver brotar de cerca y los pájaros que escuchamos cantar, aparentemente ajenos a nuestro encierro, se preguntan: «¿por fin parece que vais a daros cuenta de lo que realmente es importante?».

¿Hemos aprendido algo? Yo creo que estamos aprendiendo mucho. Ya casi nada es, ni será, como antes. Y yo no quiero volver a aquella normalidad.

Desde los museos, que hemos hecho ABIERTOS A TODOS, y que tienen que estar cerrados a todos una buena temporada, queremos hacer que el mundo cambie. Y, para ello, nosotros tenemos que cambiar cosas. Tenemos que cambiar cómo y cuándo las hacemos. Para seguir en el camino que hace unos años empezamos a transitar, hacia un NUEVO MUSEO que sirva, de verdad, para dar y recibir, para hacerlo entre todos, para poner al servicio de esas interacciones nuestras energías, nuestro tiempo, «nuestras» maravillosas colecciones y «nuestros» espacios, que, aunque exiguos, se hacen elásticos y crecen con nuestra voluntad de hacerlos DE TODOS también.

Cada día, se suceden a nuestro alrededor pequeñas oportunidades para mejorar. Durante la crisis, estamos asistiendo a miles de acciones solidarias de seres anónimos y conocidos. Hoy se nos presenta una nueva oportunidad.



**Figura 2.** Instalación de la exposición *Cicatrices* (MNAD): un árbol formado por los mensajes de los visitantes a la muestra. Fotografía del Museo Nacional de Artes Decorativas.

HOY, inmersos en una crisis sanitaria sin precedentes, con consecuencias difíciles de prever, se nos presenta en los museos la oportunidad de hacer las cosas de otra manera. «Extraer lo positivo de las experiencias duras» siempre ha sido una máxima útil en la vida. Pero hoy, más que útil, siento que es la única salida.

Porque HOY, en los museos —como también en casa y en la calle—, se nos ofrece en bandeja de plata (o de polietileno higienizado) la ocasión de excavar las buenas enseñanzas y generar buenas —MEJORES, MÁS PAUSADAS— prácticas para enfrentarnos a los retos del día a día en los próximos años. Cosas que ayer acaso nos parecían urgentes pasan a segundo plano. Y el tiempo que eso ha liberado podemos emplearlo en tareas que no podíamos hacer antes, o más bien que no hacíamos antes, enfrascados en atender a veces lo inmediato antes que lo importante. Estoy segura de que en todos nosotros están brotando nuevas ideas que querríamos aplicar en el futuro.

Siento que tenemos que volver a establecer las prioridades. Este frenazo en seco nos obliga a replantearnos el orden de las cosas.

Queremos la calidad frente a la cantidad. ¿De qué está hecha esa calidad?

Hemos de volver a definir cuáles son las dianas de nuestras «flechas cargadas de intención». ¿Quiénes necesitan más nuestros mensajes? ¿Quiénes merecen ahora más muestras de agradecimiento? ¿Quiénes precisan de nuestros canales privilegiados para la transmisión de los valores que nos ayuden a construir un mundo mejor?

Comparto a continuación con vosotros, lectores y lectoras, algunas posibles respuestas a esas preguntas para vuestra consideración:

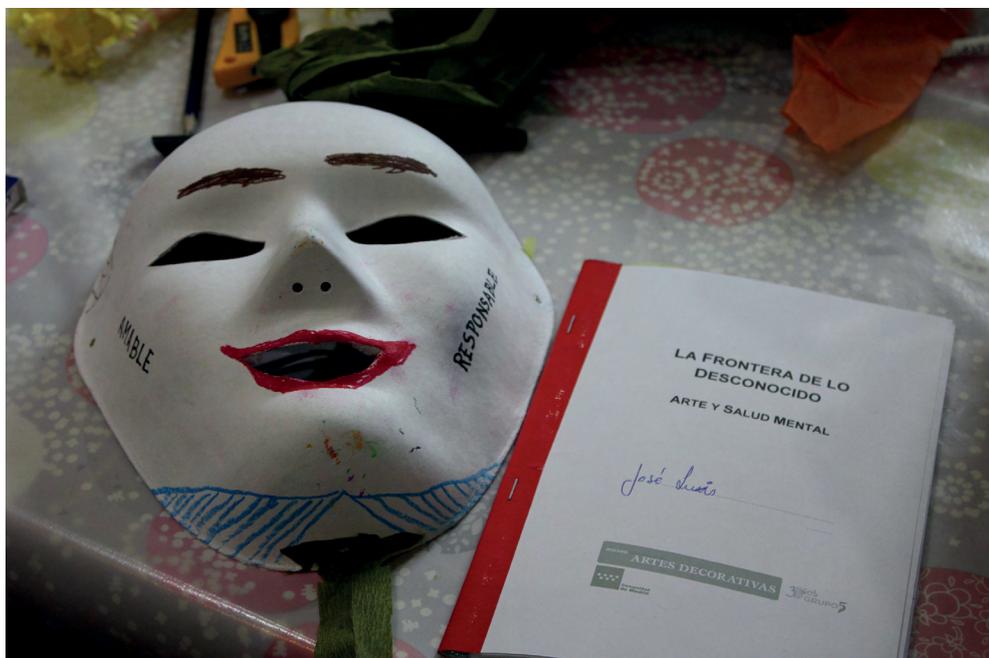


Figura 3. Una máscara de la exposición *La frontera de lo desconocido: arte y salud mental* (MNAD). Fotografía del Museo Nacional de Artes Decorativas.

1. Debemos potenciar lo que ha funcionado y no puede dejar de hacerlo:
  - El trabajo en educación, sobre todo para lograr que la gente más joven valore la importancia de la memoria y la capacidad crítica, y se forme para volcar su creatividad donde se necesita.
  - El trabajo en salud, pues el COVID-19 y su confinamiento adjunto ha demostrado, de un modo nunca antes tan claramente visto, que la cultura que los museos custodiamos también contribuye a la salud de las personas, mejorando la calidad de vida de todos, en especial de aquellos con necesidades especiales y en riesgo de exclusión. En particular, debemos afianzar nuestra relación con un segmento social al que hemos descuidado, como bien ha revelado el virus: nuestros mayores.
  - El trabajo en prevención, mejorando nuestro sistema documental como primera medida de salvaguarda de las colecciones, y avanzando en unos hábitos de conservación preventiva y en museografías cada vez más sostenibles.
  - El trabajo en memoria, porque aprender de lo que hemos hecho mal y de lo que hemos logrado hacer bien en el pasado, reconocer lo que nuestros mayores han aportado a lo que somos hoy y aprender de todo ello nos ayuda a trazar el camino.



Figura 4. Encuesta entre el público de *Reflejos desde el arte* (MNAD). Fotografía del Museo Nacional de Artes Decorativas.

2. Debemos acrecentar nuestra capacidad de comunicación en la red. Tenemos valiosas ideas para la mejora de nuestras webs y otros canales de comunicación. Pongámoslas en marcha.
3. Debemos potenciar nuestra fuerza de equipo, fortaleciendo el trabajo con las redes externas y dejando los egos aparcados para pensar y decidir juntos. La hoja de ruta que nos ofrecen los Objetivos de Desarrollo Sostenible (ODS) de la Agenda 2030 es una oportunidad ÚNICA para contribuir a cumplir muchas de las 169 metas planteadas en los diez años que nos quedan, que hoy debemos tomar como un regalo del planeta que no podemos desperdiciar.

4. Debemos promover y «airear» comportamientos y hábitos solidarios: reconocer la labor de los sanitarios, la actitud de los donantes y las buenas prácticas sostenibles en nuestro día a día: contar con qué y cómo estamos contribuyendo a cuidar el entorno cercano y lejano en el que vivimos, sin olvidar que los humanos estamos en él de paso.

Muchas cosas tienen que cambiar en todos los ámbitos de nuestra sociedad, en la actitud de nuestros políticos hacia la honestidad, en los cuerpos gestores de nuestras Administraciones públicas, en la generosidad de los «productores del conocimiento» también.

Pero los cambios nunca fueron duraderos hasta que las personas de a pie no los hicieron suyos. Nuestros hábitos contagiarán a otros. Desde nuestra humilde pero poderosa tarima (reutilizada, por supuesto), podemos hacer que las cosas cambien.



Figura 5. Presentación del encuentro sobre museos y sostenibilidad, celebrado en el MNAD en diciembre del año pasado. Fotografía del Museo Nacional de Artes Decorativas.

Publicado en la sección *Antropología para momentos críticos* de la web del Museo Nacional de Antropología el 21 de mayo de 2020.

# Morir para renacer de nuevo. La cultura en una nueva era<sup>1</sup>

Alicia Vallina

S. G. de Publicaciones y Patrimonio Cultural del Ministerio de Defensa

aliciavallinavallina1@gmail.com

La digitalización no es una novedad en el mundo de la cultura. Los cambios sufridos en los últimos años han transformado parcialmente el modo de acceder a buena parte de estos recursos culturales, y a su vez se ha implantado una tendencia a la globalización en el consumo de contenidos. Esto supuso un cambio significativo, un nuevo esquema constructivo que nos abrió a la espontaneidad, a la crítica y a la democratización. Sin embargo, nos encontramos ante una nueva vuelta de tuerca: un mundo sin fronteras que, paradójicamente, nos encierra como individuos, evitando el encuentro físico con el otro.<sup>1</sup>

El modo de consumir cultura cambiará de forma considerable a partir de ahora. Si hasta hoy convivíamos confortables quienes preferíamos observar los muros centenarios de los museos, herederos de un pasado casi olvidado, con quienes los visitaban a golpe de ratón ampliando cada obra hasta lograr captar sus más leves pinceladas, la creación de un amplio espacio de cultura digital alcanzará en un breve espacio de tiempo cotas inimaginables hace unos meses. El cambio no será más gradual. Y el arte, la literatura, el teatro, la música o el cine deberán reinventarse de nuevo sobre los rescoldos de sus fatuas cenizas.

La inmediatez de la digitalización requerirá de contenidos cada vez más actualizados, más novedosos, y de una oferta de servicios variados y atractivos. En todo este proceso, las mentalidades de los seres humanos deberán adaptarse, modificarse sustancialmente para no quedar excluidos, aislados. Por ello, debemos ser generosos con quienes no sean nativos digitales o con quienes no puedan acceder a recursos tecnológicos, y conformar estrategias que les permitan convertir el riesgo de exclusión en una potencial arma de inclusión en un mundo globalizado. De este modo, las instituciones culturales deberán, hoy más que nunca, promover la convivencia pacífica, la tolerancia y el respeto, favoreciendo el diálogo social y la participación activa del ciudadano. Para ello, deberán actuar como espacios de unión, de encuentro, donde se muestren historias plurales que garanticen la identidad de los grupos sociales y de los pueblos.

---

<sup>1</sup> Versión revisada y ampliada por la autora del artículo: VALLINA, A. (3 de abril de 2020): «Morir para renacer de nuevo. La cultura en la era tecnológica». *La Nueva España*. Recuperado de <https://www.lne.es/>

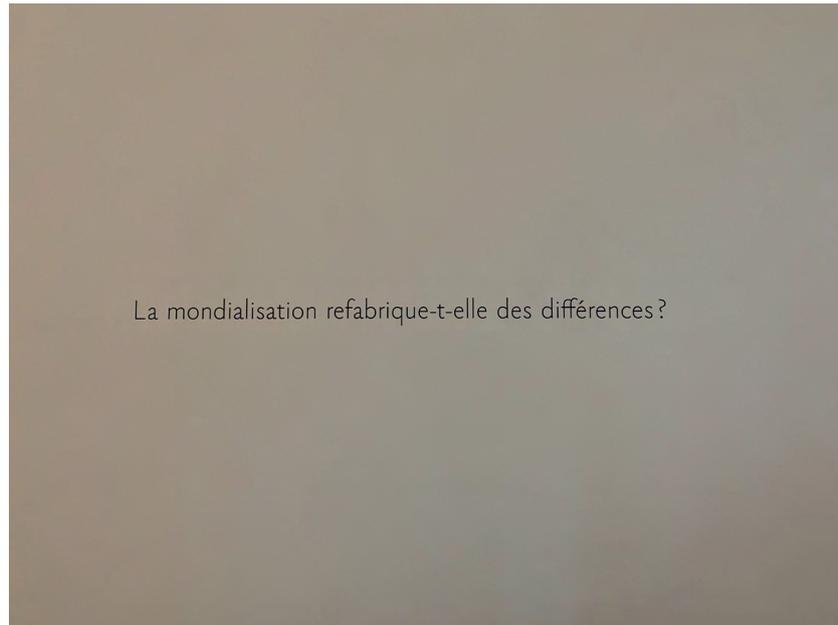


Figura 1. *¿La mundialización refabrica las diferencias?* Museo del Hombre (París). Fotografía de Alicia Vallina.

El museo, si quiere participar activamente en la configuración de una sociedad más democrática, deberá favorecer comportamientos de solidaridad y diálogo intercultural, atendiendo a las demandas de la ciudadanía y consolidando valores como la tolerancia, la empatía y la libertad de colaborar en la construcción de la sociedad por la que queremos y necesitamos transitar.

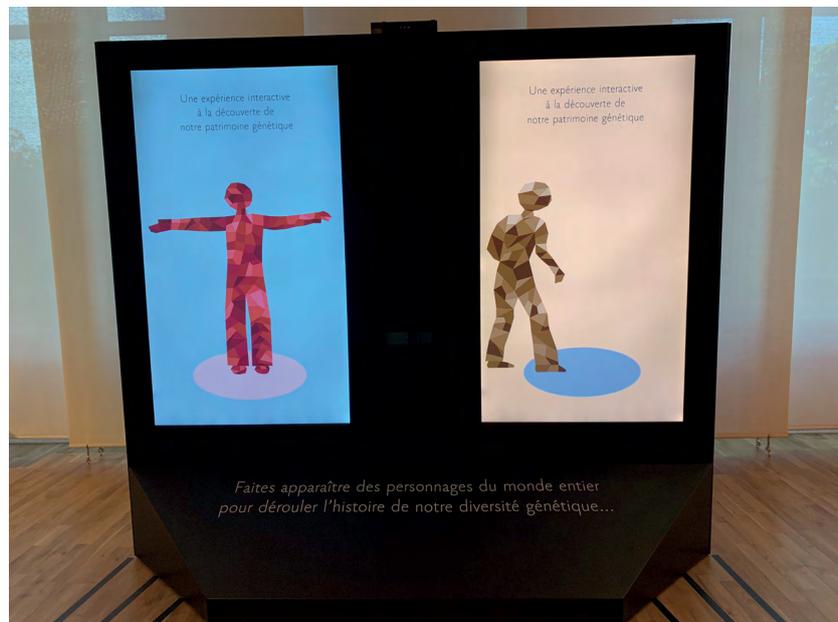


Figura 2. Experiencia interactiva para descubrir nuestro patrimonio genético. Museo del Hombre (París). Fotografía de Alicia Vallina.

Todos los profesionales hemos de estar atentos, hoy más que nunca, a los intereses de los consumidores culturales, y romper las barreras físicas que delimitan nuestras inquietudes. Los inconvenientes seguirán existiendo y aún seguiremos siendo muchos los nostálgicos que preferiremos el olor y el tacto de las hojas de papel de un libro aún por descubrir. Sin embargo, en pocas décadas esta sensación apenas será un recuerdo en la mente de los más viejos. Solo un momento perdido en el tiempo, como una lágrima mezclada con la lluvia.

Pero, a pesar de todo ello, las artes encierran una cualidad no compartida con ninguna otra rama del saber. Logran que el ser humano alcance las más altas cotas de felicidad a través de la contemplación de la belleza. Cuando escuchamos una partitura, observamos una pintura o tratamos de comprender las motivaciones de un personaje literario, teatral o cinematográfico, superamos nuestro apego individualista natural y buscamos la comprensión, la identificación con cualidades superiores que nos alejan de la mezquindad y nos acercan a lo divino a pesar de no poder rozarlo.



Figura 3. Obra de Ivan Zamurovic. Covid Art Museum. Fuente: @zamurovic.photography

De este modo, cuando ya no podamos visitar en masa las grandes exposiciones de los más importantes museos, cuando no podamos abarrotar los teatros, las salas de cine o los conciertos, tendremos la oportunidad de volver a encontrarnos con nosotros mismos. Esa será la mejor de las noticias, el que podremos alcanzar la felicidad a través del encuentro personal y único con la grandeza del otro sin más voces que las de ambos. Esa será a la vez la gran paradoja de este nuevo mundo que ha explotado ante nuestros ojos sin un proceso de años, de siglos: el abrirnos al conocimiento ilimitado a través de nuestra propia individualidad. Algo que nos conducirá inexorablemente a una mayor comprensión del otro, convirtiéndonos, ojalá, en seres más empáticos, generosos, creativos.

Durante estos días de confusión y de cambios, una de las cuestiones más importantes sobre las que debemos reflexionar, en mi opinión, es si esta situación excepcional nos ha cambiado en algo. Si lo ha hecho, ¿en qué ha sido? Además de convertirnos en consumidores y creadores de contenidos en red, ¿estos contenidos han servido para establecer vínculos positivos, honestos, generosos y en libertad con el otro?

Los ejemplos actuales de moralidad tienen mucho que ver con lo que el desaparecido ensayista Juan Cueto (1982) definía como «mitologías de la modernidad». La ciencia, la tecnología, la eterna juventud, el culto al cuerpo, la idolatría, lo lúdico como ideal de la vida social, el Estado-espectáculo o el *show* político son solo algunos de estos viejos/nuevos dogmas, que ya no buscan el perfeccionamiento, sino únicamente el progreso. Este, abierto siempre a la colaboración y a la cooperación, favorecerá sin duda el desarrollo del ser humano, y permitirá la aceptación de sus errores con sabiduría y humildad, sacudiéndose de encima la arrogancia y obstinación natural que nos oprimen. De este modo, empleando la cultura, podremos interpretar las reglas de la vida, actuando acorde a nuestras limitaciones, siempre desde la sensatez y desde la comprensión profunda del valor de las cosas.

La cultura es uno de los grandes significados de la vida. Sus habitantes, nosotros, vagamos, muchas veces, como el viento desorientado en busca de alojamiento. Igual que los personajes de las obras de Marc Chagall. Sin anclar, vacilando por el espacio en busca de contenidos que den sentido a nuestra búsqueda. Nada nos pertenece más que el esfuerzo incesante por alcanzar esa felicidad que ha de nacer del alma.

El miedo es inherente al ser humano. Cuando cae el telón del mundo conocido, lo vasto del vacío nos engulle, nos devora. Pero, implacable, la vida comienza de nuevo. La oportunidad de explorar una libertad distinta con la alegría de saber que quizá nos haga mejores, siempre distintos.

## Bibliografía

VALLINA, A. (3 de abril de 2020): «Morir para renacer de nuevo. La cultura en la era tecnológica». *La Nueva España*. Recuperado de <https://www.lne.es/>

CUETO, J. (1982): *Mitologías de la modernidad*. Barcelona: Salvat.

Publicado en la sección *Antropología para momentos críticos* de la web del Museo Nacional de Antropología el 28 de mayo de 2020.

# Comunicar el museo en tiempos de crisis

Paloma Sánchez y Ángel Villa

paloma.sanchezg@cultura.gob.es

angel.villa@cultura.gob.es

## 1. No hemos inventado nada

En 1953, el fotógrafo Maurice Jarnoux realizó una serie de fotografías para la revista *Paris Match* en las cuales se mostraba a André Malroux, primer ministro de Cultura francés, frente a un gran mosaico de fotografías de obras de arte extendidas por el suelo de su vivienda. Una «metáfora icónica» del concepto de «museo imaginario» de Malroux, un museo sin muros en el cual el espacio o la geografía carecían de importancia. Un museo realizado por cada persona en su casa a partir de su propia subjetividad y que liberaba las obras de las necrópolis en las que se habían convertido algunos de los museos reales, que aun así consideraba el lugar más adecuado para los originales, a fin de evitar su encarcelamiento en las casas de los coleccionistas (Malroux, 2017, pp. 107 y 193). En 1947, año de la primera edición del *Museo Imaginario* de Malroux, aún no se atisbaba la explosión de las nuevas tecnologías (ni por supuesto del entorno digital) y no se habían cumplido ni dos años del fin de una Segunda Guerra Mundial que había devastado su país. Pero tampoco era nada nuevo. El *Theatrum Pictorium* de Teniers (1660) o los grabados de Goya que reproducen las principales pinturas de Velázquez en el Palacio Real (1778) ya trasladaban las obras de arte a otros lugares, permitían crear, a quienes tenían la suerte de adquirir el libro o los aguafuertes, un pequeño museo particular. Cuando en 1960 la Unesco aprobó su recomendación para hacer los museos más accesibles, una de las instituciones españolas más activas a la hora de ponerla en marcha fue el Museo del Pueblo Español, que se encontraba cerrado. Y las guías de museos de Gaya Nuño fueron, también por aquella época, el único acceso de muchos ciudadanos españoles a dichos espacios, en un momento con una movilidad mucho más reducida que la actual.

Sí, la llegada de las TIC y la eclosión digital han creado una nueva forma de comunicar los museos. Pero este cambio ha afectado más a la forma que al fondo. Hizo la comunicación más global (para todo aquel que disponga de soportes digitales, que tampoco es, ni de lejos, todo el mundo). La empujó a la instantaneidad (lo que a veces nos lleva, lamentablemente, al cortoplacismo y a las estrategias efímeras). Y la obligó a amoldarse a un lenguaje determinado, el de los usuarios digitales, que no siempre conjuga bien con el de las instituciones que lo utilizan. Pero, a fin de cuentas, el objetivo siguió siendo el mismo: acercar el museo a alguien que no está físicamente en él. Con dos fines primordiales: que lo que le contamos motive su visita física, pero también, y sobre todo, le sirva para entendernos. Comunicar, en resumen, nuestros fines y objetivos, nuestra razón de ser; reflejar nuestra identidad. Pero, y partiendo de ello, quizás sea el momento de dar un paso más. Aprovechar lo que Manuel Castells (2006) denomina como «sociedad red», poniendo en relación lo local con lo global, intentando utilizar la tecnología como elemento de cohesión social, de cooperación. Ser conscientes de que todas y todos formamos parte de esa red, pero que su uso debe ser responsable y coherente con los fines y funciones de instituciones culturales como los museos.

## 2. Los museos y su realidad digital en tiempos de COVID

Las medidas tomadas para tratar de parar la expansión del COVID-19 han conllevado el cierre de nuestros museos. Y lo han hecho en un momento en el cual nuestros visitantes físicos no habían parado de crecer en los últimos años. La globalización, la sociedad del estado de bienestar y del turismo cultural o el aumento progresivo de la movilidad entre los países denominados «del primer mundo» han provocado en las últimas décadas que, curiosamente, mientras nacían las plataformas digitales que nos permitían comunicarnos más y mejor desde la distancia, los visitantes «tradicionales», los que recorren nuestras salas, no hayan dejado de aumentar. Este dato no solo se refleja en nuestras cifras de taquilla, también en las digitales: Google Analytics nos advierte de que más de la mitad de las consultas a nuestras páginas están relacionadas con acudir en persona al museo: información general sobre horarios, actividades o exposiciones temporales es lo más buscado. En plena era digital, el interés por el contacto real cada vez es más notorio. Lo cual es importante, porque a fin de cuentas lo que nos diferencia de leer un libro o ver una película es esa cercanía, la posibilidad que tiene nuestro patrimonio de transmitir información *in situ*, de emocionar.

Si fuese lo mismo un museo físico que uno digital, hace tiempo que habríamos cerrado definitivamente. Ninguna tecnología puede (y menos mal) sustituir los sentimientos que afloran la primera vez que se ve un Velázquez «en directo», o cuando un niño descubre la máscara bijago con forma de cabeza de toro. Y por ello esos lugares, nuestras salas, siguen siendo el espacio más propicio donde comunicar. Lo cual no significa que quienes llevamos las riendas del «caballo digital» no seamos importantes, por supuesto. De la capacidad de servir de altavoz de la razón de ser del museo, de hacerlo visible, de propiciar que nuestro mensaje llegue a quien no nos puede visitar también depende nuestro futuro. El mejor museo del mundo tendría muy difícil subsistir si es invisible. Nuestra primera línea comunicativa está muy relacionada con nuestra «marca» (tomando la parte positiva de la definición), que corre por la red de redes y por los medios de comunicación tal y como nosotros la diseñamos. De esa imagen pública, aún muy relacionada con nuestra realidad física, de saber convencer a nuestra comunidad, tanto la más cercana como la digital, depende el devenir de nuestras instituciones.



Figura 1. Logo creado para la conmemoración del 145 aniversario del Museo Nacional de Antropología.

La segunda línea comunicativa del museo actual, la que no se basa tanto en la mera conversión de nuestra realidad física en digital como en generar nuevos contenidos solo posibles gracias a la red de redes, fue la que tomó más relevancia durante el confinamiento. El estar cerrados físicamente durante esta crisis nos ha obligado a estar más abiertos que nunca de forma digital. A duplicar esfuerzos, a ser más creativos. A sustituir un insustituible paseo frente a nuestras colecciones, una actividad educativa frente a nuestras obras. A intentar, a través de la cultura, que el confinamiento

fuese un poco más llevadero en cada una de las casas de nuestros «seguidores». Ha supuesto un reto mayúsculo, pues el esfuerzo ha sido compartido por todas las instituciones culturales, y a veces ha sido complicado encontrar un nicho propio, algo diferente de lo que estaban haciendo los demás, actividades a través de las cuales se trasladen las características que nos hace a cada museo único. Y, por encima de todo, que permitiese a nuestra comunidad participar. En esta misma publicación de *Anales* se puede leer otro interesante artículo que trata este tema desde un plano más teórico, el de Andrés Gutiérrez Usillos.<sup>1</sup> Los museos, debido a nuestra naturaleza intrínseca, nos olvidamos a veces de mirar más allá de nuestro ombligo repleto de colecciones. Paradójicamente, nuestra principal razón de ser, las colecciones, a veces también nos encadena. Estar cerrados supuso una oportunidad para potenciar otra faceta que en las últimas décadas ha ido creciendo dentro de nuestros muros: la de servir de medio mediante el cual la sociedad pueda expresarse. Y más en un museo de antropología, dedicado al ser humano, a la condición humana, como el nuestro. Además de «contar cosas», los museos deben acostumbrarse a que su comunidad hable a través de ellos. Y más en momentos de crisis y de ansiedad como este (aunque quizás habría que preguntarse si en algún momento hemos dejado de estarlo en el último siglo, pero ese es otro tema). Y para ello el entorno digital ofrece múltiples posibilidades. Además de crear visibilidad desde dentro del museo hacia el exterior, los responsables de la comunicación de los museos debemos utilizar la tecnología para darle la vuelta a esa visibilidad, para conseguir que a través de nosotros nuestra comunidad pueda expresarse y ser escuchada.

Compartir la visión de los micromundos que se generaron estas semanas fue una de nuestras prioridades desde el mismo día que se decretó el estado de alarma, al margen de que también siguiésemos comunicándonos por medio de otros formatos «más tradicionales». No nos hemos limitado a trasladar de forma digital las colecciones del museo a las casas donde tenía lugar el confinamiento, sino que, intentando echar abajo definitivamente los muros a los que se refería Malroux, hemos querido convertir también en pequeños museos esos hogares. Ser, por una vez, nosotros el público al que se le explica el patrimonio, ese patrimonio cercano que incluso quizás esté tan cargado de memoria y de identidad como el nuestro. Tanto el material como el inmaterial.

### 3. El museo es vuestra casa

Como ejemplo de todo ello, no podemos dejar de contar lo que ha supuesto para nosotros el lanzamiento de varias campañas a través de nuestros perfiles en redes sociales: *Patrimonio cercano* y *Ventanas al mundo*. Cada una de ellas va destinada a un público y tiene un objetivo, pero el trasfondo es el mismo. Más allá de generar una interacción bidireccional con los seguidores, nos proponíamos que el público contase, desde distintos puntos de vista, cómo ha vivido el tiempo de confinamiento. Con *Patrimonio cercano*, queríamos que nos relatasen con qué objetos, presentes en sus casas, han desarrollado un vínculo, sea por el motivo que sea, funcional, emotivo... Explorando, además, la relación entre patrimonio e identidad, presente tanto en los museos de antropología, como el nuestro, como en nuestras casas. *Ventanas al mundo* ha supuesto un relato más personal, dar a conocer las distintas realidades del confinamiento de quien ha querido compartirlo con nosotros, como dónde hemos vivido durante estas semanas de estado de alarma. Su continuación, *Nueva cotidianeidad*, invitó a esas mismas personas a mostrar cómo nos íbamos incorporando a un mundo que, debido a la pandemia, había cambiado.

La tarea no ha sido fácil. Conseguir una activa participación nunca es sencillo, al menos en instituciones modestas como la nuestra. Detrás de cada una de las aportaciones que recibimos hay

<sup>1</sup>En esta misma publicación, el artículo de Andrés Gutiérrez Usillos, «Enredándonos en las redes».

llamamientos múltiples y los denominados «participantes cautivos», un amigo o conocido (a veces nosotros mismos), al que le pedimos que nos mande un vídeo o una foto que sirva como pistoletazo de salida. Luego, de ahí, al «participante espontáneo». Pero, dejando de lado los aspectos más técnicos, entremos en materia.

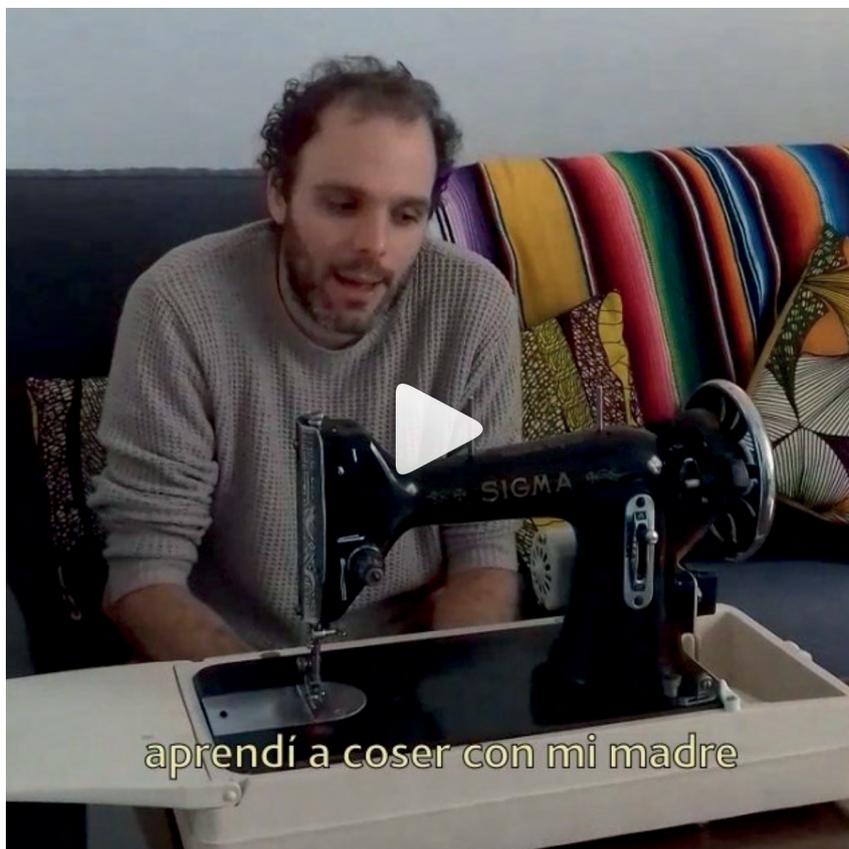


Figura 2. Captura del vídeo de David en #PatrimonioCercanoMNA. Fuente: [https://www.instagram.com/museo\\_nacional\\_antropologia](https://www.instagram.com/museo_nacional_antropologia)

Ya hemos contado el objetivo de *Patrimonio cercano*: saber con qué objetos desarrollamos una relación o vínculo especial, motivado por una situación excepcional, como la que hemos vivido (y aún estamos viviendo) en los últimos meses. Hemos encontrado relatos muy personales, vínculos afectivos con objetos motivados por el recuerdo de una persona, de una experiencia, de un viaje o de una rutina que nos hemos visto obligados a detener. De ahí la bicicleta, el brazalete de capitán, la caja con recuerdos de los viajes, el sombrero, las piezas compradas en Chile o el planisferio con el que veíamos el cielo lleno de estrellas en Asturias. Y muchos más. Son las reflexiones que hemos leído y visto, y que hemos hecho cada uno de nosotros sobre lo que supone en nuestras vidas estar confinados en casa. Otro tipo de reflexiones las vemos desde un punto de vista más práctico, qué objetos se han vuelto imprescindibles en nuestras vidas o cuáles han sido todo un descubrimiento de la mano del desarrollo de nuevas aficiones: la olla exprés, el *router*, una pelota con la que entretener a nuestros hijos. Y, rizando más el rizo, otros objetos que se han visto obligados a reconvertirse en «tiempos de coronavirus»: el sofá que se hizo parque cuando no podíamos salir o el muro que sustituyó al banco en el que nos apoyábamos para leer en la calle.

La experiencia ha sido desde luego satisfactoria. Hemos conocido más y mejor a la sociedad y hemos explorado una nueva dimensión de la relación entre patrimonio e identidad, llevada hasta nuestros hogares. Ha sido una manera de ejemplificar cómo un objeto en nuestras casas, y una pieza en un museo, adquiere valores identitarios dependiendo de la persona, o de la cultura, que lo posea. De la misma forma que para Alfonso su sombrero posee un valor de identidad y pertenencia cultural (como para Ginesa su bicicleta), muchos, por no decir la mayoría, de los objetos conservados y expuestos en el museo tienen un valor de identidad y pertenencia dentro de su propia cultura. Es decir, los valores que hacen que una pieza o un elemento patrimonial sea «digno de ser conservado» lo reciben por parte de la propia cultura o persona que lo crea o que lo conserva; el llamado «significado inmaterial» del patrimonio.

Por otro lado, quisimos que nos ayudaseis a documentar estos tiempos de pandemia. *Ventanas al mundo* quería mostrar una realidad «real». Durante las semanas de confinamiento, ¿cuántas veces hemos visto en televisión, en periódicos o en las redes sociales imágenes de ventanas con vistas luminosas, a parques, a montañas, al mar; de terrazas donde tomar el sol, hacer ejercicio o descansar? Muchas, ¿verdad? ¿Y cuántos de nosotros disfrutamos de esas maravillosas ventanas y terrazas? La iniciativa de *Ventanas al mundo* ha querido responder a esa pregunta. Hemos querido mostrar, a través de vuestras y nuestras ventanas, cómo la realidad del confinamiento tiene múltiples versiones.



Figura 3. #VentanasAlMundo, en el perfil de Facebook del Museo Nacional de Antropología. Fuente: <https://www.facebook.com/mantropologia/?ref=bookmarks>

Picasso nos hizo ver a través del cubismo que no solo existe un punto de vista.

Y las ventanas de vuestras casas nos hacen ver que existen múltiples realidades que afectan a la experiencia del confinamiento. No se vive igual estando encerrado en casa con unas ventanas que nos llenan el salón de luz natural que teniendo que iluminarnos con luz artificial. No es lo mismo salir a aplaudir a las ocho de la tarde por un balcón que da a una gran avenida que hacerlo a través de un ventanuco que da a un muro de un patio de luces. El lugar donde vivimos refleja muchos elementos de nuestro contexto social. Durante estas semanas, las ventanas que se abrían en él hacia el exterior también.

#### 4. El museo en vuestra casa

Pero, como indicábamos antes, tampoco olvidamos que somos un museo y que, por ello, nuestra mayor seña de identidad son las colecciones y el mensaje que debemos transmitir a través de ellas. Por ello, también llevamos a cabo un gran esfuerzo, todo el equipo del museo, para trasladar un poco de nosotros a vuestras casas.

Celebramos el 145 aniversario (confinado) del museo dando a conocer su historia a través de las redes sociales y diseñamos para ello un logo especial conmemorativo.

Planteamos un pequeño reto a lo «trivial semanal» en los *Fun quiz* de las Instagram Stories (de cuya buena acogida da fe la definición de una usuaria, Mónica, que nos trasladó a través de *e-mail* que los esperaba «como quien busca el crucigrama en el periódico»). En este sentido, además, los *quiz* de los sábados han sido una nueva forma de explorar otra manera de difundir el museo. Para ello, elegimos estructurarlo en bloques temáticos, con la intención de no dejar fuera ninguno de los aspectos que configuran la identidad del museo: su historia, las colecciones y las exposiciones y actividades. Ha servido para generar una interacción muy gratificante con todas aquellas personas que han querido participar y, también, para dar a conocer muchos datos y aspectos tanto del propio museo como de las colecciones que lo conforman, quizás desconocidos para gran parte de la «comunidad digital» del museo. Tanto su preparación como su publicación y, sobre todo, observar la participación ha sido toda una experiencia muy directa de relación con los seguidores y usuarios, y por supuesto muy enriquecedora.

Las actividades que suelen formar parte de los programas para familias dentro del museo se han movido también hacia los salones y cocinas de nuestros seguidores a través de las recetas y recortables de *#Yomequedoencasa*. Hemos hablado de «piezas favoritas» con nuestro equipo de atención al público, quienes por una vez han sido los que os visitaban, y no al revés. Y hemos propuesto lectura, mucha lectura, como medicina para el confinamiento, a través del servicio de biblioteca del museo, que se trasladó al entorno digital en *Lecturas para quedarse en casa* y *Antropología para momentos críticos*, serie a la que pertenece este artículo, que ofrece un conjunto de visiones críticas y constructivas de la crisis, y del tiempo que se inaugurará tras ella, desde la antropología, la sociología, el arte o la museología, firmadas por un buen número de colaboradores a los cuales no podemos estar más agradecidos.

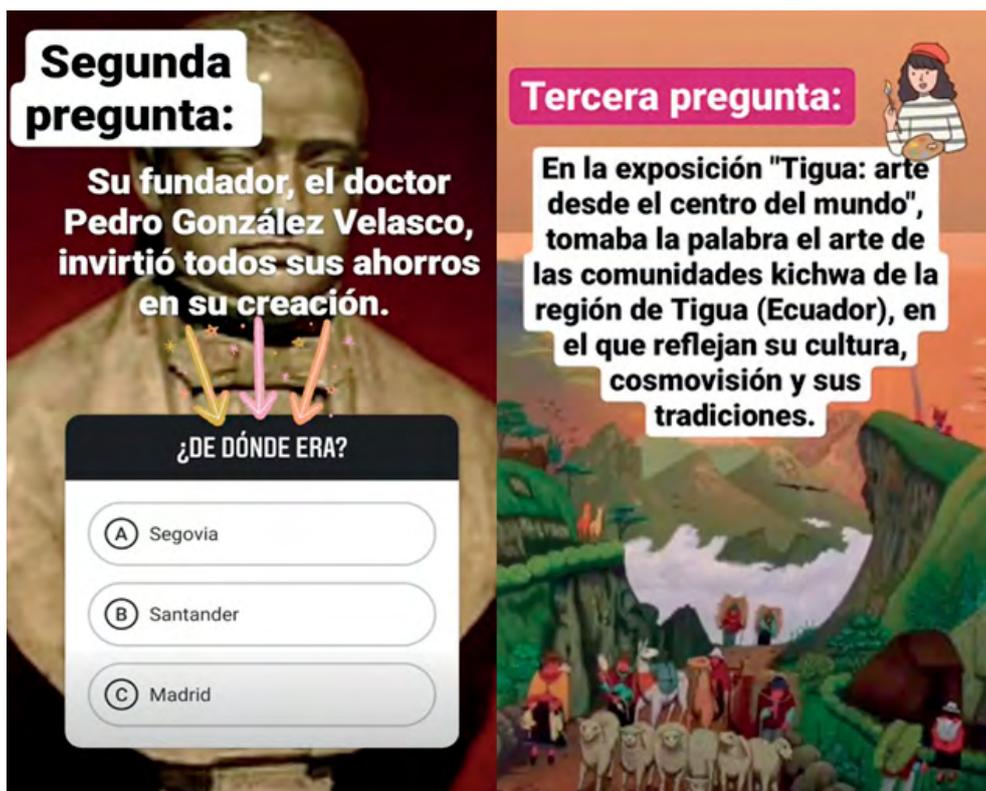


Figura 4. Capturas de pantalla de las preguntas de *Fun quiz* de los sábados, en las Stories del perfil de Instagram del Museo Nacional de Antropología.

Todo ello lo fuimos albergando en un particular nicho digital creado expreso en nuestra página web, *MNAislado*, que ha venido a ser el complicado transporte del museo físico a la realidad digital, la forma de seguir llegando a vosotros aunque no pudieseis salir de casa. *MNAislado* se convirtió en *MNAabierto* una vez que reabrimos el museo el pasado 9 de junio, dejando paso a *MNA Virtual* como lugar donde recopilar gran parte de las iniciativas que fuimos desarrollando durante los meses de confinamiento y de desescalada.

## 5. Y reabrimos, ¿qué?

La premisa en cuanto reabrimos fue, ante todo, mucho cuidado. Los museos también hemos entrado en una nueva realidad en la que debemos ser muy responsables para que nuestros visitantes puedan volver al espacio físico de nuestras salas con las máximas cotas alcanzables de seguridad, confianza y confort ante una amenaza que sigue estando presente. Por ello, nuestra primera misión fue difundir muy bien las reglas y condiciones que regularon esas visitas, al menos durante la «desescalada», y algunas también después, hasta que la universalización de una vacuna eficaz nos permita relajarnos del todo de nuevo. Pero a la vez tuvimos que transmitir un intento por reducir las incomodidades y garantizar que las visitas estuviesen muy mediatizadas por las medidas de prevención adoptadas; de lo contrario, los mensajes podrían haber resultado más disuasorios que alentadores. La descompresión de la era «digital COVID-19» hacia la normalidad requiere, de nuevo, un gran esfuerzo comunicativo.

No sin antes incorporar nuevas iniciativas que ayuden a reflejar precisamente ese momento, cómo la pandemia ha cambiado nuestros hábitos, nuestra forma de relacionarnos e incluso nuestro

aspecto. Con *Nueva cotidianidad* y *La nueva otredad* reflejamos la desescalada, antes de que pudiéramos acostumbrarnos a los geles hidroalcohólicos, la distancia de seguridad y, por supuesto, a las mascarillas. A través de nuevos llamamientos en las redes sociales, y con nuestras propias fotografías, en *Nueva cotidianidad* reflejamos precisamente eso: las marcas en el suelo indicando la distancia de seguridad, las reuniones y los paseos con mascarilla, los botes de gel hidroalcohólico en la entrada de bares y comercios, los asientos reservados para garantizar una separación de un metro y medio. Las nuevas normas sociales con las que convivimos para intentar frenar la expansión del virus, elementos que ya se han convertido en cotidianos, pero que hace apenas seis meses nos parecían de película de ciencia ficción. Las fotografías, más allá de ser anecdóticas de un momento histórico, están siendo un fiel reflejo de los cambios sociales que hemos acatado por el bien de la sociedad y que, en muchos casos, suponen romper con una parte de nuestra cultura, como los abrazos o el contacto físico con amigos y familiares. Y también han supuesto limitar nuestra capacidad de expresión.



Figura 5. Fotografías de *Nueva cotidianidad*.

Otro ejemplo es a través del uso de la mascarilla de manera generalizada. Eso es lo que queremos expresar con *La nueva otredad*. Haciendo referencia al concepto de «otredad» y del «otro» que desarrolla la exposición temporal que actualmente acogemos en el museo (*Yo soy otro tú. Obras de Nadín Ospina*), hemos compuesto un mosaico de nuestras caras tapadas por la mascarilla, en los que, al ocultar la mitad del rostro, y de algo tan fundamental para la expresión como la boca y la sonrisa, se ha producido una adaptación en la que ganan protagonismo los ojos o la propia comunicación oral. La mascarilla ha supuesto adaptarnos a una nueva forma de comunicarnos y a una nueva rutina, llegando a ser otro elemento identitario más, como lo es la ropa que llevamos.

Pero, mientras vamos cruzando ese «puente higiénico», queremos devolver el protagonismo a quien lo debe tener, el museo físico. Y la comunicación debe volver a ocupar el sitio que le corresponde en esa ecuación público-museo. Incluso es posible que algunas de las experiencias realizadas en el medio digital se trasladen al medio físico, para así cerrar el círculo y demostrar que no se trata

de dos dimensiones irreconciliables del museo: por ejemplo, quizás programemos sendas exposiciones protagonizadas por todos esos objetos que nos habéis enseñado en *Patrimonio cercano* o por las ventanas de vuestras casas. De momento, hemos convertido estas experiencias en una exposición virtual, a modo de recopilación, en *MURAL, un museo virtual y colaborativo de los tiempos del coronavirus*.

Continuaremos pensando y creando y, sobre todo, intentaremos que participéis, seguir ayudando a que los valores del museo se trasladen a cuantos más lugares mejor, a que las colecciones del museo sirvan para impulsar la diversidad cultural. *The show must go on*. Nos vemos en los museos.

## 6. Bibliografía

MALROUX, A. (2017): *El Museo Imaginario*. Madrid: Cátedra.

CASTELLS, M. (2006): «Informacionalismo, redes y sociedades red: una propuesta teórica». En Manuel Castells (coord.), *La sociedad red: una visión global*. Madrid: Alianza, pp. 27-75.

Publicado en la sección *Antropología para momentos críticos* de la web del Museo Nacional de Antropología el 1 de junio de 2020.

## 4. *NO COMMENTS...*

Cuando las imágenes hablan  
por sí solas

# Descubrimientos

Miguel Ángel García

Artista visual

info@miguelangelgarcia.info

En estos tiempos nuevos y extraños de pandemia que nos ha tocado vivir, seguramente todos y cada uno de nosotros hemos quedado impresionados por algún aspecto de nuestro entorno más cercano, que, por otra parte, era lo único cierto con que podíamos contar, lo más real que podíamos observar, sentir o experimentar. Y algunas imágenes se han quedado en nuestra retina...

Durante el confinamiento, hemos descubierto vecinos, pájaros, árboles, ruidos, olores y sabores... Todo se nota más, se siente más, nos afecta más. Tenemos la piel más fina y nos emocionamos más fácilmente.

Y pensamos que no importa lo que hayamos hecho durante el día. Probablemente no sepamos qué día es. Puede que no hayamos hablado con nadie. Que hayamos gastado las horas en nuestra burbuja de irrealidad empeñados en asuntos que antes nunca pudimos o quisimos hacer. Pero a una hora, todos los días, acudimos a una cita. Es el momento de compartir, de encontrarnos. De mirarnos en los otros y comprobar que somos vulnerables. Cada día a la misma hora, acudimos a la cita y el aplauso se convierte en el tamtam de la selva primigenia. Estamos aquí y es el momento del encuentro. Mañana volveremos.



**Figura 1.** *El Encuentro 1*, 2020. Impresión con tintas minerales sobre Dibond. 70 × 105 cm. Fotografía de Miguel Ángel García.

Y llega el día después. Al fin se puede salir... Guantes, mascarilla, gel... Cerca de casa, a unas horas concretas, con cautela... Las calles siguen siendo las mismas curiosamente, pero ir a por el periódico es extraordinario, y entrar al supermercado, un privilegio. El aire de las calles está asombrosamente limpio, desconocido, apenas te cruzas con nadie y de repente te encuentras de bruces con una imagen en el suelo que define con precisión cómo te sientes: desconfinado.

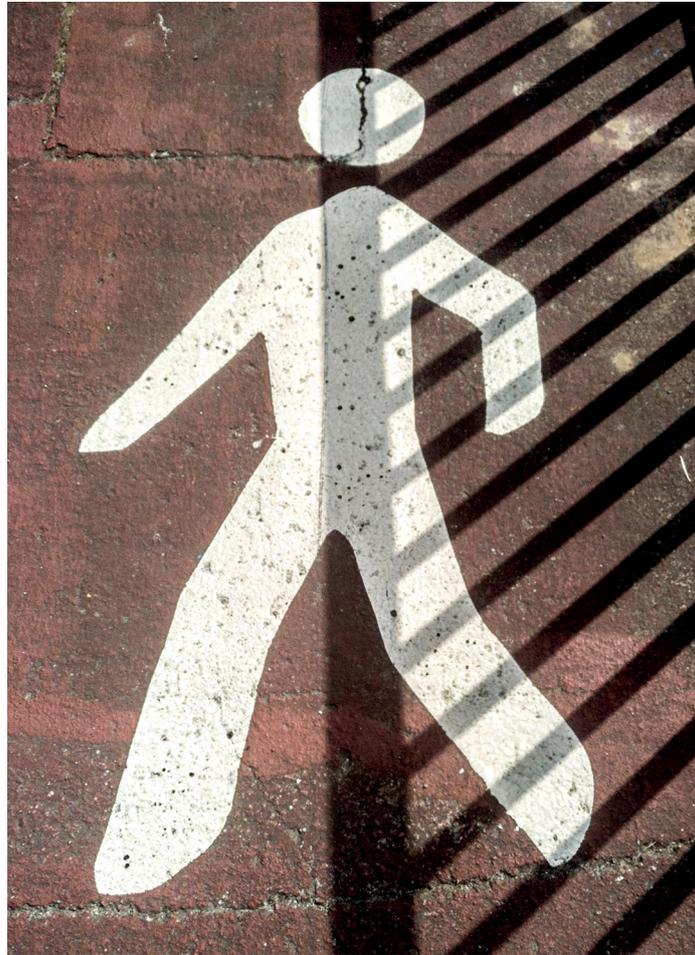


Figura 2. *Desconfinado*, 2020. Impresión con tintas minerales sobre Dibond. 105 x 70 cm. Fotografía de Miguel Ángel García.

Publicado en la sección *Antropología para momentos críticos* de la web del Museo Nacional de Antropología el 11 de junio de 2020.

## Masked figures

Viviana Susa Parra y Jonathan *Jonás* Moller

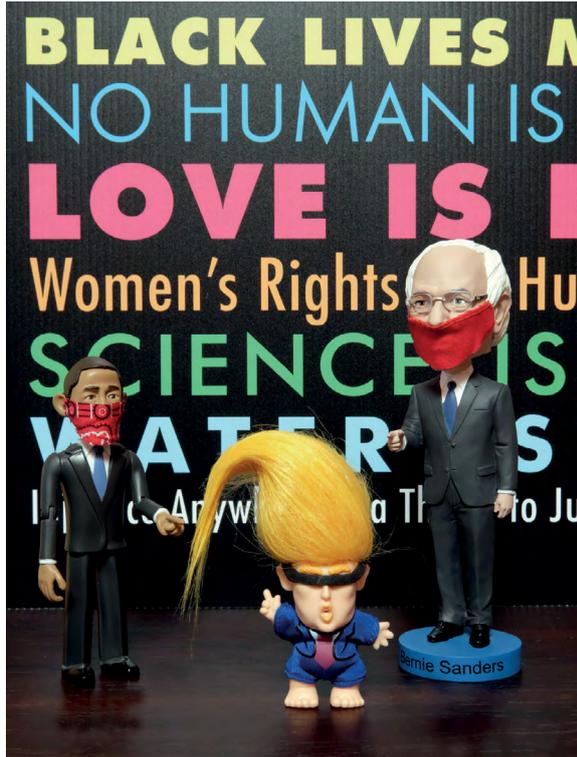
Artista visual. Fotógrafo y activista

jonas@igc.org











## Nota del Museo Nacional de Antropología

Jonathan *Jonás* Moller es un fotógrafo y activista estadounidense muy comprometido con diferentes causas sociales a lo largo de todo el continente americano, en especial con aquellas que tienen como motor el reconocimiento y la defensa de los derechos. En la primavera de 2019, pudimos apreciar en el museo una muestra de su indispensable trabajo, de enorme calidad y muy grandes valores, en la exposición *Nuestra cultura es nuestra resistencia; represión, refugio y recuperación en Guatemala*.

Durante el confinamiento, se quiso sumar a nuestro proyecto *Antropología para momentos críticos*, compartiendo con nosotros dos series de fotografías,<sup>1</sup> la primera de ellas realizada en colaboración con Viviana Susa Parra, quien «intervino» durante el confinamiento las figuras recogidas a lo largo de sus viajes por Estados Unidos y otros países americanos para plantear así una metáfora visual de la extensión «unificadora» de la pandemia por todo el continente. Un avance de este proyecto, inspirado por una iniciativa del Museo de la Palabra y la Imagen (MUPI) de San Salvador, lo fueron presentando en la cuenta de Jonás en Facebook, pero ahora lo podemos disfrutar completo en nuestra página web, oportunidad por la que les estamos muy agradecidos. Realmente, estas obras «domésticas» componen un friso de una enorme potencia y de una gran capacidad, no exenta de ironía, para cuestionar la gestión política de esta «peste» de nuestro tiempo.

Acceso al perfil de Facebook de Jonathan Moller: <https://www.facebook.com/Jonathan-Jonás-Moller-Photographer-Activist-Fotógrafo-y-Activista-1791177464235531/>

Publicado en la sección *Antropología para momentos críticos* de la web del Museo Nacional de Antropología el 16 de julio de 2020.

---

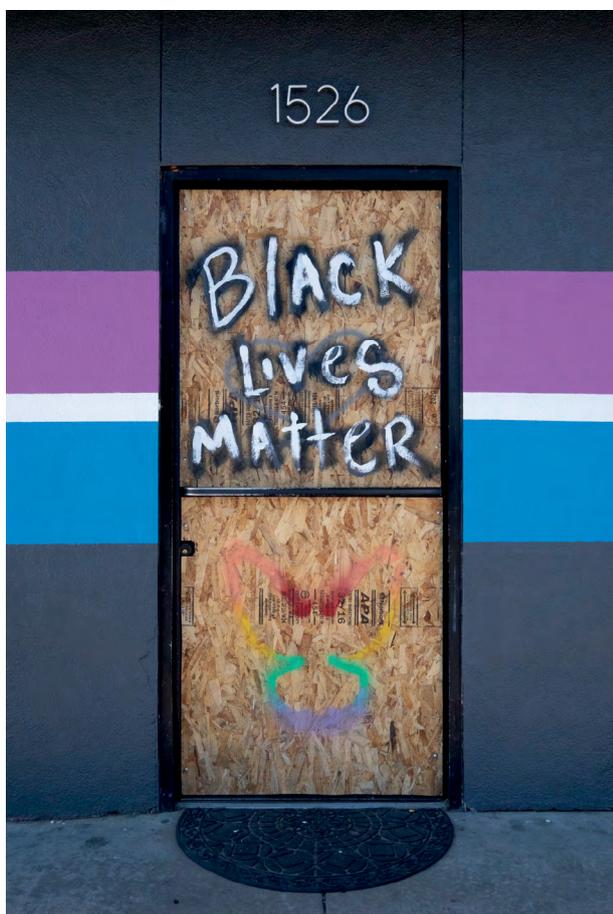
<sup>1</sup> El otro proyecto de Jonathan Moller, *Black lives matter*, está incluido en este mismo número de los *Anales del Museo Nacional de Antropología*.

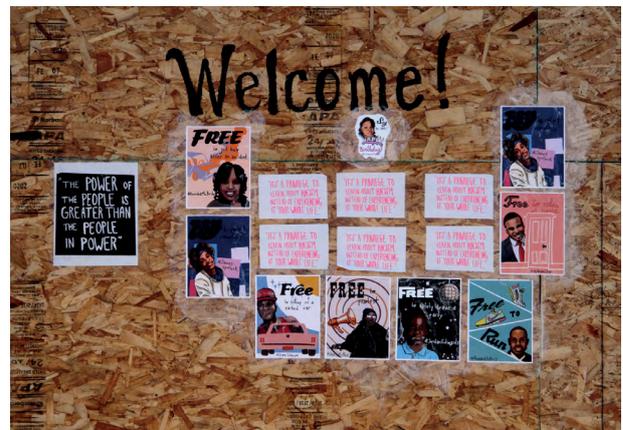
# Black lives matter in Denver (Colorado)

Jonathan **Jonás** Moller

Fotógrafo y activista

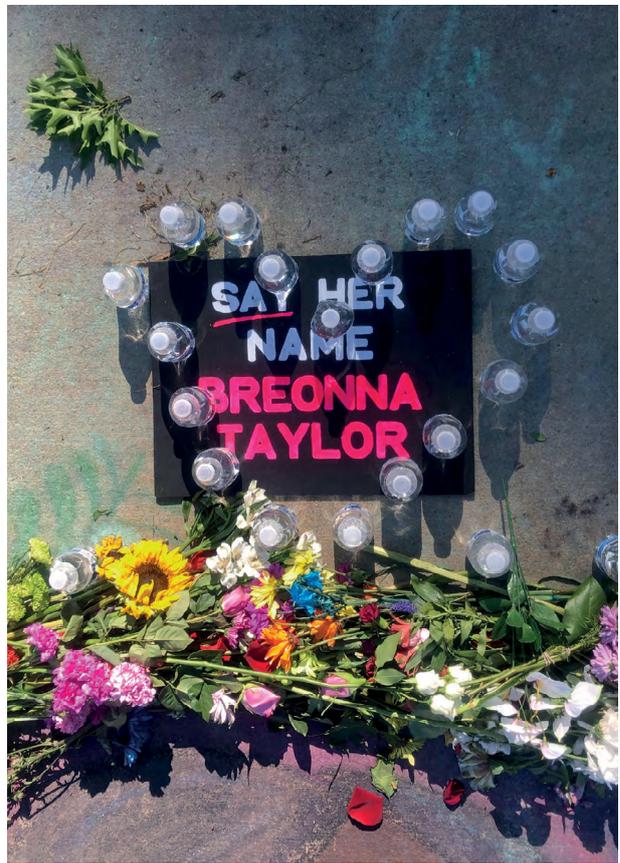
jonas@igc.org

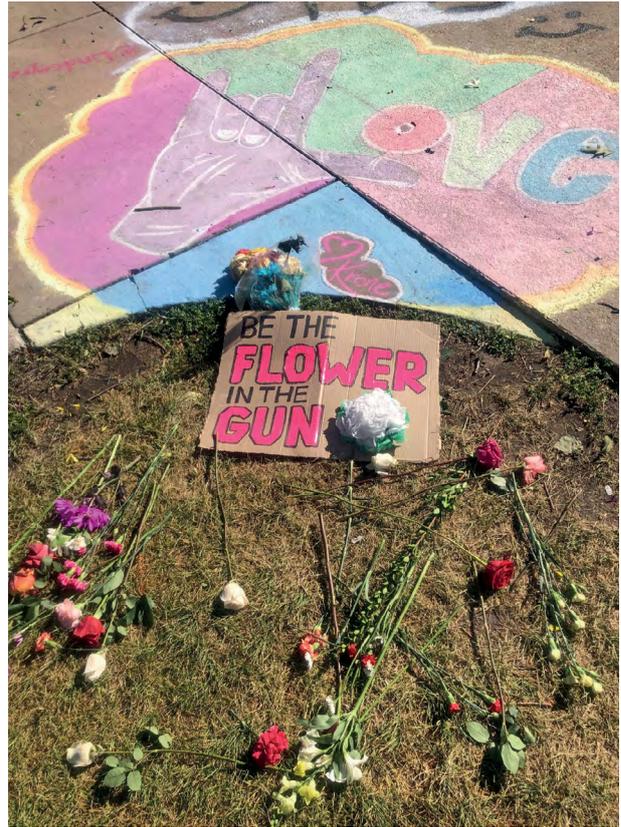














## Nota del Museo Nacional de Antropología

El azote de la COVID-19 ha sido —y está siendo— especialmente virulento en los Estados Unidos de América, poniendo en evidencia las enormes desigualdades sociales que subsisten en el corazón de la gran potencia mundial y que afectan a las condiciones de salubridad de la vida en los barrios periféricos de las grandes ciudades, la educación en materia de prevención y de buenos hábitos para la salud y el acceso a los medicamentos y los servicios sanitarios. La tensión social que esta situación ha desencadenado era el combustible para que prendiera la chispa de cualquier suceso que viniera a subrayar otras desigualdades, como que afroamericanos e hispanos sigan conformando la gran mayoría de esos grupos sociales más desfavorecidos. La brutalidad con que un agente de policía de Mineápolis trató a George Floyd el día 25 de mayo, lo que le provocó la muerte, y que además fue grabado en un vídeo que dio en pocas horas la vuelta al mundo, fue el detonante que reactivó un movimiento de protesta contra la violencia racista policial fundado en 2014 y denominado *Black lives matter*, que en pocas horas, desafiando incluso a las medidas de protección contra el contagio, tomó las calles de las principales ciudades estadounidenses, y pronto prendió también en otras ciudades del planeta. También ha tenido otras derivaciones como la denominada *Guerra de las estatuas*, actos de protesta que han tenido como objeto los monumentos dedicados a personajes capitales en la expansión colonial de Occidente en América, pero también en Europa. La finalidad de estos actos es denunciar el hecho de que en buena medida estas desigualdades son el legado de la dominación europea del mundo y de las terribles injusticias cometidas a su servicio, desde los genocidios perpetrados en los territorios conquistados hasta el sometimiento a condiciones de esclavitud de millones de personas a lo largo de varios siglos a ambos lados del Atlántico.

Jonathan Moller fotografió las expresiones artísticas que estas protestas sembraron por las calles de su ciudad, Denver (Colorado), un espacio urbano y social tan adecuado y representativo como otro cualquiera de los Estados Unidos para «capturar» la imagen de ese momento histórico. Y nos las remitió para que las pudiéramos publicar y dar a conocer en estas páginas, junto con las imágenes del otro proyecto<sup>1</sup> también incluido en la sección *Antropología para momentos críticos*. Le estamos muy agradecidos por su compromiso y su generosidad al ofrecernos este «material» de primera mano tan interesante y de tanta calidad, que nos permite tomarle el pulso «desde dentro» a este movimiento que esperamos que provoque avances significativos en la reducción de las desigualdades no solo en ese país, sino en todo el planeta. El futuro también se juega en esta partida...

Publicado en la sección *Antropología para momentos críticos* de la web del Museo Nacional de Antropología el 16 de julio de 2020.

---

<sup>1</sup> El otro proyecto de Jonathan Moller y Viviana Susa, *Masked figures*, está incluido en este mismo número de los *Anales del Museo Nacional de Antropología*.

# Como un reloj sin relojero (o una cronología no lineal para momentos críticos)

Rolando Báez

Historiador del arte y curador independiente

rolandobaez@gmail.com

«¿Quién de nosotros es el responsable? ¿Quién crea el mundo? Quizás el mundo no se crea. Quizás nada se crea. Tal vez, simplemente el mundo siempre está, ha estado y estará ahí como un reloj sin relojero» (reflexiones del Doctor Manhattan, de *Watchmen*, en el planeta Marte; Moore y Gibbons, 2009: 27-28).

## 2 de agosto de 2020

Recibo un correo de mi amigo y colega Fernando Sáez mediante el que me invita a participar con un texto en la sección *Antropología para momentos críticos* de la web del Museo Nacional de Antropología de España, cuyo objetivo es «recoger pensamientos e ideas que puedan ayudarnos a diseccionar de forma crítica las consecuencias de la pandemia y avanzar propuestas para el mundo que nos aguarda a la vuelta».

Después de darle varias vueltas, confirmo que no tengo propuestas muy elaboradas para el futuro, sino más bien sensaciones en las que las fronteras entre la realidad y el imaginario se me han vuelto un tanto difusas, y los hechos del presente, el pasado y el futuro parecen reconfigurarse y adquirir nuevos sentidos, y centrarme en lo colectivo se ha vuelto urgente. Por lo mismo, me decido por hacerle llegar una cronología no lineal que escribí como guion para un cómic sobre Lucas Saavedra del que solo tengo algunos borradores que me atrevo a compartir.

## 31 de diciembre de 2019

Estamos en vísperas del nuevo año almorzando en un chifa (restaurante chino) de Iquique. Hemos venido a pasar las fiestas con mis parientes. Por un gigantesco televisor ubicado en medio del comedor, me entero de que la Organización Mundial de la Salud (OMS) dará a conocer un desconocido virus que produce fiebre, tos y otros síntomas parecidos a los de un resfrío en la ciudad china de Wuhan. Mi esposo, una amiga que nos acompaña y yo comentamos la noticia, pero tampoco nos detenemos mucho en ella porque justo en ese momento llegan los platillos que hemos ordenado.

## 25 de agosto de 2020

Según la información que entrega la página de la Universidad John Hopkins de Estados Unidos, en estos momentos de los diez países con más contagios de la COVID-19 a nivel mundial, cinco se encuentran en América Latina: Brasil, Perú, México, Colombia y Chile.

## 4 de junio de 2020

Lucas fallece a las 9:15 en Santiago de Chile. Había ingresado hacía poco más de un mes en un colapsado servicio de salud pública después de que Claudia, su madre, lo llevara de urgencia por segunda ocasión al verse agravado a niveles críticos el compromiso de su sistema respiratorio debido a la COVID-19. Lucas tenía veinticuatro años, estudiaba Ecoturismo y trabajaba junto con su madre en un pequeño emprendimiento de comida vegana que, en el contexto de la pandemia, había implementado un servicio de *delivery* para poder mantener la planta de trabajadores(as).

Durante más de un mes, Lucas permanece internado en el centro asistencial sin recibir visita alguna debido al estricto protocolo sanitario implementado con los y las pacientes infectados/as por esta enfermedad. Aunque los pronósticos médicos, debido a su edad y estado de salud, parecen bastante alentadores, una inesperada y oportunista infección intrahospitalaria hizo que su condición sufriera un duro revés que, después de unas semanas en estado vegetal, causará su muerte debido a una bacteria alojada en su cerebro.

Conozco a Lucas desde que era casi una *wawa* (hermosa palabra quechua que usamos en Chile para referirnos a un o una bebé). Su madre y yo somos amigos desde los diecisiete años y, a pesar de los distintos caminos que nuestras respectivas vidas han seguido, hemos mantenido el contacto a lo largo de casi treinta años. Por lo mismo, su muerte no representa para mí un número más entre los 11 000 fallecidos/as de los que ha informado oficialmente el Ministerio de Salud, sino que se trata de un fuerte golpe en un contexto ya de por sí complejo. Para mayor desgracia, no pude acompañarlos físicamente en su dolorosa despedida y tampoco he podido abrazar a mi querida amiga porque las medidas de prevención ante el contagio han reducido a un mínimo nivel cualquier forma de contacto social que no esté mediada por dispositivos tecnológicos.

De todos los momentos que conservo en la memoria con él, en estos días se me vienen a la cabeza aquellos en los que aparece como un muchacho delgado de ojos brillantes y aspecto alternativo con sus orejas perforadas y pañoletas palestinas. También lo recuerdo como un luchador incansable en contra de las desigualdades sociales que, una vez salido del secundario, trabajaba para ayudar a la siempre inestable economía familiar en un hogar que, al igual que en mi historia de vida, dependía exclusivamente del trabajo de una madre.

## Abril de 2011

Lucas, por entonces de quince años, y Claudia pasan un fin de semana en mi casa. El domingo por la tarde tomamos chocolate caliente y hablamos de superhéroes. Nos enfrascamos en una entretenida conversación sobre Batman como un defensor de la justicia que va más allá de la oficialidad si la situación lo precisa. Esa tarde le regalo un ejemplar de *Watchmen* que guardo entre mis libros, dado el interés que demuestra cuando le hablo de esta magnífica y oscura historia escrita por Alan Moore.

Unas horas después, los acompaño a la entrada del metro y todavía me entenece recordarlo con el libro en sus manos como si se tratase de un tesoro de valor incalculable.

## Mayo de 2013

Estoy en la puerta del museo donde trabajaba en esos años mientras pasan cientos de estudiantes secundarios(as) protestando con gritos y pancartas con rumbo al Ministerio de Educación. Se trata de una movilización que tiene sus orígenes en el año 2006, cuando se produjo la llamada *Revolución pingüina*, primer momento en que se paralizan durante meses gran parte de los establecimientos de enseñanza como gesto de resistencia ante las políticas privatizadoras de la educación. Me encuentro mirándolos un poco por curiosidad y otro tanto para (ilusamente) tratar de disuadir con argumentos históricos y estéticos a quienes quieran pintar el edificio patrimonial. Entonces, de entre el gentío, veo salir a Lucas. Se me acerca para saludarme afectuosamente como siempre. En mi condición ya totalmente asumida de aburrido adulto, no puedo evitar gritarle, antes de que se incorpore a la bulliciosa columna en que va marchando, «cuídate, cualquier cosa estaré acá».

## 5 de septiembre de 1984

Cumplo diez años. En las calles se desarrolla una jornada de protestas en contra de la dictadura militar de Pinochet. Por la noche, no tendremos electricidad en todo Santiago. Sentiremos los helicópteros volar muy bajo iluminando las calles oscuras para amedrentarnos. Mi mamá y unos/as vecinos/as saldrán a la puerta para tocar las cacerolas a pesar de ese miedo que nos recorre a todos/as. Intento leer unas historietas que me regalaron a la luz de una vela, pero no me concentro.

## 18 octubre de 2019

Se produce en Chile el mayor estallido social en décadas. Ante el alza en treinta pesos del billete de metro (0,03 euros), los/as alumnos/as de secundaria, quienes ya venían realizando evasiones masivas en toda la red de transporte durante la semana previa, extreman sus acciones de resistencia, motivando una adhesión en la sociedad civil inédita. Cerca de las cinco de la tarde, el ferrocarril subterráneo ha colapsado y, hacia la noche, en un acto inexplicable que al día de hoy no encuentra responsables claros, se producen incendios en varias estaciones. Con el correr de los días, se van sumando las manifestaciones bajo el lema «No son 30 pesos, son 30 años», en clara referencia a la gestión de todos los Gobiernos desde el retorno a la democracia.

## 25 de octubre de 2019

Se produce una masiva concentración en Santiago, concretamente en la plaza Italia, hito urbano que divide simbólicamente la ciudad entre ricos y pobres, y que ha sido rebautizada como plaza de la Dignidad por el pueblo. Millones de personas acudimos a manifestar nuestro descontento ante la sostenida privatización de la educación, la salud y el sistema de jubilaciones. Las fuerzas policiales responden con una represión digna de los peores años de Pinochet. Durante esta y otras movilizaciones, se cuentan por cientos las personas detenidas y golpeadas durante los enfrentamientos callejeros. De

todo lo sucedido, lo que más duele son los/as jóvenes que pierden sus ojos por causa de los balines que dispara a diestra y siniestra la policía de Chile.

Por esos días, le envió un mensaje a Claudia para saber cómo le ha ido en estas convulsionadas semanas. Me cuenta que Lucas participa de lo que se ha denominado *Primera línea*, colectivo que espontáneamente se ha ido organizando como resistencia ante la represión de las autoridades en la plaza de la Dignidad y que, con el paso de las semanas y los meses, irá cobrando un gran apoyo popular.

## Noviembre del 2019

La adhesión popular al estallido social no ha bajado ni un ápice, muy al contrario. La Alameda, principal arteria de Santiago, se encuentra viviendo una efervescencia inédita. Los movimientos indígenas, feministas y de minorías sexuales han instalado también sus demandas, movilizándolo un impresionante conjunto de personas que circulan por las calles confiriéndole un espíritu carnavalesco a pesar de todo el horror que se vive con las violaciones a los derechos humanos.

Entre ese abigarrado mundo que se despliega por doquier, surgen una suerte de «vigilantes» locales que, apropiándose de las prácticas y estéticas del cómic, comienzan a llamar la atención de los medios de comunicación. Como si estuviésemos en el mundo del *Batman* de Frank Miller, se trata de personas, muchas veces jóvenes, que asumen activamente la defensa de la sociedad civil para manifestarse ante los abusos de las fuerzas oficiales de orden ciudadano. De todos/as ellos/as, resulta especialmente llamativo Pareman (o Capitán Alameda), quien luce una capucha negra, el torso descubierto y un disco Pare como escudo protector. En una entrevista concedida a un medio electrónico, este joven de anónima identidad señalaba: «La única manera de que pare el descontento social es que se acaben la desigualdad, los malos tratos, la falta de respeto, la impunidad de los ladrones de cuello y corbata. El descontento se acabará solo y, valga la redundancia, cuando la gente esté feliz y contenta con el Estado, con las leyes y la justicia».<sup>1</sup>

Así, en medio de un escenario en que la cultura de los superhéroes y superheroínas parece validarse en la protesta ciudadana, los/as chilenos/as, haciendo gala de un profundo realismo, piden lo que parece imposible: una nueva constitución. El Gobierno y la clase política se ven en la obligación de acoger esta demanda y anuncian un acuerdo para llamar a un plebiscito que se realizará el 26 de abril del 2020 para, democráticamente, aprobar o rechazar la redacción de una nueva carta magna, además de la forma en que esta debería ser redactada.

## 19 de febrero de 2020

Los murales y *grafitti* realizados por numerosos artistas urbanos durante estos meses en la fachada del Centro Cultural Gabriela Mistral son borrados con pintura gris. Desde la institución, condenan este acto y declaran: «Creemos que Chile está en un momento histórico que se revela en sus muros. Nuestra fachada se reescribe diariamente manifestando la historia del movimiento social. Si bien pensamos que nuestros edificios deben ser cuidados y no rayados, hoy no es el momento de repintarlos».<sup>2</sup>

<sup>1</sup> <https://www.ruta-35.com/2019/11/10/pareman-el-superheroe-de-los-descontentos-solo-pense-en-ayudar-a-los-que-le-llegaron-perdigones-y-lacrimogenas/>

<sup>2</sup> <https://lom.cl/blogs/blog/resistencia-grafica>

### 3 de marzo de 2020

Justo cuando se cumplen treinta y cinco años de un terremoto de 8,0 MW que destruyó buena parte de la zona central de Chile, se anuncia el primer caso de COVID-19. Se trata de un hombre que estuvo de viaje por el sudeste asiático. Como todavía no se conocen claramente sus alcances, si bien genera cierta preocupación, no desata mayores reacciones a nivel colectivo, salvo el acaparamiento irresponsable de mascarillas y gel para desinfectar las manos. En unos días más, ante el empeoramiento de la situación en Italia y España, cambiará totalmente nuestra percepción del riesgo al que nos encontramos enfrentados.

### 8 de marzo de 2020

En el contexto de las movilizaciones sociales que se han venido desarrollando desde el 18 octubre del 2019, la marcha del Día de la Mujer Trabajadora tiene una convocatoria inédita. Según informa la Coordinadora Feminista 8M, se trata de más de dos millones de personas, principalmente mujeres, quienes recorrieron gran parte de la Alameda con cantos y consignas, entre las que destacó la mundialmente famosa performance *Un violador en tu camino*, de la colectiva chilena Lastesis.

### 16 de marzo de 2020

Ante la declaración de pandemia realizada por la OMS unos días antes, el Gobierno de Chile anuncia el cierre total de fronteras y el comienzo de una serie de medidas que tienen como objetivo atenuar los efectos de la enfermedad. Hasta ese momento, los pocos focos de contagio corresponden a las zonas más acomodadas de Santiago. Por lo mismo, y de forma muy sintomática, en los noticieros se discute sobre la situación laboral de las mujeres que realizan labores domésticas remuneradas.

### 26 de abril de 2020

Debido a la situación de confinamiento general y el riesgo de aumentar los contagios, unas semanas antes se ha determinado posponer el plebiscito anunciado para este día. Se acuerda como fecha para su realización el 25 de octubre, fecha que coincide con la masiva concentración realizada en 2019.

### 28 de abril de 2020

Lucas realiza como todos los días sus labores como *delivery* por Santiago. Ese día, su madre y él comienzan a sentir los primeros síntomas de la COVID-19.

### 5 de mayo del 2020

El Ministerio de Salud informa de más de 1 300 nuevos casos de COVID-19. Con eso, la cifra total de infectados supera las 22 000 personas. Las medidas de «nueva normalidad» anunciadas por el presidente Piñera no prosperan porque, al contrario de lo anunciado en su momento, el regreso a clases

y lugares de trabajo se vuelve imposible ante una enfermedad que no deja de aumentar dramáticamente, y el colapso de los sistemas de salud es un peligro inminente.

## 5 de junio de 2020 por la mañana

Leo un mensaje de mi amiga Claudia que dice: «Hola, Rolando! Perdí tu número, así q te cuento por aquí. Mi hijo, Lucas Alejandro Saavedra Saavedra, falleció debido al coronavirus el día miércoles cuatro de junio a las 9:15. Estamos haciendo una novena, partimos ayer, tienes que tener una vela, un vaso de agua y meditar para que se vaya en Paz y Amor. Gracias».

## 10 de junio de 2020

Tengo una larga conversación telefónica con Claudia. Recordamos ese fin de semana que pasamos en mi casa. Me cuenta que Lucas todavía tenía el cómic de *Watchmen* entre sus cosas.

## 24 de julio de 2020

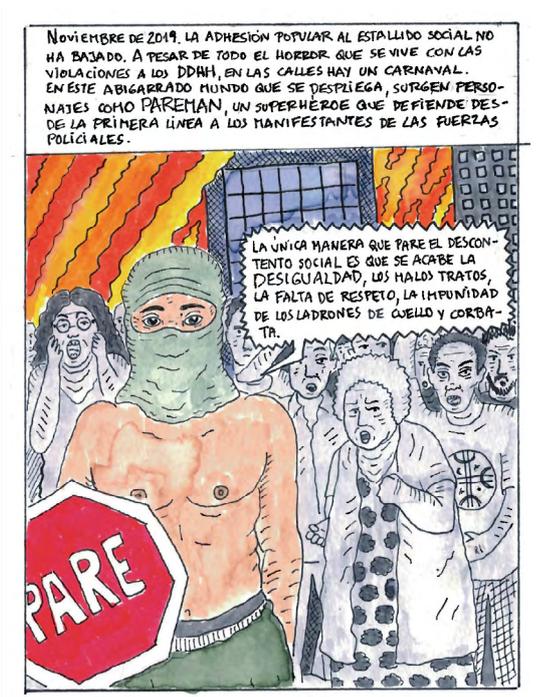
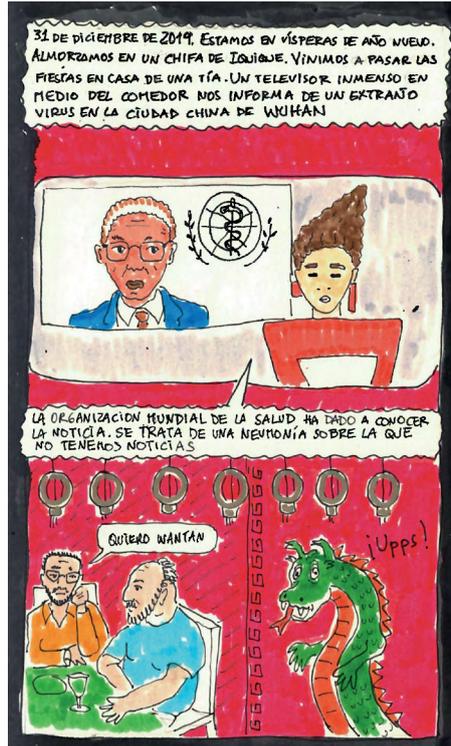
Hablo con mi tía en Iquique. Me dice que está triste porque no podrá subir a su pueblo para la fiesta de san Santiago. Le digo que no se preocupe, que el próximo año podrá asistir. Después me doy cuenta de que tampoco estoy muy seguro de eso.

## 28 de abril de 2008

En la centenaria sala de conferencias de la Universidad de Chile, la ensayista Naomi Klein presenta su libro *La doctrina del shock*. Asisto interesado en el tema y en la autora, de la que ya he leído *No logo*. Ese día escucharé alucinado a la periodista canadiense hablar del capitalismo del desastre y de cómo fue en mi país, donde se aplicó por primera vez el proyecto de Milton Friedman a través de los economistas que trabajaron para la dictadura cívico-militar de Pinochet.

## 25 de agosto de 2020

Se me hace difícil seguir pensando que volveremos a la normalidad, si por normalidad entendemos la situación anterior al 18 de octubre del 2019 y a la posterior pandemia por COVID-19. La cara más despiadada del sistema neoliberal no llegó con esta enfermedad, sino que nos ha acompañado durante décadas, aunque naturalizada tras el regreso de la democracia. Por suerte, unos/as jóvenes sin nada que perder nos sacaron del letargo de estos años. Se me hace doloroso pensar que Lucas no estará para ver si este despertar que ayudó a construir desde la calle se materializará en un nuevo pacto social tras el plebiscito de octubre próximo. Quiero pensar que tal vez, como el Doctor Manhattan de *Watchmen*, en estos momentos se encuentra en otro planeta mirándonos a la distancia, pensando como tantos otros/as jóvenes chilenos/as que la dignidad es irrenunciable para vivir nuestro breve tiempo en este reloj sin relojero.



Figuras 1, 2, 3, 4, 5 y 6. Bocetos para cómic *Reloj sin relojero*.

## Bibliografía

MOORE, A. y GIBBONS, D. (2009): *Watchmen*. Barcelona: ECC.

CIFUENTES, B. (10 de noviembre de 2019): «'Pareman', el superhéroe de los descontentos». *Ruta 35*. Recuperado de: <https://www.ruta-35.com/2019/11/10/pareman-el-superheroe-de-los-descontentos-solo-pense-en-ayudar-a-los-que-le-llegaron-perdigones-y-lacrimogenas/>

LOM Ediciones (30 de junio de 2020): *LOM Ediciones*. [Blog]. Recuperado de <https://lom.cl/blogs/blog/resistencia-grafica>

Publicado en la sección *Antropología para momentos críticos* de la web del Museo Nacional de Antropología el 18 de septiembre de 2020.

